



**UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO**

---

---

**FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS**

**HACIA UNA POSIBLE METAFÍSICA DE LA MALDAD:  
SCHOPENHAUER Y EL MARQUÉS DE SADE**

**QUE PRESENTA:  
JESÚS ARELLANO ESQUIVEL**

**QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE:  
LICENCIADO EN FILOSOFÍA**

**TUTOR: CARLOS ALBERTO VARGAS PACHECO**



**CIUDAD UNIVERSITARIA, CD. MX. 2022**



Universidad Nacional  
Autónoma de México



**UNAM – Dirección General de Bibliotecas**  
**Tesis Digitales**  
**Restricciones de uso**

**DERECHOS RESERVADOS ©**  
**PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL**

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

# **Hacia una posible metafísica de la maldad. Schopenhauer y el Marqués de Sade**

*-También tú sufres y eres partícipe de mis males.*

*-Sábelo bien: el dolor me libera.*

Eurípides. *Medea*, 1131-1132

# Índice

<b>Hacia una posible metafísica de la maldad. Schopenhauer y el Marqués de Sade.....</b>	<b>2</b>
Agradecimientos.....	4
Introducción.....	7
<b>Capítulo primero. Metafísica del Marqués de Sade .....</b>	<b>12</b>
A) La Naturaleza.....	13
B) El individuo.....	27
<b>Capítulo segundo. Metafísica de Schopenhauer .....</b>	<b>42</b>
A) La Voluntad .....	43
B) El sujeto .....	61
<b>Capítulo tercero. Hacia una posible metafísica de la maldad .....</b>	<b>78</b>
A) La voluptuosidad o el triunfo de la voluntad .....	79
B) El sujeto puro de la voluntad o los excesos del individuo .....	98
Conclusión.....	116
Referencias .....	120

## **Agradecimientos**

Todos mis agradecimientos para las personas que, a lo largo de mi vida, me han acompañado en este recorrido, incluso desde antes de que fueran posibles en el pensamiento estas páginas. La realización de este trabajo engloba las enseñanzas y aprendizajes de muchos compañeros de vida, maestros de la experiencia, amigos entrañables y personas que quizás, con una sola palabra, han dejado una marca enorme en mi memoria, alentando la escritura de cada letra expuesta aquí y dándome la confianza que a veces creía perdida.

En primer lugar no podría ser otra persona que la mujer que me permitió la vida, no solo trayéndome a este mundo, sino rescatándome muchas veces de él, guardándome y a veces sacándome del peligro que el mundo significaba. Desde mi vulnerabilidad infantil, hasta mis días presentes, infantiles también en muchos casos, no puedo recordar las palabras y atenciones de alguien más que no sean las de mi “gelitos”, mi mamá, *María de los Ángeles Esquivel Ceja*. De ella me vino a la vida una compañera mía, confidente en muchas experiencias, mi hermana, *María de los Ángeles Arellano Esquivel*, quienes conforman mi círculo familiar y personal más íntimo. A ellas dos, familia y amigas mías, apoyo y escuchas de todas estas palabras, les agradezco profundamente desde lo más hondo de mi corazón.

Antes que mi vida académica esta mi vida personal, esa siempre ha prevalecido y seguirá estando presente a lo largo de los años. En esta vida personal me he encontrado grandes amigos y personas que han sido mentores míos, maestros sin taller pero con mucho aprendizaje por ofrecer. La vida me ha permitido conocer a estas personas que han llegado para impulsarme, hacerme creer en mi convicción y motivarme a seguir adelante con mis sueños. De entre todos mis grandes amigos, esta *Vicente Soriano*, que me ha acompañado en cantos de lamento y danzas de alegría; a *Gabriel Medina Bravo*, maestro y sabio consejero; *José Betanzos*, guía

y compañero que me mostro nuevos senderos en la vida; *Acmed Hiram* por todas las horas platicadas; *Sergio Rodríguez de San Miguel*, por las noches que conducían sus melodías nuestras palabras; *Juan Pablo*, el doctor *Asturias*, por su sincera y honesta amistad.

En cuanto a mi vida profesional, le doy mi más grande agradecimiento al Mtro. *Carlos Alberto Vargas Pacheco*, quien despertó en mí el profundo interés por estudiar la filosofía alemana y además me apoyó asesorando, no solo esta tesis sino, el desarrollo que tomó como investigación para el Seminario de Metafísica. Al Dr. *Ricardo Horneffer* por interesarse en mi persona y permitirme trabajar como miembro del Seminario, lo cual significo un gesto de mucho aliento y motivación para mis estudios. A *Jalí Pérez Victoria* y a *Luis Fernando Mendoza*, por las charlas y tiempo dedicado a escuchar algunas ideas que pude compartir con ellos.

Particularmente quiero agradecer al Seminario de Metafísica por haber incluido esta tesis dentro de los resultados del proyecto PAPIIT-404619 “Metafísica y Paideia”, que estuvo a cargo del Dr. Ricardo Horneffer, quien me ofreció su apoyo becando mi investigación en un periodo de Junio a Diciembre del 2021, mes en el que se dio por concluida. Este apoyo significo un gran impulso de motivación y desempeño profesional en el que encontré, además de mucho material de trabajo, mis propias cualidades para desarrollar una investigación como esta.

A lo largo de mi carrera tuve la fortuna de encontrarme con profesores que me guiaron en el estudio del pensamiento schopenhaueriano, como también me dedicaron tiempo para platicar acerca del pensamiento sadeano. Sus palabras y sesiones fueron de vital importancia para estas páginas, las cuales también fueron leídas por ellos y accedieron a ser mi jurado dictaminador, por lo que les agradezco profundamente a haber aceptado ser mis lectores a la Dra. Sonia Torres Ornelas, al Dr. Ricardo Horneffer, al Dr. Francisco Mancera, al Dr. Ramón Chaverry y a mi asesor, el Mtro. Carlos Vargas.

No puedo pasar por alto la presencia que tuvo el Programa Editorial de la Coordinación de Humanidades en mi formación profesional, ya que en los últimos dos años de mi carrera tuve la oportunidad de colaborar en tareas y trabajos junto a los y las editoras de esta entidad, quienes me ofrecieron, además de mucho aprendizaje en cuestión editorial, un gran aprecio personal. Les agradezco profundamente su atención y dedicación en la enseñanza al Coordinador del Programa Editorial Diego García del Gállego, al Jefe del Departamento de Publicaciones Mauricio Salvador, y a las editoras y correctoras Nuria Pons, Gabriela Ordiales, Aurora Esperanza López y María Ordóñez, grandes universitarios y universitarias que me han enseñado lo que significa la humildad académica.

En mi vida, además, hay personas que han aparecido y han dejado una marca muy importante, ya sea con palabras, acciones, atención o incluso ausencias. De todas aquellas personas puedo decir que rodean mi mente y mis pensamientos, como hojas de laurel que coronan las cienes de aquellos que cantan inspirados por las musas, y les agradezco su presencia.

Por último, y para hacer justicia a todos los testimonios escuchados, agradezco a las personas que, desde diversas instituciones y disciplinas se dieron el tiempo de platicar conmigo acerca de actos lamentables, que aunque no serán mencionados por nombres, no significa que no tenga bien presente su rostro de lamento, tristeza y, en gran medida, incertidumbre. Agradezco que hayan abierto su corazón y compartido conmigo temas tan sensibles que, en gran medida, inspiraron el tema de esta investigación. ¡Que la memoria haga justicia a todas las víctimas de la maldad humana!

## **Introducción**

Hay voces que han enmudecido en medio de todo el vocerío, destinadas al silencio, la censura o el olvido, pues el ensordecedor ruido del presente hace pasar sus palabras como desapercibidas, ya que si no se está dispuesto a gritar lo mismo que todos gritan ni a decir lo que todos dicen, el presente muestra que más vale no decir nada. Sin embargo, muchos hay que aun frente a ello siguen seguros en la convicción de que sus palabras han de escucharse, aunque parezcan un susurro, pues el presente dará paso a su propio silencio y aquellos que gritaron, cansados de repetir lo mismo, habrán de quedarse sin palabras, dejando escuchar la voz que ahora dice algo nuevo. Solo así, aquello que en algún momento pareció un susurro llega hasta nuestros días como un grito que no deja de lastimar nuestros oídos, pues resultan ser palabras que nos enfrentan a la más cruda realidad. ¡Cuántos escritores no han pasado por la oscuridad del silencio para después iluminar el intelecto del porvenir!

Con las siguientes páginas se pretende hacer, más que una suerte de homenaje, un recorrido por el pensamiento filosófico de dos grandes autores que padecieron la censura y el silencio; nos referimos al francés Donatien Alphonse François, Marqués de Sade y al alemán Arthur Schopenhauer, con el objetivo general de mostrar que en las obras del Marqués existe un pensamiento filosófico muy concreto y que guarda una estrecha relación con el sistema presentado por Schopenhauer. Y aunque no solo nos centramos en estas similitudes, pues la investigación gira en torno a la maldad, es necesario comprender que a partir de ellas nos hemos apropiado de ciertos conceptos que se explican mutuamente, ocurriendo en ocasiones que los conceptos de Sade se llenan de contenido desde el sistema filosófico de Schopenhauer, y a la inversa, el Marqués nos ofrece los fenómenos a partir de los cuales entendemos la ética de Schopenhauer.



Y aunque en sentido general podemos decir que ese es el objetivo de estas páginas, las conclusiones hacia las que apuntamos no se detienen solo en ello, sino que aquellas similitudes que resaltamos se toman como bases para indagar en un problema filosófico que retoma una creciente actualidad en nuestros días; dicho problema al que nos enfrentamos es la cuestión de *la maldad*, pero no desde un aspecto moral que dependa de juicios de valor, sino desde un estudio metafísico y fenomenológico que nos permita comprender los impulsos violentos e irracionales que arrastran a la humanidad a realizar actos criminales.

En este sentido, tomamos las obras del Marqués de Sade como referentes al fenómeno criminal por encontrar en ellas un profundo análisis del comportamiento violento que pone en sus personajes, siendo esto el reflejo directo de las pasiones humanas; por otro lado, tomamos el riguroso estudio que presenta Schopenhauer a lo largo de su obra capital para sostener que la cosa en sí de los fenómenos, es decir, la esencia del mundo, es una voluntad impulsiva, irracional y violenta. Así, con esta primera gran similitud, nos acercamos a sus reflexiones en torno a la pasionalidad humana y los actos que de ahí se derivan, encontrando, en el *libertinaje sadeano*, la noción schopenhaueriana de lo que se llama la *afirmación de la voluntad*.

Una vez que se hayan ubicado nuestros argumentos en torno al pensamiento del francés, podremos comprender que en Sade ya se encuentra latente una reflexión filosófica muy similar a la de Schopenhauer (coincidencia que nos sorprende si pensamos que Sade fue censurado y sus obras fueron leídas solo después de muchos años, quedando la incógnita del contacto que pudo tener el alemán con Sade). Por lo anterior extraeremos, en nuestro primer capítulo dedicado a *la metafísica de Sade*, las reflexiones filosóficas que prevalecen en sus obras respecto a *la naturaleza y el individuo*, para identificarlas con las reflexiones hechas

por Schopenhauer a propósito de *la voluntad y el sujeto*, lo cual se presenta en el segundo capítulo dedicado a *la metafísica de Schopenhauer*.

Como punto medular encontraremos que las similitudes filosóficas de ambos pensadores se centran en la propuesta de una naturaleza irracional que permea en todos sus fenómenos. Así vemos, en el concepto de Naturaleza que presenta Sade, un gran parecido al concepto de Voluntad que desarrolla Schopenhauer, pues ambos coinciden en pensar que, sea la voluntad o la naturaleza, acontecen como esencia del mundo para seguirse perpetuando, siendo su propia y única finalidad; sumado a lo anterior, ambos pensadores sostienen que todo fenómeno carece de un fin último, por lo que la teleología queda establecida solo para la naturaleza o la voluntad, según sea el caso, mientras que los fenómenos se encuentran sometidos a su curso irracional.

Seguido de estas características encontramos el siguiente concepto en cada pensador, que refiere al punto donde ha de recaer todo el acontecimiento de aquella esencia, siendo para Sade *el individuo* y para Schopenhauer *el sujeto*. Estos conceptos nos permiten retomar las reflexiones referentes al comportamiento de los fenómenos, que van desde las reacciones físicas del mundo natural, hasta las acciones premeditadas del campo ético. Respecto a ello, ambos pensadores plantean que, tanto el sujeto como el individuo, siempre actúan de acuerdo con el acontecer de nuestra esencia, siendo por lo regular un acontecimiento impulsivo, violento y muy intenso.

Pero el punto de comunión entre ambos pensadores se encuentra en las observaciones que hacen en torno a la sensibilidad humana y las pasiones que se encienden en el interior, siendo estos conceptos los mismos que se ocupan tanto en uno como en el otro. Así pues, los análisis que hacen en torno a la pasionalidad unen las propuestas de corte metafísico con las observaciones éticas, pues ambos sostienen que en la sensibilidad acontece, con mayor o menor

intensidad, la aparición violenta de la voluntad o la naturaleza, siendo las pasiones aquello que se inflama en su acontecer.

Sobre la lectura de las últimas reflexiones del segundo capítulo aparece nuestro concepto fundamental, problematizando las nociones de subjetividad que presenta Schopenhauer a lo largo de su obra, proponiendo un nuevo aspecto del sujeto que queda justificado por sus anotaciones en torno a la ética. Dicho concepto es el llamado *sujeto puro de la voluntad*, desde el cual entenderemos una extrema sensibilidad que resulta afectada por pasiones excesivamente intensas, siendo esta subjetividad la exaltación del sujeto volente tanto como el sujeto puro del conocimiento lo es, de acuerdo con Schopenhauer, del sujeto cognoscente.

A lo largo del capítulo tercero se desarrolla con mayor claridad las características que atribuimos al sujeto puro de la voluntad, siendo nuestra primera consideración el *exceso e intensidad* de las pasiones, deseos y sufrimientos, lo cual viene acompañado de una búsqueda que pueda satisfacer dicha necesidad intensa. Sin embargo, según nuestros pensadores, un deseo tan intenso muy difícilmente puede satisfacerse, pues para lograrlo buscará algo que concuerde con intensidad, y en cuanto lo encuentre, el deseo aparecerá con mayor presencia, siendo esta intensidad el exceso de la voluntad. Dicho fenómeno lo explicamos con un concepto que rescatamos de la filosofía sadeana, a saber, el concepto de *voluptuosidad*, con el cual entendemos todas aquellas inflamaciones graduales de las pasiones intensas que rebasan los límites del individuo, entendiendo así el llamado *triunfo de la voluntad*.

La voluptuosidad, por tanto, se entenderá como el estado de exceso pasional que sufre un individuo, inflamándose con tal intensidad que rompe y supera su individualidad y se deja arrastrar por el torrente violento de la voluntad, siendo su más servil esclavo. Remitiéndonos a la diferencia entre sujeto e individuo, mostramos que la subjetividad de la pura voluntad

posee al individuo hasta hacerlo perderse en sus pasiones, sufrimientos, dolores y, por tanto, extraviándose de sí mismo, rompiendo su individualidad y mostrando ahora el mero impulso violento de la voluntad pura en sus actos.

Irremediablemente, en su actuar encontraremos comportamientos violentos, deseos insaciables, acontecimientos crueles que nos acercan al fenómeno de la criminalidad, que será entendida, según lo anterior, como el fenómeno más claro de la voluntad, pues a través de él se deja ver el más vivo impulso de la esencia del mundo. Apegándonos al concepto schopenhaueriano de *afirmación de la voluntad*, el fenómeno criminal se entiende como la característica destructiva que tiene la voluntad frente a aquello que se le imponga en su camino, siendo este caso la destrucción de los individuos.

Esto nos lleva a considerar, como última reflexión, los actos criminales, que estudiaremos más desde la fenomenología que de la filosofía moral, pues veremos en ellos una posibilidad muy fecunda de comprender lo más oscuro de la llamada *naturaleza humana*, antes que tacharlos de actos censurables desde un juicio moral de bien y mal. Es decir, que tras los argumentos presentados a lo largo de los tres capítulos, cerramos nuestra investigación remitiéndonos a los actos criminales como fenómenos que expresan de manera violenta, cruel, pero muy clara, la verdadera intensidad de la esencia del mundo, siendo el sujeto puro de la voluntad el aspecto que triunfa sobre el individuo.

Este desenlace tan crudo es el que nos permite pensar una posible explicación *metafísica de la maldad*. En este sentido, el concepto de maldad manejado por nosotros también prescinde de juicios morales y adopta un sentido inmanente dentro del estudio del comportamiento humano, pues afirmamos que el llamado sujeto puro de la voluntad se encuentra latente en toda la humanidad, lo cual será desarrollado en nuestro último capítulo.

# Capítulo primero. Metafísica del Marqués de Sade

*El mundo es un punto de transición, pero no hacia un nuevo estado, sino hacia la aniquilación, que, por supuesto, se encuentra fuera del mundo: es metafísica.*

Philipp Mainländer, *Filosofía de la redención*

## A) La Naturaleza

*Nada sucede en la Naturaleza que pueda atribuirse a un vicio suyo; es, en efecto, la Naturaleza siempre la misma, y en todas partes una y la misma virtud y potencia de obrar.*

Baruch Spinoza, *Ética*

Durante el periodo de existencia que pueda tener la humanidad, ya sea largo o muy corto, no se puede evitar la sorpresa que le causa ver el amanecer o tal vez el anochecer; quizás le asombre ver la colorida florescencia primaveral de un árbol o la fragilidad de sus hojas al caer desvanecidas en otoño; si presta más atención podría admirar con espanto al águila que surca furiosa el viento y clava sus garras en la liebre que corría entre el matorral; pero tal vez no exista impresión más terrible que aquella donde se muestra la vida de los humanos sucumbir a manos de sus semejantes. Así, durante el periodo de existencia que pueda tener la humanidad, por muy largo o corto que este sea, no puede evitar la sorpresa que le causa ver la vida y ver la muerte en el mundo.

Con ese asombro podría comenzar a recorrerse un camino dentro de los misterios del mundo que nos rodea, que no son otros más que los misterios de la vida. Y sin embargo, tras el primer palpitar de su corazón, el individuo se ha iniciado en los misterios de la vida; sale al mundo a vivir sin saber qué es su propia vida, y cuando ve a más seres vivos también los ve morir. De suerte que esta vida se le comienza a revelar de modo cíclico, como inicio y fin, como día y noche, como florescencia y sequía, como vida y muerte o como creación y destrucción, donde las presas conviven inocentes con sus depredadores.

Este asombroso ciclo del mundo ha sido observado y estudiado por muchas miradas, como también ha sido nombrado y definido de muchas maneras, teniendo como universal el

enigmático nombre de *Naturaleza*, pues con ello no solo se ha significado el mundo material de los fenómenos vivos sino también su dinámica interna, sus movimientos y, acaso, su destino o finalidad. En este sentido, traeremos a cuenta el pensamiento filosófico del Divino Marqués, quien fue un gran observador de la naturaleza y de sus procesos, como también un profundo estudioso de la humanidad y sus pasiones, iniciando nuestro estudio con sus propias palabras a modo de precepto, pues Sade nos exige que “permanezcamos en la naturaleza cuando queramos darnos cuenta de los efectos de la naturaleza; no nos alejemos de ella cuando queramos explicar sus fenómenos; [...] convenzámonos de que, si nos salimos de la naturaleza, nunca encontraremos la solución de los problemas que la naturaleza nos presenta”.<sup>1</sup>

Previo al análisis del pensamiento sadeano, es necesario recordar la influencia que tiene la filosofía naturalista spinoziana para el Marqués, ya que todas sus reflexiones se basan en la diferencia que establece Spinoza entre la llamada *Natura naturans* y la *Natura naturata*. Estos conceptos son tomados muy en cuenta por Sade y con ellos comienza a armar la base de su filosofía, pues comprende que una cosa es la Naturaleza por sí misma, mientras que otra cosa es el mundo natural como su expresión, por lo que estos conceptos son una gran base para entender al Marqués, como él mismo lo expresa en voz de una de sus libertinas: “*aliméntate constantemente de los grandes principios de Spinoza*”<sup>2</sup>, como recomendación a *Juliette*.

Así pues, con el concepto de *Natura Naturans* Spinoza entiende la sustancia infinita en sí misma, lo que existe siempre e igual a sí mismo, lo ontológico de su sistema; mientras que por *Natura Naturata* entiende los diferentes modos en los que se presenta la sustancia infinita, es decir, el mundo con todos sus fenómenos, los diversos entes naturales. Estas

---

<sup>1</sup> Marqués de Sade, *Juliette o las prosperidades del vicio*, p. 42

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 21

nociones las tiene muy claras Sade, aunque no las expresa concretamente en este sentido, sino que solo afirma que conoce a Spinoza y que parte de su pensamiento para entender, por un lado, a la Naturaleza como una esencia o fuerza infinita que es siempre la misma (Natura Naturans) y por otro lado a la naturaleza como mundo natural, es decir, como fenómenos o manifestaciones de la esencia (Natura Naturata).

Así pues, en el desarrollo de las siguientes páginas estudiaremos a la naturaleza desde una noción metafísica, acompañados por las observaciones y argumentos que nos ofrece el Marqués de Sade, remitiéndonos a sus propios fenómenos y características que se nos muestran en sus diversas expresiones naturales. De manera que veremos a la naturaleza desde distintos aspectos o fenómenos siendo siempre la misma, diferenciándose únicamente en su intensidad o fuerza con la que aparece, por lo cual se entenderán los procesos y fenómenos naturales como dinámicas de fuerzas.

Según lo anterior, la naturaleza será entendida no como una fuerza, sino como un conjunto de fuerzas que se expresan en el mundo, siendo los fenómenos la concentración intensa de la naturaleza. Dicha intensidad es propia de la misma, que va a encontrar su máxima realización en aquellos fenómenos donde se concentren mayormente sus fuerzas, expresando así un mundo que revela el choque de sus propios impulsos.

Y aunque esta noción de naturaleza será desarrollada a mayor profundidad, cabe resaltar desde ahora que la noción que acompañará nuestro estudio es la de una naturaleza carente de conciencia, es decir, que estaremos frente a un mundo conformado por una dinámica de intensas fuerzas naturales más que por un mundo ordenado naturalmente, pues de acuerdo con Sade, podemos estar ciertos de que “es posible que existan cosas necesarias sin necesidad de sabiduría y es posible, así mismo, que todo se derive de una causa primera que no necesita ser racional o



sapiente. [...] Todo puede ser lo que es, como tú lo contemplas, sin que una causa racional lo haya creado y que los efectos naturales tienen causas naturales, sin que haya razón alguna para suponer que algo sea sobrenatural”.<sup>3</sup>

Con esta aseveración, Sade propone que la naturaleza no es necesariamente, en principio, racional sino que carece de razón, pues es un conjunto de fuerzas e impulsos que se expresan en el mundo visible; sumado a lo anterior, este argumento da la base para sostener que la naturaleza se mantiene a sí misma, sin necesidad de un agente externo a ella. En este sentido, los fenómenos tan variados que se presentan en el mundo son la confirmación de sus fuerzas, siendo su actuar la realización de la naturaleza que se mantiene latente en todo el mundo y, por lo tanto, presente y activa sin un agente que la haga actuar. Para reafirmar esta idea, Sade nos dice que “la Naturaleza se basta ella misma, no tiene ninguna necesidad de un creador; dicho supuesto creador no es más que una corrupción de sus propias fuerzas, no es más que lo que en la escuela llamamos una petición de principios”<sup>4</sup>, y en otra de sus grandes obras explica que “el universo se mueve por su propio impulso, y las leyes eternas de la naturaleza, inherentes a ella misma, son suficientes, sin una causa primera, para producir todo lo que vemos; el perpetuo movimiento de la materia lo explica todo”.<sup>5</sup>

Con las palabras anteriores puede aparecernos una de las primeras cualidades de la naturaleza, a saber, el movimiento. Este fenómeno, presente en todo lo manifiesto, será entendido como el primer impulso de la naturaleza para su propia realización, de lo cual podemos asegurar que en el lugar donde hay movimiento hay naturaleza. Pero, teniendo presente que la naturaleza se expresa por medio de fuerzas, es inevitable pensar que dicho movimiento agita intensamente aquello a lo que mueve, pues es el fenómeno de una fuerza natural.

---

<sup>3</sup> Marqués de Sade, *Diálogo entre un sacerdote y un moribundo*, p. 37

<sup>4</sup> Marqués de Sade, *Justine o los infortunios de la virtud*, p. 63

<sup>5</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 39

Las reflexiones de Sade a propósito del perpetuo movimiento de la naturaleza, nos encaminan apresuradamente a las consecuencias últimas de los fenómenos que son agitados por la naturaleza, y aunque serán analizados con mayor detenimiento posteriormente, es necesario anunciar desde ahora cuales son estas nociones que Sade nos presenta a propósito de una naturaleza como impulso de fuerzas irracionales. Así, el Divino Marqués nos dice que “la primera y la más bella cualidad de la Naturaleza, es el movimiento que la agita sin cesar, pero este movimiento no es más que la secuencia perpetua de crímenes, solo por los crímenes ella lo mantiene. [...] Es necesario que el equilibrio se mantenga por medio de los crímenes; los crímenes sirven, pues, a la naturaleza”.<sup>6</sup>

Y aunque el fenómeno del crimen es la máxima expresión de las fuerzas naturales, siendo el más intenso en alto grado, todo el mundo natural es la manifestación externa de fuerzas que acontecen en el interior de los fenómenos; podría decirse que los fenómenos son la manifestación externa de las fuerzas naturales que los conforman desde el interior, pues en cada fenómeno se encuentra la naturaleza moviéndose, solo cambiando por el grado de intensidad con la que aparece. Así, podemos observar que este perpetuo movimiento natural agita a los astros más pesados como también al frágil corazón humano.

Puede parecernos desconcertante que Sade nos anuncie esta primera cualidad del movimiento y la relacione directamente con el crimen, pues en un primer momento nos puede parecer compleja su conexión. Y aunque nuestra reflexión propia sobre el crimen tendrá un lugar muy especial en esta investigación, es necesario hacer notar que Sade habla de este fenómeno como el extremo natural, siendo el punto culmen de todo el mundo cíclico que antes hemos reconocido, donde conviven armoniosamente día y noche, vida y muerte, bien

---

<sup>6</sup> Marqués de Sade, *Justine*, p. 87

y mal, creación y destrucción, siendo todo ello la expresión de fuerzas naturales con las que ella misma se mantiene y se perpetua.

En un grado inferior a la vivacidad del crimen pero mayormente intenso al movimiento, Sade reconoce que esa inevitable presencia de dicotomías, a veces sumamente crueles, hace que la naturaleza se siga sosteniendo a sí misma, siendo este el equilibrio que esta tan presente en su pensamiento. En este sentido, el Marqués de Sade nos dice que

la voz de la naturaleza no nos engañará nunca. Sus leyes se sostienen gracias a una mezcla absolutamente igual de lo que llamamos crimen y virtud; renace mediante destrucciones, subsiste mediante crímenes; en una palabra, vive gracias a la muerte. [...] La sabia mano de la naturaleza hace nacer el orden del desorden, y, sin desorden, no llegaría a nada; éste es el equilibrio profundo que mantiene el curso de los astros, que los suspende en las inmensas llanuras del espacio, que los hace moverse periódicamente.<sup>7</sup>

Así pues, aquello que nos podía haber asombrado por ser cíclico y sumamente misterioso, ahora lo podemos nombrar naturaleza; además podemos reconocer algunas de sus cualidades más profundas, a saber, su irracionalidad, su perpetuo movimiento y su equilibrio en la necesidad de contrarios. Con respecto a esto último, solo se reconoce el mencionado equilibrio una vez que hemos observado los fenómenos cíclicos del mundo, pues la vida y la muerte o la creación y la destrucción nos dan cuenta de estos contrarios con los cuales se mantiene la naturaleza o, dicho del modo más adecuado, se expresa ella misma, pues ambos polos son parte de lo mismo.

Con el mencionado equilibrio puede comprenderse más claramente la dicotomía y expresión de contrarios necesarios que existen en el mundo, donde cada uno de los fenómenos se encuentra sometido a la perpetuación de la naturaleza. Solo así podemos comprender, aunque con cierta incredulidad, por qué las presas conviven con sus

---

<sup>7</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, pp. 138-139

depredadores o por qué la muerte se experimenta tan de cerca con la vida, pues estos fenómenos solo son diferentes en el mundo, siendo su esencia siempre la misma.

Hemos de apuntar, también, que este mencionado equilibrio muestra la estricta necesidad de ambos polos, pues la naturaleza se sostiene a base de ambos aspectos, tanto en el depredador furioso que concentra su fuerza para capturar a su presa, como en aquella presa que se vuelve necesaria para el mantenimiento del depredador. Por tanto, es posible pensar que esta cualidad nos permite comprender que los fenómenos están determinados unos con otros a perpetuar y reproducir las fuerzas naturales, siendo esto visible en el inmenso campo de batalla que es el mundo.

Si esto es así, dicho equilibrio estará presente en todo el mundo manifiesto, siendo esta visión la de un mundo que actúa con una estricta relación de necesidad respecto a la naturaleza; en otras palabras, el mundo se sostiene a base de contrarios porque así está determinado por la naturaleza, pues ella determina a todos los fenómenos, desde el movimiento de los astros hasta el actuar de los hombres. Entonces, en concreto diremos que, de acuerdo con el Marqués, “para que el equilibrio exista en la naturaleza no hace falta que lo establezcan los hombres; el equilibrio de la naturaleza afecta el de los hombres: aquello que a nuestros ojos parece que la contraría es justamente aquello que lo establece a los suyos”.<sup>8</sup>

Con lo anterior Sade propone que el curso mismo de la naturaleza afecta inmediatamente al curso del mundo completo, incluyendo a la humanidad. Además, dicho curso de la naturaleza (o diseño, como será llamado por el propio Marqués) determina el comportamiento de los fenómenos, ya que como se ha mencionado, estos expresan en el exterior su naturaleza que

---

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 98

acontece en el interior, pues reflejan o reproducen en el mundo la intensidad de las fuerzas naturales, siempre latentes y vivaces para la perpetuación de la naturaleza.

En consecuencia, el mencionado designio se vuelve una suerte de destino que determina a los fenómenos del mundo, que los mantiene sujetos a repetir constantemente su actuar. Esta sujeción afecta a todos los fenómenos, pues todos se encontrarán determinados por las fuerzas e impulsos que les inspira la naturaleza, desde la más lejana estrella y su movimiento cíclico, hasta el rápido parpadeo de la mirada de los hombres. Esta observación nos la deja más clara el Divino Marqués, diciendo que “el hombre solo debe su existencia a los inflexibles designios de la naturaleza; [...] (pues) al igual que el roble, el león y los minerales que se encuentran en sus entrañas, no es más que un producto necesario para la existencia del planeta”.<sup>9</sup>

Tal es la naturaleza que se comienza a descubrir con el pensamiento filosófico sadeano, donde se observa que cada uno de los individuos cumple con un papel necesario en el mundo pues, a través de cada fenómeno y de su actuar, la naturaleza sigue latente en todas sus manifestaciones. Es una naturaleza que se expresa a través de sus propias fuerzas y que nuestros ojos reconocen como cualidades, pues solo el actuar del mundo nos da noticia evidente de los impulsos a los cuales obedece, quedando las fuerzas naturales contenidas y concentradas en el fenómeno que observamos. En este sentido hemos de decir que reconocemos los efectos de la naturaleza una vez que se llevan a cabo los actos en el mundo, siendo estos, a su vez, las cualidades de las que hemos hablado.

En sentido estricto, dichas fuerzas naturales, como la naturaleza misma, no se presentan directamente en los fenómenos, sino que son ellos la consecuencia de sus

---

<sup>9</sup> Marqués de Sade, *Filosofía en el tocador*, p. 313

dinámicas. Así pues, las cualidades de la naturaleza, de las que hemos hablado son fenómenos universales que podemos reconocer en el funcionamiento del mundo mismo, tales como el movimiento, la polaridad o la determinación necesaria, es decir, el sometimiento y cumplimiento que hace obedecer a fuerzas inspiradas por la propia naturaleza.

Frente a todo ello, la humanidad puede voltear a su alrededor y contemplar estas cualidades que la naturaleza imprime en el mundo, aunque algunos efectos lo puedan aterrorizar, ya que la pérdida del brillante día, tras la llegada de la penumbrosa noche, no es del todo diferente a aquella pérdida que sufre el árbol tras arrancar su fruto maduro, o aquella pérdida de una gacela que huía, perseguida, por un furioso león hambriento. Todos estos fenómenos cumplen con el ciclo perpetuo de la naturaleza, donde ella se manifiesta y desde los cuales se vivifica con mayor intensidad. Una vez reconocido esto nos podemos preguntar si acaso la humanidad, en cuanto fenómeno y manifestación natural, reconoce a la naturaleza en sí misma.

Para ser más justos con esta cuestión hemos de apuntar que la humanidad, como el resto de los fenómenos, es una expresión de la naturaleza y, por tanto, una concentración de sus fuerzas que la reproduce en sus actos. Siendo así, la fuerza que mueve a los astros es la misma que empuja al depredador sobre su presa, diferenciándose únicamente en la intensidad con la que aparece. Esto es de suma importancia, pues mientras que en todos los fenómenos del mundo podemos reconocer una suerte de contrarios necesarios, para el género humano no existe algo como tal, ya que no se juega un papel de depredador o presa frente a algo más. Y aunque esto pueda parecer alentador en un primer momento, pronto hemos de notar que para la humanidad no es necesario otro depredador más que la humanidad misma, pues en ella se concentra la mayor fuerza natural, latente en lo más profundo de su conformación, arrastrando en sí mismo todo el conjunto de impulsos e instintos que inspira la naturaleza.

En otras palabras, y para anunciar alguna respuesta a la cuestión antes planteada, se propone que en la humanidad ya no se reconocen las características de la naturaleza desde el exterior del mundo, sino que se le presentarán en lo más hondo de su sentir, teniendo a las fuerzas naturales no como fenómenos del mundo sino como experiencias íntimas que lo agitan desde el fondo de su ser, tal como agitan al universo entero. Así pues, la naturaleza se le presentará a la humanidad como una experiencia inmediata de sus fuerzas, donde pronto podrá reconocer que aquellos contrarios necesarios que veía en el mundo también los tiene presentes, y si acaso la humanidad se presenta como presa será únicamente de sí misma, volviéndose su propio depredador.

Este duro acontecimiento, quizás el más sorprendente del mundo, se debe a que en la humanidad la naturaleza se concentra con la mayor intensidad, haciéndole experimentar sus fuerzas de la forma más vivaz desde el interior. Es ahí donde pronto se reconocerá la palpitante dicotomía entre dolor y placer, por ejemplo, que es resultado de los impulsos o arrebatos intensos con los que la naturaleza conforma y determina a la humanidad, y a la cual se debe el actuar completo de los hombres. Entonces la humanidad es, dentro de todos los fenómenos del mundo, la expresión natural en la cual se concentran mayormente todas las fuerzas de la naturaleza, las cuales se presentarán como una experiencia interna cada vez más intensa, hasta llegar al grado de experiencias de impulsos y pasiones violentas.

De acuerdo con Sade, la humanidad es el fenómeno que mayormente sufre el sometimiento a los designios de la naturaleza, pues se encuentra lleno de ella. Así lo deja ver el Divino Marqués en su siguiente expresión:

¡Ah, si el desgraciado tiene alguna ventaja sobre los animales, cuántas no tienen estos, a su vez, sobre él! ¿Acaso no está sujeto a mayor número de enfermedades y dolencias? ¿Acaso no es víctima de una mayor cantidad de pasiones? Si combinamos todo esto, ¿tiene realmente alguna ventaja más? ¿Y puede esta escasa ventaja darle el suficiente orgullo

como para creer que debe sobrevivir eternamente a sus hermanos? ¡Oh, desgraciada humanidad!, ¡a qué grado de extravagancia te ha hecho llegar tu amor propio!<sup>10</sup>

Tal es la forma en la que se presentan las cualidades de la naturaleza en la humanidad, como fuerzas que impactan en lo más profundo de su interior y lo determinan a actuar de una u otra manera. Hemos mencionado que, para la humanidad, la naturaleza se experimenta de manera muy vivaz e íntima, siendo la presencia de la naturaleza un acontecimiento intenso en la sensibilidad del hombre, de manera que es en la sensibilidad donde mayormente se concentrarán las fuerzas naturales con las que se mueven los individuos. Con respecto a ello, y precisando sobre la sensibilidad humana que deriva en acciones de vicio y virtud, Sade nos explica que

la sensibilidad es el hogar de todos los vicios como lo es de todas las virtudes. [...] Por ser demasiado sensibles nos entregamos a las virtudes, por serlo demasiado queremos las fechorías. El individuo privado de sensibilidad es una masa bruta, tan incapaz del bien como del mal y que sólo tiene de hombre el rostro. Esta sensibilidad, puramente física, depende de la conformidad de nuestros órganos, de la delicadeza de nuestros sentidos y, más que nada, de la naturaleza del fruido nervioso, en el que yo situé generalmente todos los afectos del hombre.<sup>11</sup>

La presencia del vicio y la virtud, tan presente en el pensamiento de Sade, nos hace comprender que la naturaleza se presenta en la sensibilidad del hombre tal como se presenta en los fenómenos del mundo, con una dicotomía que es parte de ella misma, pues tal como se mantiene por medio de la vida y la muerte, así se mantiene con el vicio y la virtud, siendo, por lo tanto, inspiraciones que la naturaleza imprime en la sensibilidad humana. Por lo tanto, y de acuerdo con el Marqués, podemos asumir que “no hay ninguna virtud innecesaria a la naturaleza y, por lo tanto, ningún crimen superfluo y gracias a esto vivimos en un perfecto equilibrio. En esto consiste la ciencia de

---

<sup>10</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, pp. 310-311

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 220



la naturaleza. En cuanto a nosotros, ¿somos culpables de la ruta a que ella nos lanza? No más que la avispa que clava su aguijón en tu piel.”<sup>12</sup>

Como puede observarse, nuestras reflexiones comienzan a exigirnos que el curso de la investigación gire en torno al fenómeno más interesante de la naturaleza, a saber, el individuo, y para ser más específico, el humano como la expresión natural más compleja. Pero no podemos avanzar sin dejar claro y resumido lo expuesto hasta el momento, pues de ello depende la comprensión del pensamiento filosófico sadeano y el desarrollo de nuestras próximas secciones, por lo cual recordaremos lo desarrollado en estas primeras páginas.

Partiendo desde los fenómenos visibles hacia un estudio donde pretendemos conocer la esencia del mundo mismo, hemos observado que todo funciona cíclicamente. Acompañados por el pensamiento filosófico del Divino Marqués, se ha podido dar con el nombre de aquella esencia, según él mismo la presenta, a saber, la naturaleza. Se ha propuesto que el funcionamiento cíclico del mundo se debe a una dinámica de fuerzas irracionales que lo mantiene en movimiento perpetuo, siendo esta una de las características principales de la naturaleza. Dicha dinámica de fuerzas apareció posteriormente como una cierta lucha de contrarios que reflejan la vivacidad de los impulsos naturales, de lo cual concluimos que dichos contrarios son necesarios para el sostenimiento de la naturaleza. En este punto se mencionó que la naturaleza determina completamente todo lo existente en el mundo, siendo ella misma su único designio, expresando la vivacidad de sus fuerzas cada vez con mayor intensidad.

En este sentido, todos los fenómenos del mundo están sometidos al cumplimiento de aquello que la naturaleza les inspira, pues, al ser su esencia, todo lo que acontece obedece a lo que

---

<sup>12</sup> Marqués de Sade, *Diálogo entre...*, p. 56

ella dicta. De manera que el mundo se muestra como un campo de batalla en el que se repiten constantemente las luchas de contrarios, haciendo del depredador el fenómeno en el cual se concentran con mayor intensidad las fuerzas naturales. De esta manera hemos apuntado a la humanidad, que si bien carece de un depredador externo, se reconoció que ella misma es su propio depredador, debido a la intensa exaltación de su sensibilidad. Pues para la humanidad, la naturaleza le acontece como una experiencia interna y muy íntima que la afectará en lo más profundo de su sentir. En medio de esta experiencia, la naturaleza toda le acontece en el interior de la humanidad tal como se la puede reconocer en el exterior, con agitaciones, con polaridad, con designios, pero de una forma inmediata, pues se lo inspira desde el interior, en su sensibilidad.

De dicha inspiración intensa solo puede esperarse, como en efecto ocurre, que los actos de la humanidad sean igualmente intensos, pues las agitaciones se convertirán en arrebatos e impulsos violentos; la polaridad se experimentará como placer y dolor y los designios se volverán las cadenas pasionales con las que la naturaleza esclaviza al hombre para perpetuarse en sus actos, pues a ella se le debe todo, a ella le sirve todo, ella inspira a todo el mundo. Podemos decir, de acuerdo con Sade, que incluso la naturaleza inclina a los hombres hacia ciertos actos, pues les inspira lo más preferible para ellos, según lo expone en las siguientes palabras: “mediante gustos que me han sido dados por la naturaleza, habré servido a los designios de ésta, la cual, lanzando sus creaciones mediante destrucciones, solo me inspira la idea de destrucción cuando tienen necesidad de creaciones”.<sup>13</sup>

Tal es el fatal destino que, incierto aún para la humanidad, debe recorrerse en el mundo, cargando con la mayor intensidad de fuerzas naturales que afectan la sensibilidad y la exaltan, teniendo como resultado diversos actos igualmente violentos al acontecimiento

---

<sup>13</sup> Marqués de Sade, *Justine*, p. 179

interno de la naturaleza, por medio de los cuales ella se sigue manteniendo. Por lo tanto, y para concluir esta sección, el Divino Marqués afirma que

¡[...] no experimentamos nada que no le sirva! Todos los impulsos que ella coloca en nosotros son la expresión de sus leyes; las pasiones del hombre no son más que los medios que ella emplea para lograr sus designios. ¿Tiene necesidad de individuos? Nos inspira el amor, y vienen creaciones. ¿Le son necesarias destrucciones? Coloca en nuestros corazones la venganza, la avaricia, la lujuria, la ambición, y hay asesinatos. Pero siempre ha trabajado para ella misma, y nosotros nos hemos convertido, sin sospecharlo, en los crédulos agentes de sus caprichos.<sup>14</sup>

---

<sup>14</sup> *Ibidem*, p. 86

## **B) El individuo**

*La razón es, y solo debe ser, la esclava de las pasiones, y no puede pretender tener otro oficio más que servir las y obedecerlas.*

David Hume, *Tratado de la naturaleza humana*

¡Qué espectáculo se muestra ante los ojos! ¡Oh, gran obra llamada mundo! Entonces el humano contempla el movimiento de la Luna y comprende que se mueve como ella, pues demasiada Luna hay en la humanidad; observa cauteloso la agitación de las mareas y percibe que se agita como ellas, pues bastante marea hay en sí mismo; clava su vista en el crecimiento de la espesa arboleda y descubre que crece como aquellos bosques, pues algo de árbol hay en el humano; dirige su mirada al conejo temeroso que huye y entiende que él también se resguarda para sobrevivir, pues cuánto de conejo hay en el hombre; pero atento no parpadea cuando la serpiente clava violenta los dientes a su presa y se da cuenta que, como el reptil, también es un depredador, pues mucho hay de serpiente en la humanidad; ¡qué espectáculo se muestra ante los ojos! Ahora ve actuar impulsivamente al mundo y se sorprende con su actuar que es completamente igual, pues todo el mundo está en el humano, pues lo siente en sí mismo. ¡Oh, gran obra llamada mundo!

A la humanidad le aparecen las fuerzas naturales con más intensidad en su sentir, diferenciándose incluso del mundo animal en la violencia con la que le acontecen sus arrebatos y pasiones, por lo cual decíamos que para la humanidad, la naturaleza es una experiencia interna e inmediata. Dicha experiencia acontece en el interior del hombre, inflamando la sensibilidad con la que está conformado, según lo expone Sade de la siguiente manera:

si esta inflamación es mediocre, en función de la densidad de los órganos que se opone a una acción ejercida por el objeto exterior sobre el fluido nervioso, o de la poca velocidad con que el cerebro le reenvía el efecto de esta presión, o incluso de la poca disposición de ese fluido a ser puesto en movimiento, entonces los efectos de esta debilidad nos impulsan a la virtud. Si, al contrario, los objetos exteriores actúan sobre nuestros órganos fuertemente, si los penetran con violencia, si provocan una acción rápida en las partículas del fluido nervioso que circulan en la concavidad de nuestros nervios, en este caso, los efectos de nuestra sensibilidad nos impulsan al vicio. Si la acción es todavía más fuerte, nos arrastran al crimen; y, definitivamente, a las atrocidades, si la violencia del efecto alcanza su ultimo grado de violencia.<sup>15</sup>

Con esta descripción sobre el funcionamiento de la sensibilidad humana, Sade introduce en su pensamiento la importancia que tiene la presencia del cuerpo y su conformación para poder experimentar a la naturaleza. Pues si bien se encuentra latente la sensibilidad, próxima a ser afectada por las inspiraciones de la naturaleza, es el fluido nervioso lo que recorre toda la extensión del cuerpo y pone en movimiento al humano, como efecto de aquellos choques que se experimentan en la sensibilidad. En este punto podemos observar que la determinación o sometimiento antes reconocido en los fenómenos del mundo exterior también aparece en el interior del hombre, siendo las agitaciones en su sensibilidad lo que determina, según Sade, sus inclinaciones y actos en el mundo, lo cual está en completa correspondencia con la sensibilidad humana, es decir, que las acciones humanas se corresponden con sus agitaciones sensibles, pasionales.

Dicha sensibilidad, aunque presente en todos los individuos, no es la misma en todos ellos, pues en algunos tiende más a la inflamación violenta como en otros al apaciguamiento y débil choque de fuerzas naturales. En este sentido experimenta un hombre arrebatos e inclinaciones violentas mientras otro experimenta un grado menos intenso de aquellas inspiraciones de la naturaleza, pero siempre acontecen en la sensibilidad, por muy diversa

---

<sup>15</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, pp. 220-221

que pueda ser, pues de acuerdo con el Marqués, “todas son obras de la naturaleza. Al crear a los hombres ella quiso diferenciar sus gustos, al igual que lo hacía con sus rostros, y no debemos asombrarnos por la diversidad que ha puesto tanto en nuestros corazones como en nuestras inclinaciones”.<sup>16</sup>

Todo este argumento se dirige a reconocer la completa determinación que tiene el hombre con respecto a las fuerzas naturales, pues con su aparición en la sensibilidad sufre un sometimiento ante el cual es impulsado a actuar de una manera igualmente violenta y determinada que corresponde a su inflamación sensible. Siendo estos los arrebatos pasionales que la naturaleza le inspira a la humanidad, lo cual nos permite ver que “las pasiones tienen un grado de energía en el hombre que nada puede desviar”.<sup>17</sup> Desde esta perspectiva, tal como ya se había anunciado en las propias palabras de Sade, podremos decir que el comportamiento todo de los hombres, tal como el actuar mismo del mundo en todos sus fenómenos, no se debe a una libre elección sino al sometimiento de las fuerzas naturales a las que se encuentran doblegados los humanos, las cuales son sus pasiones.

En este sentido, las pasiones humanas serán entendidas como el grado más alto en el que acontece la naturaleza en la sensibilidad humana, siendo todas ellas los impulsos violentos que mueven al hombre y a su vez las inspiraciones que pone en su interior para que su actuar perpetúe a la naturaleza. En otras palabras, dichas pasiones e inspiraciones vienen dadas por la naturaleza, la favorecen y a través de ellas se sigue manteniendo latente en todas partes, siendo la humanidad únicamente el medio por el cual actúan esas fuerzas para la naturaleza. Esto último nos lo explica Sade de la siguiente manera:

---

<sup>16</sup> Marqués de Sade, *Filosofía en el tocador*, p. 327

<sup>17</sup> Marqués de Sade, *Justine*, p. 48

¿Acaso, digo otra vez, somos dueños de nuestros gustos? ¿No debemos ceder ante el imperio de los (impulsos) que hemos recibido de la naturaleza, como la cabeza orgullosa del roble se inclina ante la tempestad que lo agita? Si la Naturaleza se sintiera ofendida por estos gustos, dejaría de inspirarlos; es imposible que recibamos de ella un sentimiento hecho para ofenderla, y en esta extrema certidumbre podemos entregarnos a nuestras pasiones, de la índole y de la violencia que sean, seguros de que todos los inconvenientes que representa su choque no son más que designios de la Naturaleza, de los cuales somos los involuntarios vehículos.<sup>18</sup>

Así se aclara la llamada inflamación de la sensibilidad, pues dichos arrebatos pasionales serán experimentados por el hombre desde lo más íntimo de su sentir, donde acontecen con mayor o menor intensidad pero que son determinados completamente por la naturaleza. Es así como vemos un completo sometimiento del hombre ante el imperio de las fuerzas que lo dominan, las cuales, según Sade, no se pueden elegir ni se pueden cambiar, pues la naturaleza nos conforma de determinada manera para obedecer sus inspiraciones. En palabras propias del Divino Marqués, se pregunta si acaso

¿Los hombres no comprenderán nunca que no existe ninguna clase de gustos, por raros, por criminales que puedan ser juzgados, que no dependa de la organización que hemos recibido de la Naturaleza? [...] Me pregunto con qué derecho un hombre se atreverá a exigir a otro que mude sus gustos o que los modele [...]. Pero aun cuando desee cambiar de gustos, ¿podría hacerlo? ¿Tenemos el poder de cambiarnos? ¿Podemos convertirnos en otros que no somos? <sup>19</sup>

Cuando se está remitiendo a gustos, Sade nos está mostrando la consecuencia o los actos seguidos a raíz de las pasiones, es decir, los fenómenos externos y visibles que obedecen a las inspiraciones internas de las pasiones humanas. En este sentido, si las pasiones son inspiradas por la naturaleza y estas, a su vez, se encuentran determinadas por la sensibilidad humana, en donde le acontecen como fuerzas e impulsos naturales mayormente intensos, resultaría que las acciones humanas, como fenómenos, se corresponderán a las pasiones en cuanto a intensidad

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 178

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 170

y fuerza. Si las pasiones están determinadas por la naturaleza, a su vez las acciones humanas también lo están, pues unas son el acontecimiento interno, la aparición directa de la naturaleza, mientras que las otras son la expresión o manifestación externa de dichas fuerzas naturales.

Así se revelan, una vez más, las cualidades de la naturaleza tal como las habíamos visto en la sección anterior, pues en el interior nos aparece como una diversidad de pasiones irracionales, arrebatos intensos que nos mantienen sometidos a su imperio. De esta diversidad de pasiones y gustos podemos reconocer, entre sus cualidades, la dicotomía ya muy anunciada entre el llamado vicio y la virtud, lo cual nos permite contemplar, una vez más, aquella característica tan asombrosa de la naturaleza para Sade, a saber, el equilibrio. Para dejarnos más clara esta visión de la dicotomía y el equilibrio, y fijando su estudio en las pasiones humanas, el Marqués nos dice que

todas las pasiones tienen dos sentidos: uno muy injusto, respecto a la víctima; otro singularmente justo, respecto al que la ejerce. Por muy injusto que sea este órgano de las pasiones respecto a las víctimas de tales pasiones, no es más que la voz de la naturaleza; solo su mano es la que nos da estas pasiones; su energía es lo único que nos la inspira, y sin embargo nos hace cometer injusticias. Por consiguiente, hay injusticias necesarias en la naturaleza; y sus leyes, de las cuales sólo desconocemos los motivos, exigen una suma de vicios al menos igual a la de sus virtudes. El que no siente inclinación por la virtud debe doblegarse ciegamente bajo la mano que lo tiraniza, seguro de que esta mano es la de la naturaleza y de que él es el ser elegido por ella para mantener el equilibrio.<sup>20</sup>

De acuerdo con lo anterior, las inclinaciones de la humanidad se deben a esa conformación de la sensibilidad y a la aparición de las fuertes pasiones, que corresponden a la inflamación violenta de la sensibilidad. Pero, en este punto, podríamos preguntarnos qué significa para las experiencias humanas el acontecimiento intenso de la naturaleza.

La propuesta del Marqués a propósito de esta cuestión es contundente, ya que afirma que esa experiencia está relacionada directamente a la conformación de la sensibilidad y a la

---

<sup>20</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 115



disposición que se tiene para dejarnos llevar por la intensidad y la vivacidad de las pasiones, asumiendo el desmentido papel de agente que sirve a la perpetuación de la naturaleza. Esta es la razón por la cual Sade insiste tanto en que no somos dueños de nuestros gustos o nuestras inclinaciones, sino que dependen por completo de la organización y disposición de la sensibilidad con la que estamos conformados. Esta observación se aclara con las siguientes palabras del Marqués:

no es ni en el vicio ni en la virtud donde está la felicidad: está en la manera en que estamos dispuestos para sentir uno u otro, y en la elección que hagamos de acuerdo con esta organización. [...] Lo que afecte más vivamente será siempre lo que haga más feliz al hombre, y de que un ser vigoroso, construido solo por eso para recibir mejor impresiones de vicio que de virtud, encontrará la felicidad más fácilmente que un individuo dulce y tranquilo. [...] Pero, se dirá, uno merecía altares y el otro hogueras. Sea, si así lo deseáis; lo que yo juzgo no es el efecto de su alma sobre los otros, sino las sensaciones interiores que uno y otro debieron recibir, en función de las diferentes inclinaciones de que uno y otro estaban dotados, de las diferentes vibraciones con que eran agitados; y, en este sentido, el hombre más feliz de la Tierra, sin duda alguna, será aquel que, por cualquier acción, haya hecho pasar a su alma las sacudidas más violentas que pueda recibir; y como las sacudidas del vicio son más fuertes, más enérgicas que las de la virtud, inevitablemente el hombre más feliz de la Tierra será aquel que esté más entregado a las infamias, a los más escrupulosos excesos, a las más criminales costumbres, y que las renueve con mayor frecuencia..., aquel que, cada día, las duplique, las triplique en fuerza.<sup>21</sup>

Con esta extensa explicación, Sade nos muestra en qué consiste la aparición intensa de la naturaleza en la sensibilidad humana, y hasta qué punto se ofrece una sensación de felicidad o placer al dejarse llevar por esa violencia que impacta en el interior de la humanidad. Dicha felicidad tiene relación con el cumplimiento directo y sin estragos de las pasiones, es decir, el mencionado placer se da cuando acontece una pasión que agita al individuo y este actúa de acuerdo con el impulso que impacta en la sensibilidad. Esta es la razón por la cual asume que aquel individuo que se deja llevar por sus pasiones y que además las incrementa será el individuo que más placer tendrá, pues no le pondrá frenos a su impulso natural.

---

<sup>21</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 255

De estas reflexiones podemos anotar que, por un lado, el individuo recibe una suerte de recompensa que apunta Sade como ese dejo de felicidad o placer mientras se somete por completo a la determinación de la naturaleza; por otro lado, comprendemos que dicho placer solo será tal cuando la intensidad de las pasiones impacte violentamente al individuo, arrastrándolo a buscar la máxima complacencia y satisfacción. Además hemos de recordar que dicha intensidad se ve reflejada en los actos del individuo, por lo cual hemos de esperar actos igualmente intensos o violentos, en su máximo grado. Así pues, tras la aparición de sus pasiones el hombre busca apagarlas recurriendo a los actos que más lo complazcan.

Frente a esta experiencia del placer, Sade nos recuerda un proverbio que describe a la perfección el estado al cual se encamina el individuo entregado a sus pasiones, pues dice que “existe un proverbio – y los proverbios son una cosa muy buena- hay un proverbio, digo, que pretende que el apetito viene comiendo. Este dicho, grosero como es, tiene no obstante un sentido muy extenso; quiere decir que a fuerza de cometer horrores se desean otros nuevos, y que cuanto más se cometen más se desean”.<sup>22</sup> En otras palabras, desde que el individuo se entregue a sus pasiones y ande en búsqueda del mayor placer, desde ese momento entrará en una dinámica de deseo perpetuo que lo mantendrá bajo el intenso dominio de la naturaleza y sus inspiraciones.

En este punto podemos reconocer el máximo grado de intensidad con el que se presenta la naturaleza, pues no solo se da en la inflamación de las pasiones, sino que al tener un placer igualmente intenso como el de su pasión, el individuo no buscará otra cosa más en el mundo sino esas sensaciones fuertes que reaviven su sensibilidad. Este comportamiento nos lleva a reconocer un sometimiento mayor al que hemos revisado en las

---

<sup>22</sup> Marqués de Sade, *Los 120 días de Sodoma o la escuela del libertinaje*, p. 339

páginas anteriores, pues si bien los movimientos pasionales ya nos aparecen de una cierta manera como determinación natural, ahora vemos que no solo se actúa por esa determinación, sino que en esos actos se realiza por completo la naturaleza.

Es decir, que cuanto más entregado se halle un individuo a sus pasiones, mayormente reproducirá los impulsos de la naturaleza y, por lo tanto, llevará a cabo su perpetuación, realizando sus designios en cada uno de sus actos. De esto se sigue que el individuo buscará satisfacer su pasión propia ya que por medio de él la naturaleza está buscando realizarse a sí misma, siendo el placer del hombre el resultado de la perpetuación de la naturaleza.

Esta idea, fundamental para el desarrollo de nuestras próximas páginas, nos encamina a pensar que el individuo no solo busca ponerle fin a una necesidad, sino que busca hacerlo de la manera que más le complazca, por lo cual nos enfrentamos a una confirmación completa de los designios naturales ahí donde el individuo obtiene placer. Dicha confirmación encuentra esos medios porque son los que mayormente se adecuan a su perpetuación, por lo cual podemos decir que la naturaleza siempre se realizará por medio de aquello que le es favorable, y puesto que actúa por medio del individuo, será este quien experimente el placer de la naturaleza que se ha realizado en sus actos.

Debido a ello, Sade pregunta “¿Cuál es el hombre razonable que no preferirá lo que le deleita a lo que le es extraño, y que no consentirá en cometer esa cosa extraña a él y que no le molesta, para proporcionarse lo que lo agita agradablemente?”<sup>23</sup>, y más adelante replantea su cuestión, preguntando “¿Cuál es el objeto del hombre que goza? ¿no consiste en dar a sus sentidos toda la excitación de que son susceptibles de experimentar a fin de llegar mejor y más

---

<sup>23</sup> Marqués de Sade, *Justine*, p. 57

cálidamente a la última crisis... , crisis preciosa que caracteriza al goce en bueno o malo, en razón de la mayor o menor actividad que desarrolla la mencionada crisis?”<sup>24</sup>

Anteriormente ya hemos reconocido que la naturaleza es, para el individuo, una experiencia interna que acontece con mayor o menor fuerza, y que dicha experiencia arrastra al hombre a actuar de determinada manera, pues sus actos se siguen de los impulsos naturales. Ahora bien, con esta noción de placer podemos observar que esa experiencia interna toma mayor presencia, pues será el resultado de las acciones que favorecen a los designios de la naturaleza, complaciendo las pasiones humanas con las que se inflama la sensibilidad. Al haber observado esto, el Marqués afirma que

¡Qué absurdo sería negar algo a las pasiones! Que (el hombre) piense que solo está creado para ellas, para satisfacerlas, por grandes que sean los excesos a que puedan arrastrarle, y que todos los efectos de estas pasiones, sean del tipo que sean las que haya recibido, son medios de los que se sirve la naturaleza, cuyos agentes somos nosotros constantemente, sin que tengamos que dudar de esto y sin que podamos defendernos.<sup>25</sup>

En este sentido hemos de observar que el mencionado placer experimentado por el individuo es una sensación que concuerda con las aspiraciones de la naturaleza y que ante ellas, los individuos se ven inclinados a actuar de acuerdo a sus pasiones con la intención de complacerse a sí mismos, complacencia que significa el cumplimiento de los designios naturales. En otras palabras, la búsqueda por el placer y la satisfacción de las pasiones son para el individuo el máximo apego a la naturaleza, su máxima realización y el medio más directo para su perpetuación. Este comportamiento es nombrado por Sade como *libertinaje*, con el cual se da cuenta de todos aquellos individuos que son llevados a actuar arrastrados por sus pasiones, buscando siempre la mayor inflamación del placer.

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 174

<sup>25</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 317

Con este concepto se da forma completa a la filosofía del Marqués, quien aterriza toda la noción de naturaleza en el individuo que se encuentra sometido al imperio de sus pasiones y con ellas a la naturaleza misma, pues se comprende que su aparición se debe a sus propias inspiraciones. Así pues, el libertinaje será entendido como el comportamiento que tienen los individuos al buscar la mayor complacencia entregados a sus pasiones, desde lo cual se llegará al placer que caracteriza el máximo sometimiento a la naturaleza. Además, con este concepto, Sade abre el panorama para comprender, como máxima cualidad de la naturaleza, el exceso de afectos o pasiones que tienen los individuos, con lo cual se mostrará que *lo excesivo* tiene que ver con la intensidad con la que se inflama la naturaleza y no con una suerte de cantidad o medida establecida.

Así es como Sade pretende explicar este comportamiento tan característico de la humanidad y lo refleja en todos sus personajes libertinos, quienes actúan siempre de acuerdo al siguiente postulado: “entregaos, abandonaos con todos vuestros sentidos al placer; que este sea el único dios que gobierne vuestra existencia. Solo es a él a quien lo debe sacrificar todo una joven como vos; nada puede ser tan sagrado a sus ojos como el placer. [...] Es para eso para lo que has sido traída a este mundo; no debe haber límites para tus placeres, salvo el que pongan tus fuerzas y tu voluntad”.<sup>26</sup>

El libertinaje es la vía que toman los individuos frente a la fuerte presencia de la naturaleza, pues al no poder contenerla, se dejan llevar tal como sus impulsos lo inspiran para satisfacer aquella pasión que los enciende. Tal es el caso de toda inflamación sensible, donde su violenta aparición afecta al individuo, al grado que no la puede contener, pues contenerla sería sufrirla doblemente; la primera en su aparición inmediata y la segunda como contención

---

<sup>26</sup> Marqués de Sade, *Filosofía en el tocador*, pp. 309-321

de una intensa pasión latente, pues “¿no creerán que es preferible dejarse llevar por el torrente que oponerse a él?”<sup>27</sup> Así pues, al individuo que se deja llevar por el influjo de sus pasiones y actúa conforme a ellas se le denomina *libertino*. Estos individuos, los libertinos, son el pilar del pensamiento sadeano, son el principal fenómeno de sus observaciones, pues comprende que en ellos se realiza, de la manera más intensa e inmediata, la naturaleza misma.

A partir de este misterioso comportamiento humano, Sade pretende dar cuenta de la naturaleza misma, pues piensa que revelando la esencia de los libertinos podría entenderse de manera más clara la llamada naturaleza humana, por ello es por lo que se pregunta “¿pero quién puede definir el alma de un libertino? Hace tiempo que se sabe que ahí radica el enigma de la Naturaleza, cuya clave no nos ha dado todavía”.<sup>28</sup> Reconociendo que en los libertinos puede comprenderse el enigma de la naturaleza, pues en ellos se inflaman las pasiones, y remontándose a toda su metafísica, el Divino Marqués revela ese comportamiento poniendo en boca de uno de sus libertinos las siguientes palabras:

¿Por qué motivo tendría que negarme a todas las iniquidades concebidas por mi espíritu, desde el momento que está demostrado que son útiles para el plan general? ¿Es culpa mía que la naturaleza haya querido servirse de mi mano para mantener el orden en este mundo? por supuesto que no, y si solo se puede llegar a este fin mediante atrocidades, horrores, execraciones, entonces entreguémonos a ellos sin ningún temor; hemos cumplido con el fin de la naturaleza mientras nos deleitábamos.<sup>29</sup>

Y aunque la noción de libertinaje requiera un apartado propio para un estudio más detallado, nuestro interés en este concepto tiene en miras la intensidad con la que se inflaman las pasiones humanas, de lo cual se sigue el libertinaje como comportamiento de un individuo que busca la mayor satisfacción a sus deseos. Así pues, tras comprender que el libertinaje se da como una actitud

---

<sup>27</sup> Marqués de Sade, *Justine*, p. 19

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 191

<sup>29</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 487

que el individuo toma frente a sus pasiones, hemos de notar que dichas pasiones y la sensibilidad en su conjunto, al inflamarse, albergan la intensidad con la que aparece la naturaleza en el individuo, a lo cual hemos llamado *exceso*. Es decir, que el exceso no es propiamente una cantidad mayor o menor de naturaleza o de fuerzas naturales, sino que el exceso, tal como se entiende en Sade, refiere a la intensidad con la que aquellas fuerzas antes reconocidas se inflaman en el individuo.

Esta inflamación se da en el libertino, pues cuando se busca satisfacer una pasión se pretende encontrar un placer que sea igualmente intenso al de su arrebató pasional, por lo cual el placer será igualmente intenso que el arrebató que sufre el individuo en la sensibilidad. Por otra parte dicho placer, al ser buscado de manera constante, irá incrementando su fuerza con la que aparece en el individuo, siendo cada vez más intenso, según las palabras antes citadas del propio Sade con respecto a aquel proverbio, donde se dijo que las pasiones traen consigo una inflamación cada vez más intensa, pues de la misma manera el placer que se buscará será cada vez más intenso y su aparición mayormente violenta.

Entonces, de acuerdo con las palabras del mismo Marqués, que dicha aparición de las pasiones y el placer al satisfacerlas solo incrementan en su violencia o intensidad con la que aparecen en la sensibilidad humana, pues Sade nos dice que “solo el grado de violencia con el que nos emocionamos caracteriza la esencia del placer. El que no es agitado por una pasión más que de una forma mediocre, no puede ser tan feliz como aquel que se siente agitado por una pasión fuerte”.<sup>30</sup>

Según lo dicho hasta el momento, el libertinaje sería el comportamiento que tiene un individuo al sufrir la aparición de sus pasiones y buscar el mayor placer que satisfaga su

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 119

inflamación sensible. Así pues, el libertino estará anteponiendo su sensibilidad por encima de cualquier otra cosa, pues su búsqueda de placer como satisfacción a sus intensas pasiones lo justificarán. De manera que podemos encontrar en el libertino la realización de la naturaleza por medio de la vía más intensa, a saber, por medio de la pasionalidad que se inflama en los individuos, a quienes mantiene completamente sometidos a sus arrebatos.

En este sentido, y de acuerdo con Sade, cuando un libertino pone como prioridad sus pasiones y se encuentra buscando el mayor placer, su satisfacción será una cierta realización de la naturaleza, pues aquellas pasiones serán favorecidas y por lo tanto se seguirá perpetuando la naturaleza. Así, podemos observar que un acto de libertinaje implica el placer de un individuo por encima de cualquier otra cosa, pues su sola inflamación pasional significa más para el libertino que el mismo mundo que lo rodea. Esta conducta es anotada por el Marqués, pues de acuerdo con sus observaciones,

esta es la fatal indiferencia que, por encima de todo, caracteriza el alma de un verdadero libertino. Si solo es presa de sus pasiones, el remordimiento se pintará en su rostro cuando, calmado, vea las funestas consecuencias del delirio; si su alma es completamente corrompida, las consecuencias no lo asustarán: las observará sin pesar y sin lamentarlo, tal vez con más emoción a causa de las infames voluptuosidades que la produjeron.<sup>31</sup>

Hemos de recordar que tanto las pasiones como el placer van aumentando en intensidad y violencia y que, al ser fuerzas naturales concentradas en la individualidad humana, la naturaleza se expresa con grados mayores de intensidad. Y aunque en el libertinaje podríamos observar una aparición muy agitada de la naturaleza, no es sino hasta el estado de *voluptuosidad* donde veremos a la naturaleza tomando al individuo y sometiéndolo a su total imperio, arrastrándolo a perpetuarla, movido por una intensidad excesiva en sus pasiones,

---

<sup>31</sup> Marqués de Sade, *Justine*, p. 216



donde ya ni el placer pone fin al terrible sufrimiento pasional. Dichas observaciones tienen su lugar propio en la presente investigación, por lo que aquí nos concierne hablar, en últimos términos, de lo que significa la perpetuación de la naturaleza a través del libertino.

Como se mencionó anteriormente, el libertino es la figura individual que redondea el pensamiento filosófico del Marqués de Sade, pues en su comportamiento comprende que tanto sus arrebatos, sus pasiones, gustos e inclinaciones se deben a la presencia intensa de la naturaleza en su interior, pues tras su revisión de los fenómenos del mundo Sade comprende que lo más próximo a la naturaleza son sus fuerzas con las que mantiene al mundo tal como es, haciendo de dichas fuerzas la experiencia más inmediata que podemos tener de la naturaleza desde nuestro interior. Se comprende, además, que dichas fuerzas aparecen de manera variada y más intensa en ciertos fenómenos pero la naturaleza es siempre la misma, pues ella se encuentra en todas partes y se perpetua por medio de sus propias manifestaciones, cada vez con mayor intensidad y violencia.

Por ello es por lo que el libertino representa la figura del individuo que perpetua favorablemente a la naturaleza, de acuerdo con las afirmaciones del Marqués, pues en él se inflaman las pasiones y tiende a satisfacerlas, es decir, se somete al imperio de la naturaleza y desde sus actos sirve a sus designios. Así lo expresa, poniendo las siguientes palabras en boca de uno de sus educadores libertinos: “no debemos enorgullecernos de la virtud ni arrepentirnos del vicio, y así mismo es preciso dejar de acusar a la naturaleza por habernos creado buenos o por habernos hecho nacer perversos; ella ha actuado de acuerdo a sus intenciones, sus planes y sus necesidades: sometámonos a ellos”.<sup>32</sup>

---

<sup>32</sup> Marqués de Sade, *Filosofía en el tocador*, p. 348

Si bien desde nuestras primeras páginas reconocíamos que la naturaleza que nos presenta Sade era una suerte de fuerza o impulso que impera en todas sus manifestaciones, una vez llegado al individuo, y concretamente al humano, el Marques nos hace observar que en el hombre es donde mayormente se cumple el sometimiento a las fuerzas de la naturaleza, pues no puede detener su influjo e intensidad con la que aparecen, por lo cual se hace de la humanidad el punto en el que mayormente se sufren las fuerzas naturales, manteniéndonos atados a su imperio por medio de la inflamación pasional. Así lo deja ver en las siguientes palabras, con las que podemos concluir aclarando lo que significa el libertinaje y la posición que toma un libertino frente a la naturaleza, pues el Divino Marqués nos dice que

cuando te hayas burlado durante años de lo que los estúpidos llaman sus leyes, cuando para familiarizarte con su infracción te hayas complacido en pulverizarlas, verás a la pícara naturaleza, encantada de haber sido violada, doblegarse bajo tus deseos, llegar por sí misma a ofrecerse bajo tus cadenas... a presentarte sus manos para que la hagas tu cautiva; convertida en tu esclava en lugar de tu soberana, enseñará delicadamente a tu corazón la forma de ultrajarla mucho mejor, como si se complaciese en el envilecimiento, y como si te indicase que el mejor modo de obedecer sus leyes es insultarla hasta el exceso. No te resistas nunca cuando hayas llegado a este punto; insaciable en sus pretensiones sobre ti, en cuanto hayas encontrado un medio de dominarla, te conducirá paso a paso de extravío en extravío; el último que cometas no será más que el principio de otro por el que se someterá a ti de nuevo; [...] te enseñará cien formas de vencerla, y todo esto para, a su vez, encadenarte con más fuerza.<sup>33</sup>

---

<sup>33</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 21

## Capítulo segundo. Metafísica de Schopenhauer

*Lo que se opera en el cuerpo del planeta se opera en nosotros. [...] El hombre es el microcosmos o pequeño mundo, y según el dogma de las analogías, todo lo que está en el gran mundo se repite en el pequeño.*

Eliphas Levi, *Dogma y ritual de la alta magia.*

## A) La Voluntad

*Es verdad, sin mentira, cierto y muy verdadero, lo que está abajo es como lo que está arriba; y lo que está arriba es como lo que está abajo para realizar los milagros de una cosa única.*

Hermes Trismegisto, *Tabla de esmeralda*

La humanidad podría someter al mundo entero a su conocimiento y, sin embargo, seguiría navegando en medio de un inmenso océano desconocido. De tal manera va el humano conociendo el mundo y los fenómenos que se presentan ante su mirada, viendo campos y montañas, árboles y flores, larvas, depredadores, más rostros humanos, hasta fijar la mirada en un cielo y un mar que le revelan, si contempla con atención, que ese cielo y ese mar no son tan diferentes, sino que son uno mismo frente a él, tal como todas las cosas que ha pretendido conocer antes, pues para tocar las estrellas solo es necesario sumergirse en el mar y así navegar sobre el horizonte del cielo.

Pero la humanidad no concibe eso a primera vista, antes bien, observa que son distintos, que existe un cielo y un mar, un campo y una montaña y que todo lo que existe es diferente entre sí mismo y además, diferente a él. A partir de esa diferencia entre fenómenos el hombre pretende conocer el mundo. Más aún, el humano profundiza en ese mundo que se le presenta, pues se le muestra ante todos sus sentidos como un mundo de formas distintas, texturas distintas, aromas y sabores que cada sentido le permite experimentar. Así, la humanidad pretende abarcar más con sus sentidos, tanto como se lo permita su propia experiencia con este mundo de múltiples formas, a las cuales llega por el uso inmediato de sus sentidos.

Así puede abarcar los diversos fenómenos que se presentan en el mundo y someterlos a ese modo de conocer, creando grandes sistemas de ciencias o profundizando, hasta donde

es posible, en el fenómeno que se le muestra. Sin embargo, todo este conocimiento no es más que una fantasmagoría, es decir, una ilusión de conocimiento a la cual se pretende penetrar pero a la que jamás se llega, tal como si alguien fijara un punto exacto en el cual pretende encajar una flecha y que, al tirarla, la flecha traspase aquel punto, desintegrándolo como una nube de humo que se desvanece con el viento. Así la mirada penetrante del conocimiento que se dirige al fenómeno para conocerlo, aunque este se desvanezca en la ilusión de aquel.

Quien, confundido por lo anterior, busque conocer algo concreto, quizás llegará a la conclusión de que, si bien no existe el fenómeno, lo que si es cierto de suyo es el sentido que percibe al fenómeno, es decir, el ojo que mira o el oído que escucha, ante lo cual vale decir las palabras de Arthur Schopenhauer respecto a esta conclusión, pues

entonces le resulta claro y cierto que no conoce un sol ni una tierra, sino solo un ojo que ve un sol y una mano que siente una tierra; que el mundo que le rodea existe sólo como representación, es decir, sólo en relación a un otro, al ser que se lo representa, que no es sino él mismo. [...] ninguna verdad es pues, más cierta, más independiente de todas las demás y menos necesitada de prueba que esta: todo lo que existe para el conocimiento, es decir, el mundo entero, solo es objeto en relación al sujeto, percepción del que percibe; en una palabra: representación.<sup>34</sup>

De este modo conoce, por medio de sus sentidos, el mundo como representación, el cual es el mundo que le ofrece los datos suficientes para poder formular axiomas, definiciones, sistemas científicos y pretendidos análisis del fenómeno al cual, no obstante, se le escapa siempre la realidad última del fenómeno, a saber, la esencia íntima de aquello que hace a todo fenómeno. Por ello se dice desde el inicio que aunque el hombre someta a todo el mundo a su conocimiento, siempre seguiría quedando algo sin ser conocido, lo cual es mucho más inmenso que el mundo de la representación. Para poder ilustrarnos sobre lo dicho

---

<sup>34</sup> Schopenhauer, A., *El mundo como voluntad y representación vol. I*, p. 27

anteriormente, seguiremos la argumentación presentada por Schopenhauer acerca del mundo como mera representación, para pasar después a aquel otro lado del mundo donde se revela la esencia de todo lo existente, que es *la voluntad*.

De acuerdo con Schopenhauer, este mundo que se conoce a través de los sentidos es un mundo que le muestra fenómenos, mas no la esencia del mundo. A este mundo se le ha definido como *el mundo de la representación*, en el cual aparecen los fenómenos que se han de conocer de acuerdo con la relación entre ellos y consigo mismo. A esta relación pertenecen todos los fenómenos o representaciones del mundo, la cual será definida por Schopenhauer como razón suficiente, es decir, una forma o principio que tenemos para comprender la sucesión espaciotemporal de los fenómenos, en la cual nos encontramos incluso nosotros mismos. Por tanto, el mundo de la representación está sometido a una relación muy particular entre los fenómenos, a saber, su relación causal que, de acuerdo con Schopenhauer “dado que toda pluralidad y todo surgir y perecer son posibles únicamente por el tiempo, el espacio y la causalidad, de esto se sigue que también aquellos conciernen únicamente al fenómeno, [...] puesto que nuestro conocimiento está condicionado por estas formas, la experiencia en su conjunto es solo fenómeno”.<sup>35</sup>

En este sentido, todo el mundo que se conoce se presenta como fenómeno, explicado siempre a partir de su relación causal entre él y los demás fenómenos. Para hacer más extenso este análisis, Schopenhauer ofrece una rigurosa explicación sobre los tipos de fenómenos o representaciones que le aparecen al hombre conocedor de acuerdo con su principio de razón, los cuales son: objetos de verdad *lógica, empírica, trascendental y metalógica*, pero que, en última instancia, tienen siempre su explicación como todo fenómeno del mundo, es decir, una explicación

---

<sup>35</sup> *Ibidem*, p. 209

causal. La mencionada distinción es solo útil en cuanto se pretende dar cuenta en qué difiere un fenómeno de otro, por ejemplo, cuando pensamos por qué es diferente una operación matemática de un concepto, o un objeto de la intuición a un motivo. Sin embargo, esta distinción no afecta en lo principal, que es el hecho de que el mundo, a pesar de sus cuatro formas en que se presenta, aparezca solo como representación y que esta sea, a su vez, sometida al principio de razón para poderla conocer.

Otra característica, más importante aún por señalar, es que esta distinción tampoco pretende ni puede demostrar la esencia última del fenómeno, por el contrario, nos explica únicamente cómo la facultad de conocimiento humana ordena las distintas formas en que aparece la representación. En otras palabras podríamos decir que nos sirve para ser más precisos en las explicaciones causales que damos de las representaciones, puesto que no se explican de la misma manera los procesos antes mencionados (operaciones matemáticas, objetos intuitivos, conceptos y motivos). Por tanto, el mencionado principio de razón es el que opera cada que el hombre conoce, ofreciendo únicamente el conocimiento del mundo como representación.

Con este principio de razón es que la humanidad descubre un mundo que pretende penetrar para conocerlo, sin embargo, solo se le ofrece una representación detrás de otra, siendo una la explicación causal de la otra, haciendo de su sistema de conocimiento no más que un catálogo o recopilación de representaciones que siguen el hilo causal de los fenómenos, pero que nada dicen de la esencia de estos. Es esta la manera en que aparecen las ciencias, tomando por modelo para su desarrollo al mismo principio de razón suficiente, el cual les ofrece un mirada más profunda en la representación pero siempre seguida de otra representación. Por poner un ejemplo de corte propiamente científico, podríamos decir que el conocimiento que ofrece el

principio de razón es similar al de la mirada microscópica, que aunque penetra en la representación, lo que ofrece como explicación del fenómeno es una representación más, haciendo a la representación causa de otra representación, es decir, explicando al fenómeno desde su relación causal con otro fenómeno.

Este es el principio de conocimiento con el cual la humanidad va desarrollando su vida intelectual en el mundo, creyendo que conoce a los objetos que lo rodean tanto más como representaciones tiene de ellos. Pero tal como lo mencionamos anteriormente, este tipo de conocimiento penetra en una representación no para quedarse en ella, sino para seguir teniendo más y más representaciones, haciendo de la mirada del conocimiento una flecha que jamás penetra en la esencia del fenómeno, sino que lo desvanece en más representaciones. De acuerdo con lo anterior, podemos decir, sobre el conocimiento que ofrecen las ciencias como también en general, que

toda ciencia en sentido propio, por la cual entiendo el conocimiento sistemático atenido al hilo conductor del principio de razón, nunca puede alcanzar una meta ultima ni dar una explicación totalmente satisfactoria, ya que nunca alcanza la esencia más íntima del mundo ni puede ir nunca más allá de la representación, pues lo que en el fondo nos da a conocer no es sino la relación de una representación con otra. [...] (Es decir) que el mundo objetivo, el mundo como representación, no es el único sino solo un lado, el lado externo, por así decirlo, del mundo, el cual tiene todavía otro lado completamente distinto, que es su esencia más íntima, su núcleo...<sup>36</sup>

El mundo de la representación, con todo y que ofrece una cantidad enorme de fenómenos por conocer, no puede mostrar nunca la esencia de los fenómenos mismos que conforman el mundo. Frente a esto tal vez pueda alguien preguntarse, ¿para qué tanta insistencia en esta característica del conocimiento? Lo cual es, hasta cierto sentido, muy válido en preguntar, puesto que podríamos contestar que no tiene mayor sentido hacer esta distinción si, al final,

---

<sup>36</sup> *Ibidem*, pp. 54-57



lo único que tenemos por conocer es la representación, y que la esencia del mundo siempre va a escapar a nuestra forma de conocer y explicar el mundo. Sin embargo, como ya puede vislumbrarse en las propias palabras de Schopenhauer, esta distinción tiene mucho sentido y una gran relevancia para la investigación filosófica, pues para aproximarnos a la verdadera respuesta, podríamos decir que es necesario distinguirlo para demostrar que hay otra vía de conocimiento la cual no se da de manera externa ni evidente, sino interna y oculta, y que además nos puede revelar la esencia del mundo como representación.

Para lo siguiente, ya nada tiene que ver el principio de razón ni el sometimiento a la representación, pues, lo que nos ocupará ahora será la forma en que aparece la esencia de los fenómenos, la cual no requiere de explicación causal ni de representación, sino que es ella quien le da su forma determinada de existir a las representaciones. Entonces, como se dijo, esta forma de conocer no estará mediada por el principio de razón, por lo cual no es un conocimiento que tenga que ser explicado en su relación causal, sino que se mostrará como un conocimiento inmediato de la esencia del mundo, es decir, como un proceso más oculto que evidente en la representación, pues no se puede explicar desde la relación causal de los fenómenos, sino desde su brotar mismo como esencia en los fenómenos, pues según Schopenhauer

toda explicación que no se reduzca a esta relación (causal), de la que no puede exigirse un porqué ulterior se detiene en una *qualitas occulta* admitida; pero toda fuerza originaria de la naturaleza es una cualidad oculta. Cualquier explicación de las ciencias naturales tiene que detenerse últimamente ante una tal cualidad y, por tanto, ante una total oscuridad. Por eso deja sin explicación tanto la esencia íntima de una piedra como la de un hombre.<sup>37</sup>

Es esa *cualidad oculta* la que ocupa el resto de nuestra investigación, a la cual Schopenhauer da por nombre *voluntad*, la cual no es ni puede ser nunca sometida al principio de razón, sino

---

<sup>37</sup> *Ibidem*, p. 111

que solo se manifestará en las representaciones y en los distintos fenómenos como su más íntima esencia, sin que pueda ser nunca aprehendida por la representación misma. Para dar paso a este tipo de conocimiento, Schopenhauer no propone ir detrás de la representación, puesto que eso sería seguir el hilo causal de la explicación antes mencionada, la cual nada nos dice, sino que, prescindiendo del exterior, se tendría que llegar a lo más inmediato, a lo dado íntimamente en el humano, desde lo cual comenzaría un conocimiento interno. Este conocimiento interno es el que le parece a la humanidad un inmenso océano desconocido en el cual sigue navegando sin saber siquiera que existe dentro de sí mismo.

Por lo anterior, será necesario encontrar lo más inmediato y partir de ello hacia un conocimiento interno, a partir del cual se le pueda revelar, si acaso, su propia esencia, la cual será, como veremos más a detalle y de acuerdo con Schopenhauer, la esencia íntima de todas las cosas, es decir, de todo el mundo. Entonces, solo así, desde el conocimiento interno, podemos conocer la verdadera esencia del mundo que se presenta de manera inmediata en el interior y que hace existir el mundo exterior, a saber, *la voluntad*. Por lo tanto, “las dos fuentes indiversas de nuestro conocer, la externa y la interna, deben, pues, enlazarse en este punto, merced a la reflexión. Tan solo de este enlace brota la inteligencia de la Naturaleza y del propio yo, quedando así abierto lo interno de la Naturaleza a nuestro intelecto, al cual, por sí solo, no le es accesible, más que lo exterior, y así se hace patente el secreto...”<sup>38</sup>, pues se pone de manifiesto la verdadera esencia íntima del hombre, de la Naturaleza; del mundo en su totalidad.

De acuerdo con Schopenhauer, aquello que se le presenta de manera inmediata será el propio *cuerpo*, el cual le ofrece la intuición interna como otra vía de conocimiento. Este análisis

---

<sup>38</sup> Schopenhauer, A., *Sobre la voluntad en la naturaleza*, p. 165

sobre el cuerpo es sumamente importante, ya que a partir del propio cuerpo se podrán notar los dos tipos de conocimiento a los que nos hemos referido, pues por un lado, a partir del cuerpo, el mundo aparece como representación externa teniendo al propio cuerpo como una representación más del mundo externo, mientras que por el otro lado aparecerá como mera intuición interna, como receptividad inmediata de la esencia del mundo, que es la voluntad. Por tanto,

al sujeto de conocimiento, que por su identidad con el cuerpo aparece como individuo, se le da este su cuerpo de dos maneras completamente distintas: por un lado, como representación en la intuición de conocimiento, como objeto entre objetos, y sometido a las leyes de estos; pero también de otra manera completamente distinta, a saber: como lo inmediatamente conocido por cada uno de nosotros, y que la palabra voluntad designa. [...] Así, puede decirse también en cierto sentido: la voluntad es el conocimiento a priori del cuerpo, y el cuerpo el conocimiento a posteriori de la voluntad.<sup>39</sup>

De lo anterior podemos hacer dos observaciones. La primera corresponde a la importancia que tiene el cuerpo dentro del sistema filosófico ofrecido por Schopenhauer, el cual estaremos retomando para el desarrollo completo de la presente investigación, ya que a diferencia de otros sistemas o corrientes religiosas, Schopenhauer propone que el cuerpo es indispensable para el conocimiento tanto como lo es la propia facultad de conocer, sin desdeñar al cuerpo por el entendimiento. La segunda observación, la cual nos encamina a lo propio de nuestra investigación, es que, de acuerdo con lo antes mencionado, podemos notar una importante distinción entre una forma de conocer y la otra, a saber, la del conocimiento externo e interno del mundo, el cual parte desde el cuerpo. Esta observación es de suma importancia, ya que nos aproxima a una tesis sumamente interesante, que tiene que ver con el conocimiento del mundo a partir del propio conocimiento interno, ya que es, en el propio cuerpo, donde se manifiesta la voluntad o esencia del mundo de manera inmediata.

---

<sup>39</sup> Schopenhauer, A, *El mundo...*, p. 113

Para aclarar lo anterior, podríamos preguntarnos por qué asumimos que el conocimiento interno nos revela la esencia del mundo, como también, por qué es el cuerpo el punto necesario en el cual se da ese conocimiento. Para responder a esto es necesario recordar que el conocimiento basado en el principio de razón nos ofrece solo representaciones que explican el mundo exterior, es decir, que todo el mundo externo se explica solo de acuerdo con más representaciones. Esto nos hace volver la mirada investigadora hacia un lugar donde no aparezca la representación, sino antes bien, el fundamento de ella, lo a priori de los fenómenos.

Es entonces cuando Schopenhauer propone que el cuerpo aparece como representación, pero también como lo más inmediato, a saber, como la esencia del mundo y de la humanidad misma; aparece como voluntad. Entonces, dado que el cuerpo aparece como representación, debemos conocerlo de manera externa como fenómeno, pero a su vez de manera inmediata como voluntad, y esto solo se da en el sentido interno del cuerpo. Por tanto, el conocimiento interno de la humanidad, a partir de su propio cuerpo, le puede ofrecer la verdadera esencia de los fenómenos que se le representan en el mundo exterior, pues al reconocer que ese cuerpo suyo es voluntad, reconoce en sí mismo que es una única y la misma voluntad la que se manifiesta en todo fenómeno. Así, se propone que

no solo en aquellos fenómenos que se parecen mucho al suyo propio, en hombres y animales, reconocerá como su esencia más interna esa misma voluntad, sino que una reflexión sostenida le llevará a reconocer la fuerza que impulsa y vegeta en la planta, incluso la fuerza por la cual el cristal cristaliza, la que orienta al imán hacia el Polo Norte, aquella que se le manifiesta como una descarga en el contacto de metales heterogéneos, la que en las afinidades electivas de la materia se manifiesta como huida y búsqueda, separación y reunión, y por último, incluso la gravedad, que tan poderosamente afecta a toda la materia, atrayendo a la piedra hacia la Tierra y a la Tierra hacia el Sol. A reconocer a todas estas fuerzas como diferentes solo en el fenómeno, pero como lo mismo en tanto a su esencia interior. [...] Ella es lo más interno, el núcleo de todo ser particular e igualmente de la totalidad; aparece en cada fuerza ciega de la naturaleza, y también en el actuar

reflexivo del hombre; por grande que sea la diferencia entre ellos, solo concierne al grado del aparecer, no a la esencia de lo que aparece.<sup>40</sup>

Como puede verse, en este punto del conocimiento interno, la humanidad es capaz de comprender que, a pesar de que el mundo se le muestra como un mundo de múltiples representaciones, la esencia de cada fenómeno es la misma, y que solo difiere en cuanto al grado o intensidad con que se manifiesta en cada objeto. A este proceso Schopenhauer lo define como *objetivación de la voluntad*, el cual consiste en que aquella esencia o cualidad oculta toma una forma como fenómeno en el mundo, tomando todo tipo de forma sin que por eso pueda ser ella aprehendida o agotada en una sola. Antes bien, esta voluntad resulta ser una y la misma esencia en todos los fenómenos que se manifiestan, apareciendo solo la multiplicidad de los fenómenos a partir de la intensidad con que se manifieste la voluntad.

Sería necesario detenernos a aclarar cómo se da ese proceso, es decir, cómo se da la objetivación de la voluntad en cada fenómeno. Para esto, es necesario recordar que el fenómeno es insignificante para la voluntad, pues solo le es relativo a su grado e intensidad de aparecer, por lo cual debe pensarse como algo completamente distinto tanto el fenómeno como la voluntad misma. El fenómeno es representación, mientras que la voluntad es una y la misma siempre, denominada esencia, cualidad oculta o, propiamente, fuerza, como ya vimos anteriormente con el ejemplo de la gravedad. En todos esos fenómenos, la voluntad solo es distinta para el principio de razón, pero en cada uno, es siempre la misma, desde la atracción y conformación mineral, hasta el actuar del hombre. Entonces podemos decir que lo que la hace distinta es la fuerza o intensidad con que se presenta, tomando ahora una forma y luego otra de cualquier fenómeno del mundo.

---

<sup>40</sup> *Ibidem*, p. 144

Esa intensidad de la voluntad es lo que en la fuerza de gravedad se manifiesta de manera más ciega, débil, carente de conocimiento, tanto como en la toma de decisiones o impulsos que hacen actuar al hombre se manifiesta de forma más clara, potente y con pleno conocimiento. Pero el que sea más o menos intensa dependen solo del fenómeno, en el cual se puede experimentar mayor o menor presencia de la voluntad, pero de la que nunca se puede prescindir. Esto queda perfectamente ilustrado por Schopenhauer cuando dice lo siguiente:

el más y el menos atañen solo al fenómeno, es decir, a la visibilidad, a la objetivación: de esta hay un grado más alto en la planta que en la piedra, y en el animal uno más alto que en la planta, esto es, su aparición a la visibilidad, su objetivación, tiene tan infinitas gradaciones, como las que hay entre el crepúsculo más débil y la más clara luz del sol, entre el sonido más fuerte y el eco más débil. [...] Ella se revela tanto y tan enteramente en una encina como en millones de encinas; [...] Por tanto, el curso de los planetas, la inclinación de la eclíptica, la rotación de la tierra, la distribución de los continentes y de los mares, la atmosfera, la luz, el calor y todos los fenómenos similares que son en la naturaleza lo que en la armonía el bajo continuo, se acomodan llenos de presentimiento a las venideras especies de seres vivos, de los que deben llegar a ser sostén y sustento. [...] Todas las partes de la naturaleza se ajustan entre sí porque es una voluntad lo que en todas ellas aparece.<sup>41</sup>

De acuerdo con ello, la objetivación de la voluntad puede ser comparada, como ya fue mencionada por el propio Schopenhauer, con una escala musical, siendo la naturaleza la que nos ofrece, con todos sus fenómenos, todo un repaso armónico de los distintos grados en que se manifiesta la misma fuerza, teniendo un primer aparecer en la gravedad como la fuerza natural más pesada, densa, oscura. Pasando por los primeros atisbos de vida en la expresión vegetativa, donde ya late una voluntad de vivir, para dar paso posteriormente a la expresión de vida animal como fenómeno más complejo, es decir, más cargado de voluntad, finalizando entonces en la expresión de la vida humana, donde lo característico será la aparición del conocimiento, es decir, la voluntad de conocer.

---

<sup>41</sup> *Ibidem*, pp. 164-199

Es preciso rescatar el bello símil que Schopenhauer utiliza para explicar, metafórica y filosóficamente, la aparición de la voluntad en cada uno de sus grados, pues al remitirse a la música, Schopenhauer observa que la presencia de una nota musical presupone su nota anterior de la que proviene y apunta a la siguiente, que es a la que se dirige; más aún, observa que la nota principal es la misma que su octava, solo que pasada ya por todos los demás tonos o notas musicales. Con este símil tan explicativo para la objetivación de la voluntad, podemos decir que la música ejemplifica el curso de la voluntad en los distintos fenómenos naturales, siendo la misma voluntad la fuerza de gravedad como el intelecto humano, solo diferenciado por su grado, nivel o posición, como en la escala musical. Y así como en dichas escalas, una nota presupone a la anterior y apunta hacia la siguiente, en los diversos grados de objetivación, cada manifestación de la voluntad parte también de su objetivación anterior, llevando consigo lo más oscuro, denso e irracional, pero apuntando siempre hacia lo más claro, sutil y racional que se pueda ser. Para hacer claro lo anterior, es preciso y muy justo dejar que las propias palabras de nuestro filósofo lo expresen, trayendo a cuenta ese bello símil musical, en el cual nos dice:

aunque es en el hombre en cuanto idea donde la voluntad encuentra su más clara y perfecta objetivación, está por sí sola no podría expresar su esencia. La idea de hombre, para aparecer con el significado que le corresponde, no podía presentarse sola y desgajada, sino que tenía que estar acompañada de la sucesión gradual que desciende por todas las configuraciones de los animales y por el reino vegetal hasta lo inorgánico; todas estas formas completan la objetivación de la voluntad; la idea de hombre las presupone igual que la floración de los árboles presupone las hojas, las ramas, el tronco y las raíces; ellas forman una pirámide cuya cima es el hombre. [...] También las podemos llamar resonancias del hombre y decir que el animal y la planta son respectivamente la quinta y la tercera nota descendente del hombre, y el reino inorgánico la octava inferior.<sup>42</sup>

Después de estas palabras, bien puede intuirse que la objetivación de la voluntad tiene su más clara presencia en la naturaleza y todo proceso concerniente a ella, siendo cada nueva

---

<sup>42</sup> *Ibidem*, p. 192

manifestación un grado más en la escala de la voluntad. Insistir en esto sería repetir lo antes mencionado, pero sí consideramos necesario tener siempre presente que lo primordial, es decir, lo fundamental en toda objetivación es siempre la voluntad, la cual se manifestará en todos los fenómenos del mundo natural. Decimos esto porque a partir de aquí nos acercamos a una de las afirmaciones más contundentes de Schopenhauer, y es la que corresponde a la facultad propia del conocimiento, es decir, al intelecto como fenómeno de la voluntad.

Según la propuesta del filósofo alemán, la voluntad es anterior a todo fenómeno y solo se puede diferenciar por la intensidad con la que aparece en cada grado de su objetivación. Entonces, lo que es en esencia la fuerza de gravedad es exactamente igual en el intelecto, solo que en mayor grado de objetivación. Por lo tanto, la voluntad es necesariamente anterior al intelecto, el cual solo brota de ella hasta un nivel o grado muy elevado en sus objetivaciones; para ser más precisos, el intelecto brota una vez pasado todo el mundo natural. Antes bien, la voluntad ha logrado actuar en todos los fenómenos objetivándose en la naturaleza misma, hasta llegar al intelecto. Sin embargo, ante esto cabe preguntarnos, ¿cómo actúa la voluntad para que se den esos grados de objetivación?

Retomando toda la argumentación anterior, esta voluntad que nos presenta Schopenhauer como esencia del mundo en la naturaleza, se ha presentado así solo a partir del conocimiento interno que tiene el hombre a partir de su propio cuerpo, el cual es voluntad objetivada que se le ofrece de manera inmediata. Entonces este cuerpo le permite conocer al hombre que todos los procesos de su propio cuerpo obedecen a las determinaciones dadas por la voluntad en todo fenómeno natural, desde el crecimiento inconsciente del cuerpo hasta las propias decisiones que él toma. Y aunque esto último es digno de un examen independiente, el hombre descubre que su actuar obedece a los mismos *motivos, estímulos* y



*deseos* a los que está sometido el animal, siendo solo diferentes en que el hombre es capaz de hacerlos fenómeno intelectual, pero que, en esencia, son lo mismo.

Así como cada grado de objetivación, el intelecto debería manifestar a la voluntad, pues si brota de ella, algo correspondiente a ella debe tener. En efecto, el intelecto expresa su esencia como *voluntad de conocer* tanto como el mundo vegetal la expresa en *voluntad de vivir* o el reino animal como *voluntad de conservación*. Lo anterior significa que cada objetivación particular expresa una forma de la voluntad completamente determinada por ella, incluso a su servicio y encaminada únicamente a su fiel cumplimiento, encontrando su manifestación en el mundo de la Naturaleza y su correspondiente en el cuerpo del hombre, ya que “precisamente el organismo no es más que la voluntad echa sensible. [...] Sus necesidades y fines dan en cada una de sus manifestaciones la medida de los medios, debiendo concordar estos unos con otros. [...] No puede hallarse en él nada inútil, nada superfluo, nada defectuoso, nada contrario a su fin”.<sup>43</sup>

Así se podría notar que en el cuerpo humano se expresan los diversos grados de objetivación; pues según lo anterior, la conformación del humano no pudo darse de manera independiente, sino que presupone toda la escala de objetivaciones de la voluntad en su cuerpo. Así, encontrará a la voluntad como fuerza en lo inorgánico, como voluntad de vivir en la vegetación, voluntad de conservación del reino animal y como, lo propio del hombre, voluntad de conocer. A pesar de lo distinta que puede ser cada una de estas aspiraciones de la voluntad, son solo distintas por su fenómeno que las perpetua, porque en esencia, es la misma voluntad la que se vuelve fuerza, como la que se vuelve vida y se conserva, así como la que conoce y que, en el cuerpo humano, se conoce a sí misma.

---

<sup>43</sup> *Op. cit.*, Schopenhauer, A, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, pp. 113-117

El intelecto, que pareciera aventajar por mucho al resto de las objetivaciones, no es más que una objetivación con la que se reafirma el imperio que tiene la voluntad en todos sus grados, pues, como ya se mencionó antes, todos estos no son más que medios para perpetuar y reafirmar las aspiraciones de la propia voluntad. Así, cada aspiración se corresponde con su medio para cumplirse, siendo el cuerpo humano con intelecto el medio o herramienta con la cual la voluntad vive, se conserva y se conoce, pues en esencia el hombre es esa voluntad que comparte, con todo el reino natural, cada una de sus características y necesidades. Esto significa que el intelecto, como objetivación suprema de la voluntad, no es más que el medio por el cual se cumplen las más grandes necesidades y carencias que un ser puede tener en el mundo, es decir, que el hombre se muestra como el fenómeno u objetivación más necesitado de todo el mundo.

Esto es el intelecto, una herramienta sumamente secundaria en la objetivación gradual de la voluntad, la cual cumple con una función muy específica y determinada, a saber, la de conocer. En la humanidad existe como entendimiento, es decir, como función racional e intelectual que le permite conocer al mundo que lo rodea para llevar a buen fin las aspiraciones más bajas, la voluntad de vivir y de conservación. Esto queda muy claro con las siguientes palabras escritas por Schopenhauer:

el entendimiento, tan superior en el hombre al de los demás animales, apóyase en el sobre la razón, mas solo en relación, en parte a sus necesidades, que superando por mucho a las de los animales, aumentan hasta el infinito. [...] todas estas grandes exigencias tenían que satisfacerse por fuerzas intelectuales, y de aquí el que sean tan sobresalientes en el hombre. Pero en todas partes vemos al intelecto como lo secundario, lo subordinado, destinado no más que a servir a la voluntad. Fiel a este su destino, quedase, por lo regular, sujeto a la voluntad.<sup>44</sup>

---

<sup>44</sup> *Ibidem*, p. 113

En este sentido, lo que hace tan especial al intelecto, según la objetivación más elevada de la voluntad, es que a través de este podemos conocer a la voluntad y, a su vez, dar a conocer lo que ella misma es, aunque implique sufrir y padecer todas las necesidades manifestadas en las objetivaciones anteriores. Dicho de otro modo, el intelecto como característica específica del humano, está dado para que la voluntad pueda conocer lo que ella es, pues obedece a la aspiración de voluntad de conocer, y solo puede ocurrir así cuando es puesto en un lugar que le permita conocer de manera inmediata su manera de actuar, es decir, su aparecer como padecimiento o necesidad en el cuerpo que comparte con todos los demás grados de objetivación.

Expuesto de esta manera, podemos observar que dicho conocimiento, es decir, el del aparecer inmediato de la voluntad, es el que más nos acerca a la verdadera esencia del mundo, que no es otra cosa más que un padecimiento continuo, es decir, una necesidad perpetua que se reafirma a cada momento, la cual nos mueve y nos hace actuar. Es esta la esencia del mundo que se le revela y que es experimentada por todo ser que aparece en el mundo, aunque sea en él mismo humano donde aparece con mayor intensidad, pues según Schopenhauer

el hombre, al ser la objetivación más perfecta de la voluntad de vivir, es en consecuencia también el más necesitado de todos los seres; por todos lados es volición y necesidad concretas, una concreción, de mil necesidades. Con esta necesidad habita la tierra, abandonado a sí mismo, en incertidumbre acerca de todo, salvo acerca de su precariedad y su necesidad.<sup>45</sup>

De tal suerte, la humanidad conoce la esencia del mundo como aquello que lo mantiene bajo su propio dominio, siendo completamente inaprehensible para su entendimiento pero completamente intuible para su sentido interno, desde el cual comprende que ese mundo

---

<sup>45</sup> Schopenhauer, A, *El mundo...*, p. 360

desconocido para la representación es un mundo inmenso lleno de satisfacción y sufrimiento, de placeres y dolores, donde la necesidad, las aspiraciones, los impulsos, los instintos y las pasiones lo dominan todo, pero que a su vez todas ellas solo significan, junto con el mundo de la representación, una sola cosa, *la voluntad*. Entonces comprende que todo lo que le rodea, todo el mundo como fenómeno natural, no es otra cosa que una objetivación de la voluntad que él mismo encierra en su cuerpo, que actúan de manera completamente determinada y fija por la voluntad, pues ella ha encontrado los medios y las formas para reafirmarse en cada objetivación que la sigue perpetuando.

Obedeciendo a la voluntad de conocer, cuanto más conoce el hombre, más le permite a la voluntad conocerse a sí misma, siendo el conocimiento interno el más inmediato y puro que se puede tener de la voluntad, pues es ahí donde la voluntad se conoce a sí misma de manera inmediata, comprendiendo que es ella la misma en todos sus fenómenos.

Ya sea para reafirmarla o para conocerla, cada fenómeno del mundo cumple siempre con su papel determinado en la existencia, el cual está dado por la voluntad. En el caso del humano como individuo que conoce, su propia facultad de conocer está condicionada a esa función; darle a conocer a la voluntad su otro aspecto, el mundo como representación. Por ello decíamos desde el inicio que el verdadero conocimiento del mundo nos mostrará dos aspectos muy distintos, aunque, para ser más precisos, tendríamos que decir que no se nos muestra a nosotros, sino que a través de nosotros se lo mostramos a la voluntad.

Estos dos aspectos son el mundo como mera voluntad, donde se muestra la esencia interior de todos los fenómenos, permitiéndole a la voluntad el conocimiento de sí misma; y el mundo como mera representación, donde a la voluntad se le muestran las múltiples formas que ha tomado en este mundo.

A esto se halla determinado el intelecto, prestando todo su servicio y desarrollo al pleno conocimiento de la voluntad en todas sus formas, tanto en el sentido interno como en el mundo exterior. Sin importar nada más que ello, la voluntad determina así sus objetivaciones sin que estas puedan determinarla a ella, pues el mundo como representación jamás podrá aprehender o someter a su conocimiento esa inmensa voluntad, aunque sea ella la que le da existencia a la representación, ni menos aún, cambiarla o someterla a leyes que la modifiquen. En conclusión, de acuerdo con Schopenhauer,

la misma existencia y el tipo de existencia proceden, tanto en el conjunto como en cada parte, únicamente de la voluntad. Ésta es libre y omnipotente. En cada cosa se manifiesta la voluntad determinándose a sí misma fuera del tiempo. El mundo no es sino el espejo de esta volición, y toda la finitud, todos los sufrimientos, todos los tormentos que el mundo contiene pertenecen a la expresión de lo que la voluntad quiere, son como son porque la voluntad así lo quiere. [...] Pues el mundo es el autoconocimiento de la voluntad.<sup>46</sup>

---

<sup>46</sup> *Ibidem*, pp. 403-465

## **B) El sujeto**

*De Aquél, por Aquél y en Aquél son y están todas las cosas.  
[...] Un caos para los sentidos, un cosmos para la razón.*

H. P. Blavatsky, *Isis sin velo*

Si la humanidad observa atentamente el mundo, puede percibir que llega el sol en cada aurora y con su recorrido en el cielo disipa las tinieblas, haciendo del día un mundo iluminado por sus rayos, pero que en su ocaso, la oscuridad envuelve de nuevo todo. Si esperase al día siguiente, se daría cuenta, además, de que la oscuridad está presente aun cuando despuntan los rayos del sol, pues aunque se ilumine gran parte del mundo, sus rincones más profundos permanecen dominados por la oscuridad. Entonces puede comprender que la iluminación solo tiene efecto cuando hay algo oscuro por iluminar, y que iluminación y oscuridad se corresponden, pues una es parte necesaria para la otra; también comprende que no se puede iluminar todo, pues incluso en su sombra, que se proyecta al ras del suelo, la humanidad arrastra la presencia de su oscuridad.

En este mismo sentido podemos hablar del conocimiento, pues con su aparecer el mundo queda iluminado con miles de formas, aunque ninguna muestre su verdadera esencia, ya que se mantiene oculta en el fondo de su ser. Frente a esto, el humano se presenta como el conocedor del mundo, siendo consiente de sí mismo, quien dirige su mirada a los distintos objetos que se le presentan, siendo esos objetos su correlato necesario para que pueda conocer. Tanto como la luz es necesaria para la oscuridad y ambas se limitan, así la humanidad, en tanto sujeto que conoce, es necesario para los diversos objetos que pueden ser conocidos, aunque el conocimiento no pueda abarcarlos todos. El conocimiento del mundo depende del sujeto y el objeto así como la iluminación depende de la luz y la oscuridad.

Esto puede ser más claro si recordamos las páginas anteriores, puesto que en ellas expresamos la forma en que la voluntad va tomando su aspecto objetivo al manifestarse en el mundo, es decir, sobre cómo la voluntad se vuelve objeto<sup>47</sup>. Decíamos, además, que la voluntad se va objetivando de acuerdo con ciertos grados en los que aparece, los cuales son regidos y determinados por una aspiración volitiva. Reconocimos así a la voluntad como fuerza que mantiene en movimiento todas sus objetivaciones, las cuales traen consigo, ascendiendo en sus grados, todas las aspiraciones y necesidades de las objetivaciones anteriores. En el máximo grado de objetivación, encontramos a la voluntad como una fuerza intelectual que obedece a la voluntad de conocer, la cual será despertada en el fenómeno más acabado y mejor logrado de la voluntad, a saber, la humanidad.

Nuestra humanidad se ha propuesto como ese culmen de la voluntad en el sentido de que se presenta en por todas partes de nosotros el impulso volitivo, pues la conformación del propio cuerpo es un foco incandescente de voluntad donde todo su organismo funciona de acuerdo con la determinación con que aparece su aspiración volitiva. Entonces en el hombre se presenta, como añadido a todo el querer anterior, una nueva aspiración que será el culmen de la voluntad: la voluntad de conocer. Esto es lo que permite que la voluntad pueda conocerse a sí misma a través del hombre, pues con esta nueva aspiración se convierte en el sujeto conocedor del mundo objetivo, con lo cual comienza la conciencia de sus objetivaciones hasta alcanzar, de acuerdo con el conocimiento interno, una conciencia de sí misma.

De acuerdo con lo anterior, la conciencia que tenemos del mundo implica necesariamente ambas partes, a saber, un sujeto que conoce y un objeto conocido, donde

---

<sup>47</sup> *Vid. Supra* p.

ambas partes son, en esencia, la voluntad, puesto que el intelecto brota de ella para conocer objetos, los cuales son, en mayor o menor medida, su expresión más fiel. Con respecto a nuestro modo de conocer el mundo, Schopenhauer afirma que “nuestra conciencia cognoscente, que se presenta como sensibilidad externa e interna, entendimiento y razón, se descompone en sujeto y objeto, y no contiene nada fuera de eso. Ser objeto para el sujeto y ser nuestra representación son lo mismo. Todas nuestras representaciones son objetos del sujeto y todos los objetos del sujeto son nuestras representaciones”.<sup>48</sup>

Según estas palabras, se habla del *sujeto cognoscente* como condición para tener conciencia de los diversos objetos del mundo. Estos objetos serán, como ya se mencionó, las representaciones sometidas al principio de razón. De esta manera, el sujeto, en cuanto cognoscente, puede someter a todo el mundo a su conocimiento puesto que su aparición está determinada a que lo haga, ya que brota de la voluntad de conocer y a ella siempre la obedece, siendo su finalidad última conocer hasta el mínimo lugar en donde haya algo para ser conocido. Por lo tanto, desde el sujeto y solo con él, la voluntad puede ser consciente de sí misma, conociendo todas las formas que ha tomado según sus grados de objetivación, por eso es necesario tanto el objeto como el sujeto para la conciencia del mundo.

Si la voluntad estuviese solo como mera objetivación, tal como fue descrita en la sección anterior, no tendría sentido hablar de las formas en que aparece en el mundo, puesto que antes de ser objeto, es decir, independiente a ello, la voluntad es una sola. Sin embargo, la objetivación de la voluntad tenía ya una tendencia al conocimiento, pues en cada grado la voluntad se expresa de una determinada manera, como dándose a conocer, ante lo cual solo faltaba, como aspiración al conocimiento, el sujeto que conozca todas aquellas expresiones

---

<sup>48</sup> Schopenhauer, A., *Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, pp. 87-88



objetivas de la voluntad. Este es el sujeto cognoscente, quien está determinado a conocer el mundo que la voluntad ha expresado.

A propósito de este aspecto subjetivo, Schopenhauer nos ofrece una definición muy clara acerca de la relación necesaria que guarda el sujeto conocedor con su objeto conocido, puntualizando que

aquello que lo conoce todo y no es conocido por nadie es el sujeto. Él es, por lo tanto, el portador del mundo, la conciencia general, siempre presupuesta, de todo lo que se manifiesta, de todo objeto; pues lo que existe, existe solo para el sujeto. Como tal sujeto se encuentra a sí mismo cada cual, pero solo en tanto que conoce, no en tanto que es objeto de conocimiento. [...] No lo conocemos nunca, sino que él es justamente el que conoce, donde quiera que haya conocimiento. [...] Ambas mitades son, por tanto, inseparables, incluso para el pensamiento, pues cada una de ellas tiene significado y existencia solo por y para la otra, y con ella existe y desaparece. Ellas se limitan mutuamente: donde comienza el objeto termina el sujeto.<sup>49</sup>

De esta manera acontece el conocimiento como resultado de una relación necesaria entre el sujeto y el objeto, pero siempre sometido al impulso volitivo del querer conocer. Sumado a esto, es necesario exponer que, al ser el hombre el fenómeno donde aparece el conocimiento junto a todas las demás aspiraciones volitivas, por lo regular encontraremos que el conocimiento se halla sometido a la voluntad, es decir, que siempre estará buscando sus relaciones de conocimiento en favor de ella, lo cual no debería sorprender, puesto que el hombre es, en cuanto objeto, un cuerpo que quiere, que desea en todo momento; un foco incandescente de voluntad dotado del intelecto para ser, a pesar de sus infinitas necesidades, el sujeto conocedor del mundo.

A partir de la relación que existe entre el sujeto cognoscente y el cuerpo, se revelará a la humanidad el misterio de su existencia, ya que se verá como objeto en tanto a su cuerpo, pero sabrá que es sujeto en cuanto lo conoce, mostrando que esta unión es lo que lo vuelve

---

<sup>49</sup> Schopenhauer, A., *El mundo...*, pp. 29-30

un individuo en el mundo, pues como lo hemos dicho anteriormente, el cuerpo será el objeto más próximo al hombre a partir del cual podrá comprender que su esencia es la misma voluntad que halla en todos los demás objetos. En este momento podríamos decir que, cuando el humano comienza a estudiar su cuerpo, cuando comienza a comprender los procesos volitivos que se dan en cada uno de sus órganos, está dirigiendo el conocimiento hacia su propio cuerpo, lo cual es el primer acercamiento para que la voluntad pueda tener un autoconocimiento de sí misma.

Para que lo anterior resulte más comprensible es necesario traer a cuenta las palabras de Schopenhauer acerca del individuo, ya que entonces se comprenderá cómo es que el sujeto cognoscente se encuentra unido necesariamente a un cuerpo que representa a la voluntad en toda su extensión, ya que de no ser así, declara nuestro filósofo, seríamos tan solo una *cabeza alada de ángel sin cuerpo*:

el sujeto cognoscente es un individuo gracias justamente a esta relación peculiar con un único cuerpo que, contemplado al margen de la ella, es para él solo una representación como las restantes. Pero la relación en virtud de la cual el sujeto cognoscente es individuo se da, por eso mismo, solo entre él y una sola de sus representaciones, de aquí que tenga conciencia de esta única no meramente como representación, sino al mismo tiempo de otro modo completamente distinto, a saber: como voluntad.<sup>50</sup>

La conciencia que se tiene del cuerpo como voluntad es lo que se denominó conocimiento interno, lo cual es, más que un conocimiento objetivo o de los fenómenos, un conocimiento inmediato que tiene el sujeto sobre sí mismo. Pero, ¿no es acaso una contradicción afirmar esto, puesto que hemos dicho que el sujeto es lo que conoce sin que pueda ser conocido? Tendríamos que preguntar, necesariamente, ¿cómo es posible que el sujeto se conozca a sí mismo? Quien haga esta cuestión y comprenda su enigmático significado, estaría situado en el punto desde el cual Schopenhauer pudo

---

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 137

anunciar una respuesta a este acontecimiento, ya que él también lo vio y no dudo en llamarlo *milagro por antonomasia*, pues resulta sorprendente saber cómo es posible que el sujeto se vuelva objeto para sí mismo o, en pocas palabras y con una pregunta más clara: *¿cómo es posible el autoconocimiento o autoconciencia?*

Si bien es imposible que el sujeto se haga su propio objeto en cuanto cognoscente, con la autoconciencia aparece un nuevo aspecto de la subjetividad al cual se le puede dirigir la mirada del conocimiento, es decir, volverlo su objeto de estudio. Esto acontece no porque sean dos sujetos distintos, sino que ambos aspectos conforman la misma subjetividad, siendo por un lado un sujeto que conoce y por otro, esencialmente, un sujeto que quiere. Esta es la enigmática unión que se presenta en el sujeto, pues ambos aspectos están presentes, el cognoscente y el volente, llegando a este último solo mediante un ejercicio de conocimiento interno del cuerpo.

Volvemos entonces al argumento central, el del conocimiento interno, donde encontramos latente a la voluntad por todas partes como la esencia íntima de todo fenómeno. Es entonces cuando comprendemos como sujeto cognoscente que en el interior, en lo más profundo de nuestro ser, somos siempre un sujeto que quiere, llegando así al mencionado autoconocimiento del sujeto, pues dirigiendo su mirada hacia el instinto volitivo que encuentra en todas partes de su cuerpo reconoce su parte más esencial, al sujeto volente, y toma conciencia de él. Por lo tanto decimos, con Schopenhauer, que la autoconciencia “comprende un solo objeto para cada cual, a saber, el objeto inmediato del sentido interno, el sujeto del querer, que es objeto para el sujeto cognoscente y además viene dado solamente por el sentido interno. [...] Aquí lo conocido se presenta entera y exclusivamente como voluntad”.<sup>51</sup>

---

<sup>51</sup> Schopenhauer, A., *Sobre la cuádruple raíz...*, pp. 252-253

En estas líneas cobra su verdadero significado el apartado anterior, pues si bien es cierto que toda aquella objetivación es fenómeno de la voluntad, nada de eso podría ser conocido sin el sujeto que es, en este último sentido, el conocedor del mundo, desde el cual también se conoce a sí mismo como volente. Decir que se conoce como volente es igual a decir que se conoce como voluntad, pues solo desde el conocimiento interno comprende el hombre que en el fondo siempre se encuentra latente el querer. Esta forma de conocimiento es exclusiva de la autoconciencia y solo a ella pertenece que el sujeto cognoscente se identifique con el sujeto volente, pues este último es esencia de aquel, por más alejado que esté de la conciencia cognoscente. Para hacer más claro lo anterior parecen no haber palabras más claras y menos necesitadas de interpretación que las del propio Schopenhauer, cuando nos dice que

según lo dicho anteriormente, el sujeto del conocer nunca puede ser conocido, nunca puede hacerse objeto, representación. Mas, dado que no solo tenemos un autoconocimiento externo sino también interno, pero todo conocimiento en virtud de su esencia supone un conocido y un cognoscente, lo conocido en nosotros en cuanto tal no es el cognoscente sino el volente, el sujeto del querer, la voluntad. [...] En esa medida, el sujeto del querer sería para nosotros un objeto. Si miramos en nuestro interior nos encontramos siempre queriendo. Pero el querer tiene muchos grados, desde el más leve deseo hasta la pasión.<sup>52</sup>

Este segundo aspecto de la subjetividad es lo propiamente cognoscible como objeto de la autoconciencia, pero que a su vez viene unido con el sujeto cognoscente, siendo cada uno un aspecto distinto de la subjetividad; por un lado, el sujeto que conoce y que somete a todos los objetos a su forma de conocimiento, el principio de razón suficiente, mientras que el otro lado sería el sujeto de la voluntad, al cual se le presentan de manera inmediata todos los deseos y pasiones que motivan todos los actos del mundo. En este sentido hemos de decir que la voluntad no solo se manifiesta en objetos estáticos, sino que, a su vez, los pone en

---

<sup>52</sup> *Ibidem*, p. 256

movimiento mediante impulsos, deseos, pasiones y demás arrebatos intensos que le aparecen al sujeto volente y que este expresa a través del cuerpo, pues “la voluntad es la cosa en sí, el contenido íntimo, lo esencial del mundo, y la vida es el mundo visible, el fenómeno no es sino el espejo de la voluntad”.<sup>53</sup>

Estudiando al sujeto volente tanto como lo puede permitir cualquier otro objeto de conocimiento, se observa que es la condición de posibilidad para la experiencia interna, es decir, que al sujeto volente le acontecen los diversos grados de voluntad antes mencionados, desde el mínimo deseo hasta la más intensa pasión. Sumado a ello, encontramos que es por la aparición de estas pasiones o deseos por los que el individuo se ve llevado a actuar, haciendo notar la omnipotencia que se le ha atribuido a la voluntad, pues ahora más que nunca puede ser claro el dominio que tiene la voluntad en todas sus objetivaciones, sin que el sujeto volente sea la excepción. Por el contrario, es dicho sujeto la condición necesaria para que un individuo pueda experimentar los impulsos de movimiento en su cuerpo, los cuales son, en última instancia, impulsos volitivos.

Si para esto es necesario tomar ejemplos que den cuenta del completo dominio de la voluntad sobre todo el cuerpo, entonces diremos que

el que la voluntad anime y domine a las partes del organismo no movidas voluntariamente por el cerebro, es decir, por motivos, verdad es que nos lo prueba la comunidad de afecciones con todos los movimientos extraordinariamente vivos de la voluntad, esto es, con los afectos y pasiones; las rápidas palpitaciones cardíacas en el placer o el temor, el rubor en la vergüenza, la palidez en el terror y en el rencor disimulado, el llanto en la tribulación, la erección en las imágenes voluptuosas [...]. Esta (voluntad) no se cansa, no se altera, no aprende, no se perfecciona por el ejercicio, es en la niñez lo que en la ancianidad, siempre una y la misma e invariable su carácter de cada uno.<sup>54</sup>

---

<sup>53</sup> Schopenhauer, A., *El mundo...*, p. 319

<sup>54</sup> Schopenhauer, A., *Sobre la voluntad en la naturaleza*, pp. 82 - 84

Así como el sujeto cognoscente está determinado a conocer, el sujeto volente se encuentra determinado a querer, a necesitar, a padecer y sufrir la aparición de todas estas afecciones y pasiones que motivan sus actos, siendo esta su única función y esencia de todo individuo. Esto explica por qué terminamos la sección anterior con la propuesta de que el humano se encuentra esencialmente sufriendo pues, en tanto que es un sujeto volente, siempre estará determinado a querer, a desear, en pocas palabras, siempre estará determinado a padecer y a sufrir la aparición de las pasiones. Estas pasiones son el medio o móvil por el cual la voluntad mueve a los individuos, teniendo cada uno, en cuanto a sus actos, una forma distinta de reaccionar frente a ellos, pues no todos actuamos de la misma manera ante una misma pasión.

Esta diversidad de actos se debe a la diversidad misma de individuos que actúan conforme a un cierto carácter. Dicho carácter es la conformación interna, también determinada, que posee cada individuo para reaccionar a la aparición de las pasiones, existiendo aquí una gran diversidad, desde el carácter que recibe las pasiones y actúa conforme a ellas, hasta el que las recibe y es capaz de resistirlas. Sin embargo, y a pesar de la gran diversidad que se pueda mostrar entre un carácter y otro, estos difieren, como los diversos objetos, solo en el fenómeno, siendo la misma voluntad la que se manifiesta en todos los caracteres de los hombres.

La voluntad se conoce y además se da a conocer, es decir, es ella el sujeto conocedor y el objeto por conocer. Además, al sujeto volente le aparecen de manera inmediata las pasiones, ya que la aparición de esos impulsos volitivos es posible solo para dicha subjetividad, la cual los recibe y actúa de acuerdo a un carácter, también determinado, para expresar la voluntad en los actos de los individuos. En pocas palabras, a pesar de la diversidad que existe entre los múltiples caracteres que tienen los individuos, cada uno está determinado por la propia voluntad para darse a conocer a través de sus acciones, cualesquiera que sean estas.

En este sentido, la omnipotencia de la voluntad se vuelve mayormente clara, pues no solo es visible en el reino de la naturaleza, donde impera la necesidad inmediata, sino que además se manifiesta en los actos de los hombres, siendo cada acción humana una representación, un fenómeno externo de la voluntad que le afecta en el sentido interno, dando como consecuencia que la voluntad domina también todos los actos humanos. Esto no significa que la voluntad gobierne los actos humanos desde el exterior, por el contrario, los actos humanos son consecuencia de la esencia con que está conformado, es decir, son el fenómeno externo y visible que expresan la voluntad oculta en el fondo de su ser.

De todo lo anterior diremos que existe, por lo tanto, un sujeto cognoscente que se encuentra determinado por la voluntad de conocer, de la cual acontece un intelecto que mantiene todo conocimiento al servicio de la voluntad; como también existe un sujeto volente que se encuentra determinado a querer sin más, a quien le acontecen todos los grados de querer tales como pasiones, deseos, necesidades y afecciones, a partir de lo cual se determina un cierto carácter que refleja con sus actos los momentos en que aparecen esas pasiones. A propósito del carácter humano, Schopenhauer observa que “en su modo de comportarse revela el hombre su carácter empírico, que a su vez manifiesta su carácter inteligible, la voluntad en sí, de la cual él es el fenómeno determinado. [...] Así pues, en el hombre la voluntad puede llegar a la plena autoconciencia, al conocimiento claro y exhaustivo de su propia esencia, tal y como se refleja en el mundo”.<sup>55</sup>

La distinción del carácter empírico y el inteligible nos ayudará a precisar cómo afectan las pasiones al sujeto como también su actuar debido a ellas, pues uno es más inmediato que el otro. El carácter empírico es la acción en la experiencia, es decir, el fenómeno que expresa un sufrimiento volitivo, un impulso pasional; mientras que el carácter

---

<sup>55</sup> Schopenhauer, A., *EL mundo...*, p. 333

inteligible es el sufrimiento que el sujeto tiene de la pasión que tanto lo afecta en su sentido interno, de lo cual provienen las acciones determinadas del carácter empírico. En este sentido el inteligible precede al empírico, estando determinado completamente por la voluntad, pero a su vez, este último da a conocer los efectos del sufrimiento interno de las pasiones en la humanidad. Por lo tanto, según Schopenhauer

igual que los acontecimientos se conducen siempre de acuerdo con el destino, es decir, de acuerdo con la cadena infinita de causas, nuestras acciones se producen siempre de acuerdo con nuestro carácter inteligible; pero así como no conocemos de antemano el destino, tampoco está dado un conocimiento a priori del carácter inteligible, sino solo a posteriori: por la experiencia nos conocemos a nosotros mismos y a los demás.<sup>56</sup>

En efecto, no es posible un conocimiento exacto del carácter inteligible como tal, sino solo de las acciones empíricas que provienen de él, lo cual nos pone, nuevamente, en el conocimiento del fenómeno de la voluntad, que en este caso son las acciones humanas. Y aunque el carácter inteligible nos es desconocido, existe un cierto conocimiento que nos permite ver de manera más clara la aparición de las pasiones en el sujeto volente, con la única finalidad de mostrar cómo acontecen y arrastran al individuo a los más terribles destinos a los que se haya sometido. Pero más que entender un destino como aquello que acontece en el futuro, este conocimiento le revela al hombre su íntima esencia de la manera más clara e intensa, pues no solo se ve a sí mismo queriendo, sino que ahora puede contemplar el momento exacto en que aparece esa querer en sus diversos grados.

Este tipo de conocimiento no se basa en la relación causal de los fenómenos, ni siquiera en la esencia de cada uno de ellos, es decir, no le basta saber que siempre hay voluntad, sino que ahora se despliega ante su mirada la gran variedad de aspectos que toma

---

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 349



la voluntad para motivar a los individuos. Es decir, le aparece la voluntad como desplegada en todas las formas pasionales que puede tomar para afectar el carácter de cada individuo, lo cual se vuelve, para el sujeto, un nuevo contenido de conocimiento. Entonces, si decimos que es un tipo de conocimiento, pero no un conocimiento del fenómeno, nos hacemos la misma pregunta que Schopenhauer se plantea la siguiente pregunta:

¿qué género de conocimiento es el que considera aquello auténticamente esencial del mundo independiente y al margen de toda relación el verdadero contenido de sus fenómenos, lo que no está sujeto a cambio alguno y, por tanto, lo conocido en todo tiempo con idéntica verdad; en una palabra, las ideas, que son la objetividad inmediata y adecuada de la cosa en sí, de la voluntad?<sup>57</sup>

Este tipo de conocimiento es el que nos mostrará el acontecer de la voluntad en su forma más pura, pues no está mediada por objeto alguno, sino que es previa los objetos y los hace actuar, experimentándose, como hemos dicho, en el sentido interno como pasión. En este sentido, el valor que tienen las representaciones para el sujeto cognoscente se pierde, puesto que este tipo de conocimiento no es en nada semejante al sometido por el principio de razón, más que en lo esencial de todo conocimiento, es decir, en que debe haber un sujeto y un objeto.

Para abonar a esta propuesta de conocimiento, Schopenhauer afirma que es un conocimiento puro, puesto que no se consideran aquí los múltiples fenómenos del mundo, sino su esencia íntima, el sufrimiento interno de las pasiones. Estas pasiones serán el objeto correspondiente al sujeto que las conozca, permaneciendo ellas siempre iguales, puesto que son la objetividad más próxima de la voluntad, más inmediata incluso que el mismo cuerpo, pues este se mueve por el influjo de aquellas. Por ser parte de un conocimiento puro, a dichas pasiones se les llamará, ideas, puesto que son la objetividad primera e inmediata de la voluntad,

---

<sup>57</sup> *Ibidem*, p. 224

es decir, no son objeto o fenómeno, sino lo que los forma. Por tanto, estas ideas no pueden ser conocidas por el sujeto cognoscente, sino que debe haber una transformación en él, una nueva forma de la subjetividad que nos permita una contemplación pura de lo que antes llamamos el sujeto volente, es decir, una entrega total a la intuición inmediata de la voluntad en el sentido interno. Es entonces cuando

elevados por la fuerza del espíritu, abandonamos la manera ordinaria de considerar las cosas y no nos limitamos a seguir bajo el dictamen de las formas del principio de razón las relaciones de una cosa con otra, [...] sino que, en vez de eso, concentramos todo el poder de nuestro espíritu en la intuición, sumergiéndonos totalmente en ella, y permitimos que la conciencia se llene con la apacible contemplación de los objetos naturales [...] perdiéndonos en estos objetos, para emplear la expresión alemana de profundo sentido; es decir, olvidándonos de nosotros mismos como individuos, de nuestra voluntad, y existiendo solo como sujeto puro, como claro espejo del objeto. [...] En tal contemplación, la cosa particular se convierte de golpe en idea de su especie, y el individuo intuitivo en sujeto puro del conocer.<sup>58</sup>

Dicho sujeto que contempla la intuición es el *sujeto puro del conocimiento*, el cual no se engaña con las formas múltiples del fenómeno, sino que es capaz de contemplar, a la distancia, como mero observador, todo el acontecer de la voluntad previo al fenómeno, es decir, la forma pura en la que se empieza a manifestar esa voluntad que conforma todo el mundo. Se le revelará la esencia íntima de todo fenómeno no solo en su forma estática, sino en el intenso movimiento de las pasiones que le acontecen al individuo, el cual también es movido por ellas. Y aunque parte de los fenómenos del mundo, la entrega a la intuición le permite contemplar lo puro y esencial que hay en el fenómeno, puesto que

en la diversidad de las formas de la vida humana y en el continuo cambio de los acontecimientos, considerará únicamente a la idea como lo permanente y lo esencial, [...] y es ella la que muestra sus múltiples aspectos en las cualidades, pasiones, errores y excelencias del género humano: en el egoísmo, el odio, el amor, el miedo, la audacia, la ligereza, la torpeza, la astucia, el ingenio, el genio, etc.<sup>59</sup>

---

<sup>58</sup> *Ibidem*, p. 219

<sup>59</sup> *Ibidem*, p. 222

Este sujeto, es un aspecto puro de la subjetividad que proviene del cognoscente pero se eleva a la mencionada pureza, la cual le permite alcanzar un conocimiento que se encuentra velado a los demás por la apariencia del fenómeno. En otras palabras, así como el sujeto cognoscente y el volente son dos aspectos de la subjetividad, también el sujeto puro del conocimiento es otro aspecto más que corresponde al cognoscente en su forma pura. Entonces tanto el volente como el cognoscente son la subjetividad básica y esencial que existe en todo individuo, teniendo la posibilidad de elevarse a la pureza solo en la humanidad, puesto que es ella la objetivación más perfecta de la voluntad. Por lo tanto, cabe pensarse desde ahora que si el sujeto cognoscente tiene su correspondiente sujeto puro del conocimiento, el sujeto volente debería tener su correspondiente puro, el cual sería, si no nos equivocamos en nuestra propuesta, un *sujeto puro de la voluntad*, es decir, un puro querer.

Regresando al sujeto puro del conocimiento, es necesario señalar que, como sujeto conocedor, está comprometido a mostrar lo que se le ha revelado, regalando obras que rebasan en excelencia al fenómeno que manifiesta de manera tosca a la voluntad. Dichas obras serán propiamente las artísticas, donde se plasmarán las ideas y pasiones contempladas por el sujeto puro del conocimiento. De acuerdo con Schopenhauer, esta es la gran importancia de los artistas, pues a través de sus obras podemos mirar, mínimamente, aquellos acontecimientos a los que solo ellos pudieron acceder entregándose a la intuición y contemplando dicho aparecer de la voluntad. Entonces

el artista nos hace mirar el mundo a través de sus ojos. El don del genio, lo innato en él, consiste en tener esos ojos, en conocer lo esencial de las cosas, lo que está al margen de todas las relaciones [...]. Al artista le cautiva la contemplación del espectáculo de la objetivación de la voluntad: se detiene ante él, no se cansa de contemplarlo y de reproducirlo, y mientras tanto él mismo carga con los costes de la representación de ese espectáculo, es decir, él mismo es la voluntad que se objetiva y vive en un constante sufrimiento.<sup>60</sup>

---

<sup>60</sup> *Ibidem*, pp. 235 - 312

Es inevitable el sufrimiento para el sujeto puro del conocimiento, puesto que para llegar a serlo necesita entregarse a la intuición, lo cual es el sentido interno donde se sufre la aparición de la voluntad en sus diversos grados de querer. Sin embargo, esta entrega es solo para dirigir la mirada a esa aparición de la voluntad, ante la cual se le despliega una gran variedad de pasiones que afectan a su propia individualidad tanto como a la de cualquier otro humano. Entonces el sujeto puro del conocimiento dirige su mirada a la aparición de las pasiones que sufre únicamente para contemplarlas y después lo expresa en obras artísticas que gritan veladamente la esencia íntima de todos los fenómenos.

La expresión artística de mayor importancia para conocer el terrible sufrimiento del hombre y el perpetuo dominio de la voluntad por sobre todas las cosas, será la poesía trágica, pues en ella se plasman los diversos azotes e infortunios que vive la humanidad a lo largo de la vida, siendo su contenido tan válido para una época como para cualquier otra, pues hemos de recordar que las todas las acciones humanas están determinadas por su carácter, siendo este el objeto principal que se describe en las obras poéticas. Por lo tanto, “quien quiera, pues, conocer, a la humanidad en su esencia interna, idéntica en todas sus manifestaciones y desarrollos, es decir, su idea, hallará que las obras de los grandes poetas inmortales ofrecen una imagen mucho más fiel y clara [...] pues, el poeta es el hombre universal”.<sup>61</sup>

Esto se debe a que no se habla de este o aquel humano del mundo fenoménico, sino de un hombre que representa, idealmente, el carácter general de la humanidad arrastrada por la misma pasión, ya sea el miedo, el coraje, el odio, el amor o la traición. En un sentido muy estricto, puede decirse que el poeta no solo contempla la pasión, sino las acciones que se derivan de la entrega a esas pasiones, mostrándonos por momentos a temibles asesinos,

---

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 289-293

inhumanos torturadores, terribles actos que azotan la vida de los hombres y que la llenan de tragedia, lamentos, sufrimientos y pesares. Esto es lo que nos permite ver la poesía,

todo lo que haya agitado el corazón de algún hombre, lo que la naturaleza humana haya llegado a sentir en alguna circunstancia, lo que haya habitado y se haya incubado alguna vez en el pecho humano, es el tema y la materia del poeta. [...] Él es el espejo de la humanidad, y le hace ver lo que ella siente y hace. [...] (El objetivo) de la poesía es representarnos el lado espantoso de la vida, el indescriptible dolor, las angustias de la humanidad, el triunfo de la maldad, el vergonzoso dominio del azar y el fracaso irremediable del justo y del inocente; [...] ya provengan estas del azar y del error que dominan el mundo, personificados en un destino cuya malicia llega a parecer intencionada, ya procedan de la humanidad misma, debido al entrecruzamiento de aspiraciones y voluntades de los individuos o a la maldad y la falsedad de la mayoría de los hombres.<sup>62</sup>

Es por medio del sujeto puro del conocimiento que podemos conocer, desde la poesía, el terrible aspecto de la voluntad que domina trágicamente la vulnerable y casi nula vida humana. Como ya fue expresado con las propias palabras de Schopenhauer, la subjetividad pura del conocimiento nos ofrece en una obra artística un conocimiento mucho más cercano a la esencia de la voluntad, puesto que dicha creación trata de contener en sí misma el sufrimiento esencial del cual proviene. Siendo la vida humana la objetivación más compleja, puesto que es la objetivación más necesitada de todas, la que más desea y la que más sufre, no le queda más remedio que comprender, con resignación, que está destinado a ser así, puesto que la voluntad ha sido, es y será siempre la misma en todo momento.

Es esto lo que nos muestra, sustancialmente, la poesía, pues en ella queda comprendido cómo la humanidad actúa siempre bajo el influjo de sus pasiones, es decir, que siempre se encuentra dominado por la voluntad y que no puede escapar de su dominio. Esta es la vida humana, la cual se nos revela con la más profunda contemplación de nuestra esencia: a donde quiera que podamos voltear podemos darnos cuenta de que estamos

---

<sup>62</sup> *Ibidem*, pp. 293-296

determinados ya por la voluntad, pues ella rige toda su creación; todos los objetos le pertenecen y solo ella los ha conformado, desde la más tosca y antigua de las piedras hasta el más nuevo hombre recién nacido. Para dar por concluidas estas reflexiones, es necesario cerrar con las palabras de Schopenhauer a propósito de la vida humana, pues nos dice que

los hombres se parecen a relojes a los que se da cuerda y andan sin saber por qué; y que cada vez que un ser humano es concebido o nacido, la hora de la vida se pone a cero de nuevo para repetir una vez más la cantinela innúmeras veces ya cantada, frase por frase y compas por compas, con variaciones insignificantes. Cada individuo, cada vida, cada rostro humano no es sino otro breve sueño del infinito espíritu de la naturaleza, de la eterna voluntad de vivir, una figura fugitiva más que esa voluntad dibuja como jugando sobre el papel infinito del tiempo del tiempo y el espacio, y que no conserva más que un instante imperceptible, borrándolo en seguida para dejar sitio a otras figuras. [...] Así como si el destino hubiera querido añadir el sarcasmo a la desolación de nuestra existencia, nuestra vida tiene que encerrar todos los dolores de la tragedia, y nosotros no podemos poseer siquiera la dignidad de los personajes trágicos, sino que, en los detalles de la vida, somos necesariamente ridículos caracteres de comedia.<sup>63</sup>

---

<sup>63</sup> *Ibidem*, pp. 370-371

# Capítulo tercero. Hacia una posible metafísica de la maldad

*Y es ya obvio que nosotros, a la espera del mal, tratamos de engañarnos y de creer que no es tal, o es menor de lo que es.*

Giacomo Leopardi, *Zibaldone*

## A) La voluptuosidad o el triunfo de la voluntad

*Pero yo hago servir mi genio para representar las delicias de la crueldad. Delicias ni efímeras ni artificiales, sino que, nacidas con el hombre, terminaran cuando él termine.*

Conde de Lautréamont, *Cantos de Maldoror*

¿Nos atreveríamos aún a afirmar que la humanidad es el límite y el objetivo final de la existencia? ¿acaso no se nos anuncia esta pregunta como un dejo de ilusión y orgullo humano frente al desconocido y siempre azaroso destino? ¡Sí, el destino está escrito y el hombre no puede leer esas líneas! El destino está escrito con caracteres humanos, todos puestos en acción, imposibles de leer sin interpretar, pues, ¿quién es capaz de leer con exactitud un jeroglífico, un bajorrelieve o una silueta en el asfalto, resultado del peritaje? Y, sin embargo, todas ellas son la explicación del destino humano, en donde la humanidad resulta ser el carácter más exacto por medio del cual se escribe la verdad, es decir, por medio del cual se da a conocer de manera más clara, pues la verdad ya nos está dictada a todos, algunos la escuchan, otros menos la contemplan pero solo muy pocos son capaces de gritarla.

Hemos visto que la esencia del mundo, manifestada gradualmente en todos los fenómenos que nos rodean, va siendo más clara conforme avanza en esos grados, lo cual significa que se vuelve más intensa. Esta esencia, que con Sade la conocemos como naturaleza y con Schopenhauer como voluntad, se manifiesta desde el denso movimiento de los astros hasta el verso más profundo o el arpegio más sutil, pues es una misma esencia que solo ha cambiado en intensidad. Así, el sonido gradual de una escala musical nos permite escuchar la transformación de una nota que conserva su misma esencia al llegar a la otra; mientras que el verso nos permite leer las consecuencias de la intensidad con la que aparece esa esencia en su manifestación más alta: la humanidad.



Se ha propuesto que la humanidad es la manifestación más alta porque en ella encontramos todos los grados de voluntad reunidos en un solo fenómeno, desde el mero impulso de movimiento como voluntad de vivir, hasta la facultad cognitiva, que corresponde a la voluntad de conocer. Y aunque también hemos dicho que la voluntad se encuentra toda ella en cada uno de sus fenómenos, lo está en su grado correspondiente, siendo cada grado mayormente intenso que el anterior, no porque sea más voluntad, sino porque es más intensa. En este sentido se encuentra con mayor intensidad a la voluntad en el humano, pues en él se encuentran todos los grados anteriores.

Sumado a ello, con las diferencias que existen según la diversidad de caracteres individuales, observaremos que en algunos individuos se da un grado mayor de inflamación volitiva, es decir, que en ciertos humanos se presenta la determinación de la voluntad de una manera más intensa que en otros, lo cual nos mostrará un carácter mayormente intenso y sumamente violento, pues será su aparecer más directo de la voluntad. Todo este acontecer tan intenso es lo que desarrollaremos en las siguientes páginas, denominándolo *triunfo de la voluntad*, pues veremos a una voluntad furiosa y desmedida que rompe con todos sus límites, incluso los de la individualidad, haciendo del individuo<sup>64</sup> no más que un medio o vehículo para su afirmación en el mundo.

Llegado a este punto, no debe causar confusión si se piensa que la humanidad es, como todas sus manifestaciones, una afirmación de la voluntad. Pero como tal, hemos de matizar que, de todos los grados, el humano sería su afirmación más alta, puesto que en todo él se encuentra

---

<sup>64</sup> Hacemos notar la diferencia entre *individualidad* e *individuo*, entendiéndose con lo primero el conjunto de facultades sensitivas y racionales, así como el carácter, que conforman internamente a los diferentes hombres con *su conciencia de sí mismo* cada cual; mientras que con lo segundo entendemos la apariencia física únicamente, por tanto externa, que tiene inevitablemente cualquier hombre, es decir, *su cuerpo*.

latente su esencia. Por ello se ha dicho que es la humanidad quien más sufre las consecuencias de la voluntad, pues se encuentra a la voluntad en todas partes inflamada intensamente. Su cuerpo mismo es afirmación de la voluntad, siendo este su principal foco del querer.

En este cuerpo se le revelan los diversos grados de voluntad cada vez más intensos, siendo esto lo que lleva a actuar de tal o cual manera. Este último fenómeno es el que nos ocupará en las siguientes páginas, pues aquí nos aparecerá la voluntad rebasando al propio individuo, rompiendo sus propios límites y expresándose más allá de la pura afirmación en el cuerpo humano.

Este fenómeno es el campo de las acciones humanas que se adecuan a la aparición intensa de la voluntad, es decir, las acciones propiamente humanas que expresan de la manera más fiel la intensidad con que aparece la voluntad. A estas acciones las hemos de llamar reafirmación de la voluntad, pues si bien el cuerpo mismo es ya su afirmación, lo que se hace con el cuerpo expresado hacia afuera es la reafirmación de su esencia. Es decir, que si bien la voluntad le aparece en el sentido interno como pasiones, apetencias, deseos, etc., los cuales serán entendidos como afirmación de la voluntad, las acciones que vayan conforme a esos deseos, serán entendidos como el reflejo exterior de la aparición interna de la voluntad, lo cual es, en última instancia, su reafirmación externa del sufrimiento interno.

Aunque se ha insistido en qué sentido la humanidad es la objetivación que más sufre, hemos de entender, además, que ese sufrimiento se debe a la aparición intensa de la voluntad en su interior. A este fenómeno interno le corresponde, como extensión de este aparecer, el fenómeno externo, que son los actos humanos, donde vemos las diversas acciones del hombre reafirmando la intensidad con que aparecen las pasiones en su interior. Esto significa que las pasiones son los fenómenos internos que afirman la voluntad, pero los actos que obedecen a

esas pasiones serán los fenómenos que la reafirman, mostrándose con ello una superación del individuo por la voluntad.

No debe sorprendernos este planteamiento si recordamos que, de acuerdo con el capítulo anterior, la voluntad, en sus últimos grados de objetivación, tiende a la voluntad de conocer, es decir, a darse a conocer. Siendo esto así, hemos de entender que la viveza, intensidad o violencia con que aparecen las apetencias y pasiones se reflejará en el mundo según los actos humanos que se dejen llevar por esas pasiones. Es decir, completamente influenciados por la voluntad y superados por ella, aquellos humanos que actúan desde la violencia, las pasiones o las apetencias más intensas son los que mayormente dan a conocer la esencia del mundo, mostrando con ello el triunfo de la voluntad por sobre todas las cosas.

A este llamado “triunfo de la voluntad” lo hemos de definir, usando una expresión del divino marqués, como voluptuosidad, bajo la cual se entiende un exceso de voluntad en el individuo, que refiere a la intensidad con la cual aparece más que a una cantidad acumulada en él, de tal manera que se ve superado por ella. Entonces, en sentido estricto, el estado de voluptuosidad será la concentración excesiva de voluntad en un individuo, lo cual significa que dicho individuo sufrirá en exceso los efectos de la voluntad. Así, las pasiones, los deseos, las apetencias y en general, todos los fenómenos internos de la voluntad le aparecerán con tal violencia que lo arrastrarán al fiel e incesante cumplimiento de sus pasiones, siempre llevadas a cabo con la misma violencia e intensidad con que le aparecen en el sentido interno, pues tal como señala Sade, las pasiones

proviene de la extremada sensibilidad de la organización; [...] producen una conmoción tan viva en el fluido eléctrico que corre por nuestros nervios, el choque recibido por los espíritus animales tiene tal grado de violencia, que toda la máquina se sacude y ya no se es

dueño de retener los gritos bajo aquellos terribles estremecimientos del placer, más de lo que se podrían contener bajo las poderosas emociones del dolor.<sup>65</sup>

Con tal exceso pasional, el individuo es llevado a sus propios límites y se ve superado por la voluntad hasta el grado de extraviarse de sí mismo. Este estado es el que denominaremos voluptuosidad, por ser el estado donde la voluntad se sufre, se exalta y se complace a sí misma desde los excesos.

Evidentemente, estos excesos de los que hablamos aparecen en la objetivación más alta de la voluntad, es decir, en el hombre, pues si lo pensamos tal como ha aparecido en las páginas anteriores, el hombre contiene todos los grados de objetivación de la voluntad, es decir, es voluntad por todas partes. En este sentido hemos de añadir que incluso la característica racional cognoscente del hombre se ve superada por la voluntad, mostrándose, con ello, la triunfante voluntad por sobre todas sus objetivaciones, pues su aparición excesiva no solo rebasa los límites del individuo, sino que lo pone a su servicio, tal como señala Schopenhauer a propósito del conocimiento, pues afirma que

el conocimiento en general, tanto el racional como el meramente intuitivo, procede originariamente de la voluntad misma, pertenece a la esencia de los niveles más altos de su objetivación, como un medio para la conservación del individuo y de la especie, igual que cada órgano del cuerpo. Originariamente determinado para servir a la voluntad, para ejecutar sus fines, el conocimiento está, pues, casi en todos los casos enteramente a su servicio: así ocurre en todos los animales y en casi todos los seres humanos.<sup>66</sup>

En este punto puede ser más claro el llamado triunfo de la voluntad sobre el individuo, pues se concentra tal exceso de voluntad en él que sus únicas miradas estarán puestas en los medios para satisfacer su ardiente pasión, poniendo a sus pies todas sus capacidades y facultades.

---

<sup>65</sup> Sade, Marqués de, *Los 120 días...*, p. 287

<sup>66</sup> Schopenhauer, A., *El mundo...*, p. 191

Así, se tiene en vistas de conocimiento solo aquello que le pueda brindar satisfacción a la voluntad del individuo, pues en última instancia, el conocimiento también brota de una apetencia y en cuanto tal, siempre permanecerá al servicio de la voluntad.

No solo se trata, por tanto, de un servicio a la voluntad como se mostró en las páginas anteriores cuando se trató el libertinaje o el sujeto volente, que pone a las facultades cognitivas al servicio de sus deseos, sino que se trata de un exceso de voluntad, es decir, una aparición volitiva tan intensa que supera al individuo y lo lleva a un estado de extravío donde no se ve más que a la voluntad actuando a través del individuo. En este sentido, la voluptuosidad es el estado interno que el individuo sufre a tal grado que se pierde a sí mismo y solo deja ver, en sus actos y a través de sí mismo, a la voluntad que lo supera hasta hacerlo reventar; grita la verdad de su esencia, que es la expresión más clara de la voluntad.

Dicho estado se experimenta en el sentido interno como todas las objetivaciones de la voluntad que sufre el individuo, comenzando siempre por un ardor volitivo que pronto se transforma en una llamarada pasional que consume y sobrepasa a quien se le presenta. Una vez llevado al máximo de sus límites, el individuo no puede contener estas furiosas pasiones y entonces queda sometido a los excesos, donde solo conserva su cuerpo que es el medio por el cual actúa la voluntad de manera pura. Es decir, dicho estado de voluptuosidad nos muestra a la voluntad en su forma más intensa y pura, violenta y ardiente, excesiva y siempre triunfante.

Sumido en la voluptuosidad, el individuo ya no puede contener aquello que lo hace sufrir y que lo supera en exceso, dejándose llevar por el impulso que la voluntad inflama en él, recorriendo así el camino de la voluptuosidad que Sade tanto se empeña en señalarnos, apuntando que

este camino se recorre imperceptiblemente, sobre flores; un exceso trae el otro. [...] nos lleva pronto al extremo y, como solo ha recorrido su carrera endureciendo el corazón, en cuanto llega a la meta ese corazón, que antes contenía algunas virtudes, no reconoce ya ninguna. Acostumbrado a cosas más intensas, se sacude prontamente las impresiones más blandas y carentes de dulzura que lo habían embriagado hasta entonces, [...] (y) para no tener que temerlos empieza por familiarizarse con ellos. Apenas los ha acariciado ya los ama porque participan de la naturaleza de sus nuevas conquistas, y no cambia ya.<sup>67</sup>

Con este estado de excesos, de frenesí, hemos de hacer notar que la voluntad se tiene como meta a sí misma y nada más, pues lo que comenzaba en las objetivaciones inferiores más pesadas, como el movimiento de los astros y los fenómenos físicos de las fuerzas naturales, ahora llega a un exceso donde la violencia y la intensidad con que ella aparece se exaltan en el individuo, siendo ella inicio y fin, punto de partida y meta, necesidad y satisfacción. La voluptuosidad, por tanto, nos muestra a la voluntad complaciéndose a sí misma, pues “en el fondo esto resulta del hecho de que la voluntad ha de alimentarse de sí misma, porque fuera de ella no existe nada y es una voluntad hambrienta”.<sup>68</sup>

Muy pronto se deja experimentar la satisfacción de la voluptuosidad, aunque también pronto se vuelve a caer en el sufrimiento excesivo de ella, pues tanto satisfacción como deseo van a ser experimentados como voluntad excesiva. Así, las simples apetencias ahora son mucho más intensas y se vuelven un sufrimiento interno para el individuo que solo puede calmar por unos instantes con su entrega a la voluptuosidad, que será una satisfacción excesiva que se corresponde con el sufrimiento. Entonces, “solo ampliando la esfera de sus gustos y de sus fantasías, y sacrificándolo todo a la voluptuosidad, es como el desgraciado individuo que se denomina hombre, arrojado a este triste mundo a pesar suyo, puede llegar a sembrar algunas rosas sobre las espinas de la vida”.<sup>69</sup>

---

<sup>67</sup> Sade, Marqués de, *Los 120 días...*, p. 293

<sup>68</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 193

<sup>69</sup> Sade, Marqués de, *Filosofía en el tocador*, p. 291

Comenzar a recorrer el camino de la voluptuosidad implica una entrega completa por parte del individuo, pues la voluntad le exige todo de él para llegar a esa satisfacción excesiva. En último término, no es que la voluntad se lo exija y el individuo decida por sí mismo entregarlo todo, sino que la misma voluptuosidad, al superarlo por completo, ya lo mantiene bajo su propio influjo, pues el individuo está perdido entre sufrimiento y satisfacción excesiva. Así, cuanto más violento sea el sufrimiento interno que experimente el individuo tanta mayor violencia mostrará en su actuar, buscando siempre la satisfacción más intensa.

Dicha satisfacción no le pone fin al deseo, por intensa que esta sea, puesto que no es la finalidad de la voluntad. De haber sido así, podríamos pensar que el individuo que satisface sus deseos le pone fin a la voluntad y que eso es su máxima realización, lo cual es equivocado, ya que la llamada voluptuosidad, que es voluntad en exceso, supera por mucho al individuo, rompiendo con su individualidad y a la vez con los límites que podía haber encontrado en él. Siguiendo las palabras del propio Schopenhauer, encontramos que “la voluntad, en todos los niveles de su manifestación, desde el más inferior hasta el más elevado, carece de toda finalidad última y siempre sólo desea, pues desear es su única esencia, y a este desear suyo no le pone término ningún objeto alcanzado, ya que no es capaz de una satisfacción definitiva [...], pues en sí se dirige al infinito”.<sup>70</sup>

Esto nos permite pensar, con mayor claridad, lo antes mencionado acerca del triunfo de la voluntad y la ruptura de la individualidad por esta voluptuosidad, ya que en tal exceso, las pasiones y experiencias del sentido interno rebasan los límites del individuo y rompen todo freno que se haya impuesto en su camino. Debido a ello, ya no hay bordes u obstáculos que se interpongan en el camino de la voluptuosidad, ni siquiera los racionales, pues para

---

<sup>70</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 356

dicho estado, la razón con todas sus conjeturas se encuentra por completo al servicio de la voluptuosidad, ofreciéndole su más aguda claridad para realizar todo cuanto la voluntad pueda realizar.

Seguido de lo anterior, es necesario observar que dicho estado que experimenta el individuo es, sin mayor cuestionamiento, un exceso de pasiones intensas en el sentido interno, tal como lo hemos mencionado anteriormente, lo cual nos remite a una sensibilidad muy particular que, de acuerdo con la propia investigación, asumiremos como una disposición para la voluptuosidad, pues como se ha mencionado, no en todos los individuos acontece de la misma manera, solo en aquellos que estén conformados con dicha disposición pasional. Esta disposición en la sensibilidad la hemos notado en el capítulo anterior cuando Schopenhauer expone la intuición sensible del genio, de quien decíamos que contemplaba las ideas o pasiones más inmediatas de la voluntad pero se mantenía distanciado de ellas, a pesar de sufrir ante su espectáculo.

Podemos, entonces, hablar de una sensibilidad dispuesta para la voluptuosidad que experimenta los excesos antes mencionados y que rompe con los límites de individuo mismo. De acuerdo con el propio Marqués de Sade, quien ya observaba una sensibilidad de esta naturaleza, podemos decir que se trata de una cierta sensibilidad que, al enfrentarse con las pasiones, no solo las contempla, sino que las alcanza y entra en contacto directo con ellas, abrazándolas y aceptándolas con toda su intensidad, tal como nos lo hacía notar en las siguientes palabras:

tenéis una sensibilidad excesiva: pero habéis dirigido sus efectos de forma que solo pueda llevarlos al vicio. Todos los objetos exteriores que tengan alguna particularidad irritan prodigiosamente las partículas eléctricas de vuestro fluido nervioso, y la conmoción recibida sobre la masa de los nervios se comunica al instante a los que rodean el centro de la voluptuosidad. En seguida sentís un cosquilleo, [...] la irritación se hace más viva, y así multiplicaríais, si quisieseis, vuestros goces hasta el infinito.<sup>71</sup>

---

<sup>71</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 511



Esta sensibilidad, como el resto de las características que conforman al humano, dan cuenta de la objetivación gradual de la voluntad, por lo cual entendemos la voluptuosidad como el estado que expresa el más alto grado de voluntad. En este sentido, la sensibilidad que se halle dispuesta a experimentar dichos arrebatos voluptuosos será, muy concretamente, una sensibilidad que sufre la aparición constante de pasiones y deseos que rompen todos los límites y obstáculos puestos en el individuo, debido a la fuerza tan intensa con la que la voluntad afecta a la sensibilidad. Esto puede resultar más claro si tenemos presentes las palabras del propio Schopenhauer, quien apunta a la máxima realización de la voluntad superando por fuerza los grados anteriores de su objetivación, pues nos dice que

...la voluntad, al objetivarse en un individuo en el grado más elevado, vence completamente, gracias a las circunstancias favorables y a su fuerza, todos los obstáculos y la resistencia que le oponen los fenómenos de la voluntad de los grados inferiores, como por ejemplo las fuerzas de la naturaleza; a estas la voluntad ha de disputarles y arrebatárselas la materia constitutiva de todas ellas. Además, la manifestación de la voluntad reviste siempre en los grados superiores una forma compleja. [...] nosotros mismos somos esa voluntad cuya objetivación adecuada ha de ser aquí juzgada y hallada en su grado más elevado.<sup>72</sup>

Podremos llamar a este estado de voluptuosidad la objetivación gradual más alta en cuanto a la voluntad, pues en ella se rompen todos los límites y se superan todos los obstáculos que se le hayan presentado. Si bien toma como punto de partida a las pasiones, la inflamación excesiva de estas pasiones en la sensibilidad es lo que lleva a experimentar un sufrimiento intenso que busca la máxima complacencia o deleite, que equivale a la violencia con la que aparece la intensidad pasional. Todo esto es lo que conlleva la voluptuosidad, sufrimiento de

---

<sup>72</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 262-263

una pasión excesiva y una búsqueda incansable de un placer que se experimente como éxtasis, como frenesí excesivo.

Los límites del individuo ya no son suficientes para detener este influjo intenso de voluntad, donde las pasiones se desbordan tal como el fuego que escupe un volcán en erupción o el agua del río que rompe y desborda sus límites en las cataratas. La voluptuosidad es un estado pasional excesivo donde el individuo es arrastrado a cumplir, a reafirmar la voluntad que en sí mismo ya aparecía pero que ahora lo desborda. Frente a este estado se encuentra dispuesto a sacrificar todo aquello que le sea puesto en su camino, pues ya no hay límites que lo detengan, ya no hay más en su existencia sino la pura búsqueda de la satisfacción excesiva, voluptuosa, que dé fin a las pasiones que tanto atormentan su sensibilidad. Las palabras que el divino Marqués dedica a los voluptuosos en las primeras líneas de su *Filosofía en el tocador*, retratan con mayor claridad lo mencionado hasta el momento, pues les dice lo siguiente:

voluptuosos de todas las edades y de todos los sexos, es solo a vosotros a quien va dedicado este libro: nutríos de sus principios, que favorecen a vuestras pasiones; esas pasiones con las que los fríos y anodinos moralistas os espantan, y que no son sino los medios que la naturaleza utiliza para que el hombre logre comprender los designios que ella ha trazado con respecto a él. Obedeced solamente a esas deliciosas pasiones, cuyo órgano es el único que os ha de conducir a la felicidad. [...] Convenceos, a la luz de sus enseñanzas, de que solo ampliando la esfera de sus gustos y de sus fantasías, y sacrificándolo todo a la voluptuosidad, es como el desgraciado individuo que se denomina hombre, arrojado a este triste mundo a pesar suyo, puede llegar a sembrar algunas rosas sobre las espinas de la vida.<sup>73</sup>

La insistencia por resaltar la voluptuosidad y entregarse a la excesiva intensidad de las pasiones tiene aquí una importante connotación filosófica, lo cual nos aparecerá más claro en el desarrollo de las siguientes páginas, pues no es el objetivo de esta investigación hacer

---

<sup>73</sup> Marqués de Sade, *Filosofía en el tocador*, p. 291

una apología de la voluptuosidad o incitarla en todos los individuos, sino más bien ponerla de manifiesto, hacerla evidente ante nosotros y entonces comprender que ese estado nos muestra, de la manera más clara, un aspecto completamente oscuro y profundo de la llamada naturaleza humana, la cual será entendida como un aspecto más de la subjetividad a saber, la subjetividad dispuesta a la voluptuosidad o, como será llamada en adelante, para responder a la problemática planteada a Schopenhauer, *el sujeto puro de la voluntad*.

En este sentido, la necesidad de poner de manera explícita a la voluptuosidad frente a nosotros tiene como finalidad mostrar la más clara e intensa manifestación de la voluntad, es decir, tener ante nuestra mirada la expresión más fuerte, más honesta y más transparente de la esencia del mundo, asumiendo con ello el estudio directo del fenómeno voluptuoso sin anteponer juicio moral alguno<sup>74</sup>. Esta es la importancia filosófica de la voluptuosidad, pues tratada fenomenológicamente, tal como le aparece a la humanidad, como estado y acontecimiento interno que sacude al individuo, nos muestra, de manera clara e inmediata, la violencia con la que aparece siempre la voluntad, desde su grado más bajo hasta este alto grado, donde solo es violencia destructiva que rompe límites.

Esto se entiende desde que nos apareció, en el capítulo anterior, una voluntad como fuerza de gravedad y que, según la escala de sus objetivaciones, alcanzaba la más perfecta objetivación en las ideas o pasiones contempladas por el sujeto puro del conocimiento quien, en un estado de genialidad, plasmaba en la obra artística aquellas fuerzas o pasiones luchando consigo mismas. El caso de la voluptuosidad sería un estado similar al de la genialidad, pues

---

<sup>74</sup> Es necesario precisar que a lo largo de esta investigación estamos prescindiendo del sentido moral de algunos conceptos tales como *maldad, crimen, violencia, malvado, criminal, etc.*, lo cual no significa que pasamos por alto su connotación moral, sino que nos apegamos a su estudio en cuanto fenómeno, explicado desde una noción metafísica.

también se está fuera de sí, pero con la enorme diferencia de que el sujeto puro del conocimiento contempla de lejos las pasiones, mientras que el llamado sujeto puro de la voluntad es tomado por las pasiones y se identifica con ellas, las hace suyas, pues en él acontecen con toda la violencia con la que aparece la voluntad misma.

Entonces tenemos a la voluptuosidad como el estado de extravío individual donde se hace evidente la aparición intensa, violenta y real de la voluntad, pues en ella no hay más que pura volición, puro deseo, puro querer. Esta voluptuosidad nos deja ver, a través del individuo, en sus actos concretamente, la terrible expresión de la voluntad triunfando sobre todas las cosas, donde no solo se afirma que hay voluntad en el mundo sino que es necesario reafirmarla para estar seguros de ello. Esto es lo que el valioso concepto de Schopenhauer rescata acerca de la afirmación de la voluntad, pues nos dice que:

la afirmación de la voluntad es la volición permanente, no perturbada por conocimiento alguno, tal y como llena en general la vida de los humanos. [...] A la mayoría de los hombres los persigue toda la vida la necesidad, sin dejarles reflexionar. En cambio, a menudo la voluntad se inflama hasta un grado que rebasa ampliamente la afirmación del cuerpo; esto conlleva afectos intensos, violentas pasiones bajo cuyo influjo el individuo no se limita a afirmar su propia existencia, sino que niega e intenta suprimir la de los otros cuando se interponen en su camino.<sup>75</sup>

El concepto de afirmación nos remite, por tanto, a la aparición concisa de las pasiones en estado de inflamación, es decir, a la voluntad intensa que experimenta el individuo. Tendremos una connotación más de este concepto cuando hablemos de la llamada *reafirmación de la voluntad*, lo cual será entendido como el acto mismo del individuo que expresa, en el mundo exterior, los acontecimientos terribles y las inflamaciones violentas de sus pasiones. En este sentido hemos de decir que la afirmación de la voluntad es el acontecer

---

<sup>75</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 375-377

interno de la pasión, mientras que la reafirmación será el acto externo del individuo bajo el influjo pasional, pues sus actos confirmarán la existencia de pasiones violentas.

El desarrollo de la llamada reafirmación de la voluntad será motivo de la próxima sección, por el momento, es necesario comprender que el presente desarrollo ha pretendido mostrar el acontecimiento interno de una voluntad inflamada, excesiva y violenta, a lo cual hemos llamado voluptuosidad y que hemos entendido, según el concepto de Schopenhauer, como afirmación de la voluntad. Si este ha sido el caso, entonces podríamos decir, que hemos puesto ante nuestra mirada filosófica el acontecimiento humano más íntimo, a saber, la inflamación de nuestras pasiones, es decir, la aparición intensa de nuestra esencia, la voluntad.

Desde lo más profundo de la interioridad nos aparece, como siempre latente, una voluntad que está próxima a inflamarse, como si se tratase de una llamarada siempre encendida que a veces cobra más vida y a veces se apacigua, pero que nunca deja de arder. Siguiendo más con esta metáfora, la voluntad podría, en cualquier momento, cobrar tanta intensidad al grado de volverse un incendio interno para el individuo, un exceso de querer que lo atormenta, haciendo que arda su mirada o que expulse gritos de furor, tan intensos como en su interior, sin desear otra cosa más que consumir todo a su paso. Tal es la voluptuosidad, esa intensa llamarada que ya no puede contener el individuo, que lo supera en exceso y que lo pone de rodillas ante ella, sacrificando a su satisfacción todo aquello que solo alimenta más su incendio.

Evidentemente la consecuencia última de la voluptuosidad será la llamada *crueldad* o *maldad*, que se aloja en el interior de los hombres y que es la expresión más cercana al comportamiento humano pero que tiene sus raíces en el exceso de voluntad. Esta consecuencia se debe a la violencia e intensidad que caracteriza al estado voluptuoso, puesto

que aparece como el sufrimiento interno de una voluntad intensa e insaciable, que arrastra al individuo a cometer actos de crueldad para satisfacer una pasión que tanto lo atormenta. Estos actos fueron muy bien observados por Sade, quien no dudó en llamarlos placeres de la crueldad, y los describe extensamente de la siguiente manera:

queremos nuevos placeres -dicen-; es la meta de todo hombre que se ha entregado a la voluptuosidad, y queremos obtenerlos por los medios más intensos. Partiendo de este punto, no se trata de saber si nuestros procedimientos gustarán o disgustarán al objeto que nos sirve, se trata solo de sacudir nuestro sistema nervioso a través de los choques más violentos; ahora bien, como es indudable que se experimenta el dolor con mayor intensidad que el placer, los choques que sentimos a raíz del dolor que producimos a los demás tendrán esencialmente una vibración mucho más intensa repercutirán en nosotros y pondrán violentamente en movimiento nuestros instintos animales que, conducidos a nuestras partes bajas por el movimiento de retrogradación que le es esencial, abrazarán de inmediato los órganos de la voluptuosidad, predisponiéndolos al placer.<sup>76</sup>

La crueldad expresada en dichos actos se encuentra, como lo mencionamos antes, enraizada en la voluptuosidad, pues dicho estado lleva al individuo a cometer una interminable diversidad de actos crueles. Pero tanto la crueldad como el crimen están más relacionados al actuar, es decir, a la acción llevada a cabo en el mundo, lo manifiesto y expresado en el exterior. Sin embargo, deben su razón de ser a la importante observación hecha por Sade en las líneas anteriores, a propósito de causar dolor a los demás o, como lo expone Schopenhauer, a afirmar nuestra voluntad negando la de los otros. Esta es la característica más exclusiva de *la maldad*, causarle a los otros, o al mundo, el sufrimiento propio, de lo cual se deriva la crueldad y posteriormente el crimen.

En este sentido, la voluptuosidad es el estado pasional de extravío individual donde la voluntad se muestra excesiva, triunfante ante los límites que se le hayan impuesto; seguido de ello, y debido al terrible sufrimiento interno, sobreviene el carácter malvado, sumamente

---

<sup>76</sup> Marqués de Sade, *op. cit.*, p. 346

específico de los individuos voluptuosos que tendrán, por consecuencia, un comportamiento cruel y que reflejarán diversos actos criminales. Es decir, *voluptuosidad* y *maldad* son, tanto una como estado y la otra como carácter, experiencias del sentido interno, mientras que la *crueldad* y el *crimen* son expresiones propias del mundo externo.

Por consiguiente, nos queda reflexionar a propósito de la maldad como carácter interno del individuo para dar paso a la crueldad y el crimen, que serán lo propio del llamado sujeto puro de la voluntad. Rescatando algunas palabras mencionadas a lo largo de estas páginas, bien se puede decir que la maldad, en cuanto carácter humano, es lo que lleva a buscar el mayor daño en los otros como una posible expiación del daño propio, pues recordemos que la voluptuosidad es intensa, violenta y causa sufrimiento a quien la padece.

La mencionada expiación, si acaso puede ser llamada así, se da en el campo de la representación, donde un individuo sabe que sufre, es consciente de su sufrimiento y pretende ver su propio sufrir en otro individuo, con la única intención de no ser el único que sufra ese terrible tormento pasional. Así pues, el malvado ha de causarle dolor a otro individuo porque es consciente de su propio dolor y pretende verlo reflejado en el sufrimiento del otro, sin satisfacer ni aliviar nada en el malvado, sino solo confirmando, ya con gritos, lagrimas o heridas, el sufrimiento propio. Precisamente por ese hecho, nada puede satisfacerla por completo y la única salida posible es que busca hacer manifiesto en el mundo el mismo dolor que sufre de manera interna. De esto no puede esperarse sino un acto terrible, debido a un carácter sumamente fuerte, compuesto por una sensibilidad inflamada intensamente, que no se contenta sino con ver sufrir a los otros tanto como él sabe que sufre desde el interior.

Tal es la forma en la que se puede explicar el carácter malvado que tanta impresión nos causa y que incluso a los más grandes pensadores ha sorprendido, pues nos resulta algo

tan impactante que alguien sea capaz de causar, sin el mayor remordimiento, dolores y pesares tan intensos en el mundo con la única intención de exponer su propio sufrimiento. Pero “lo que sí se puede decir con total seguridad es que quien es capaz de llevar la insensibilidad y la dureza de corazón hasta ese punto, también cometerá cualquier injusticia en cuanto sus deseos se lo exijan y nada se lo impida”.<sup>77</sup>

La maldad es el carácter humano por medio del cual conocemos la intensidad de la voluntad triunfando sobre el individuo, es decir, lo derivado de la noción metafísica que hemos expuesto como voluptuosidad. Ahora bien, esta maldad la hemos de reconocer como esa derivación de todo el exceso de las pasiones que se encuentran por doquier, ya que lo primero, la voluptuosidad, tiene como efecto hacer sufrir al individuo que se entrega a las pasiones, mientras que el efecto de la maldad es que el individuo voluptuoso busque dañar a los demás tanto como él sufre, replicando por completo la noción de voluntad que se devora a sí misma antes mencionada, pues de acuerdo con ello, es la misma voluntad la que sufre y la que hace sufrir.

Debido a esto es como reconocemos la intensidad de la voluntad en la maldad, pues todo carácter malvado se deriva de la voluptuosidad que a su vez replica la verdadera esencia de la voluntad, pues por un lado causa sufrimiento pero, por el otro, sufre, siendo siempre la misma. Esto concuerda con la observación hecha por Sade, cuando asume que, en efecto, toda la esencia del mundo esta sostenida por la maldad y que nada puede escapar de ella, pues en su propia experiencia confiesa lo siguiente:

levanto mis ojos sobre el universo, y veo el mal, el desorden y el crimen reinar en todas partes por medio de los déspotas. Bajo mi mirada al ser más interesante de este universo y lo veo igualmente lleno de vicios, de contradicciones, de infamias: ¿Qué ideas surgen de

---

<sup>77</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 389



este examen? Que lo que nosotros llamamos impropriamente mal no lo es realmente [...], (y) ningún hombre, cualquiera que sea su conducta en este mundo, puede escapar a esta terrible suerte, porque es preciso que todo lo que ha emanado del seno de la naturaleza, es decir, del mal, entre en él: esta es la ley del universo.<sup>78</sup>

Todas estas contradicciones, estos vicios, las pasiones, no son más que los conflictos que tiene la voluntad consigo misma para existir en este mundo y que solo van a llevarse a cabo por medio de la maldad, pues, como hemos visto, la voluptuosidad mantiene en un sufrimiento constante al individuo que la padece, superándolo y triunfando sobre él, pero la maldad será el carácter en el cual desembocan todas esas furiosas pasiones para observar, en el mundo exterior, todo un sufrimiento equivalente al que se padece desde el interior.

Si se lo quiere ver de otra manera, la maldad es la voluptuosidad misma vuelta carácter, es decir, una vez que ha acontecido en el individuo y lo ha corrompido, esta voluptuosidad se vuelve en carácter malvado para expresar la corrupción interna que ha sufrido y entonces corromper al mundo que lo rodea, sacrificándolo todo a su voluptuosidad, pues en última instancia quiere lo que ella misma es, sufrimiento intenso. Para la maldad, el sufrimiento es el único objetivo posible, es decir, el único fenómeno que le queda, pues no hay nada que pueda complacer una voluntad que tiende al infinito en sufrimiento sino solo ver, con ardor y odio en la mirada, que ese mismo sufrimiento se expande a lo largo de todo el mundo y de todos los seres. En esto no podemos estar más de acuerdo con Schopenhauer cuando menciona que, para los malvados, no hay más fin que el sufrimiento mismo pues, según sus propias palabras, nos dice que:

puesto que un sufrimiento abundante e intenso es inseparable de una volición también abundante e intensa, ya la expresión facial de los hombres muy malvados lleva el sello de un sufrimiento interior. Incluso si han alcanzado una completa felicidad externa, parecen

---

<sup>78</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 319-320

desgraciados [...]. Este tormento interior esencial a los malvados también hace nacer de ellos el goce no nacido del simple egoísmo, sino completamente desinteresado, ante el sufrimiento ajeno, que es lo que constituye la verdadera maldad y puede llegar hasta la crueldad. Para la maldad el sufrimiento ajeno no es ya un medio para conseguir los fines de la propia voluntad, sino un fin en sí mismo.<sup>79</sup>

Endurecimiento del corazón, insensibilidad, ruptura de la individualidad, pasiones desalmadas, o como se le quiera llamar al carácter malvado, no significan otra cosa más que la voluntad intensa saliendo victoriosa de la batalla que libraba con un aspecto más de ella misma, a saber, contra los límites que le imponía la individualidad. La voluptuosidad nos muestra el triunfo absoluto de la voluntad por sobre todas las cosas, siendo este un triunfo desgarrador, que rompe con todos los límites y corrompe todo a su paso, expandiendo el sufrimiento y la maldad hasta dónde llega su alcance, que es el infinito mismo. Frente a este espantoso panorama solo vemos, con la mirada de Sade, que “los detestables elementos del hombre malo se absorben en el centro de la maldad, [...] para volver a animar a otros seres, que nacerán aún más corrompidos por ser el futuro de la corrupción”.<sup>80</sup>

---

<sup>79</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 415-416

<sup>80</sup> Marqués de Sade, *op. cit.*, p. 320

## **B) El sujeto puro de la voluntad o los excesos del individuo**

*Los gritos que ellos dan, son, / sin dictamen de su dueño, /  
no ilaciones del discurso/ sino alborotos del tormento.*

*Como de razón carecen, / carecen del instrumento/  
de fingir que aquesto sólo/ es en lo irracional bueno.*

Sor Juana Inés de la Cruz, *Romances*

El curso de las páginas anteriores nos está obligando a dirigir la mirada a un fenómeno sumamente interesante y a la vez espantoso, el cual tiene que ver con lo menos deseable del mundo y lo que con mayor frecuencia aparece, a saber, la diversidad de actos malvados. Esto es así ya que, según lo dicho, la esencia íntima del mundo, lo fundamental de cada fenómeno, se nos mostrará de la manera más clara cuando se exprese con la mayor intensidad posible. Dicha intensidad la hemos identificado, en el sentido interno, como los excesos de pasiones y sufrimientos que le acontecen al individuo, pues estos excesos son la inflamación de la voluntad, es decir, la exaltación de la esencia del mundo, de acuerdo con Schopenhauer. Frente a ello, hemos reconocido también los efectos que surgen a raíz de este sufrimiento interno, siendo la ruptura de la individualidad el caso más significativo y a partir del cual hemos mencionado que la voluntad rompe todos sus propios límites. Así, hemos llegado al concepto de maldad, el cual lo hemos explicado como la manifestación más inmediata de la voluntad donde se encuentra en excesiva intensidad, pero siempre visto desde el sentido interno.

Y aunque nos parezca trágico el acontecimiento de las pasiones en el interior del hombre, en nada se puede comparar a la vista exterior que lanzaremos ahora al mundo, pues esto último es la comprobación fenomenológica<sup>81</sup> de todo el acontecer interno. Para este

---

<sup>81</sup> De acuerdo con el precepto fenomenológico husserliano que dice “*ir a las cosas mismas*”, lo cual implica ver el fenómeno en sí mismo sin tener un previo juicio de él.

momento, el individuo, en quien hemos reconocido un papel casi pasivo frente a las pasiones excesivas, tomará el papel principal y se volverá el agente por excelencia, pues no solo se quedará con los sufrimientos pasionales en el interior sino que los hará entrar a escena en el mundo exterior, siendo cada uno de sus actos la reafirmación de la voluntad.

Entonces podemos partir desde el punto exacto donde la voluntad, esencia del mundo, se nos ha mostrado de la manera más clara y por tanto más intensa; a este punto lo hemos llamado voluptuosidad y corresponde a los excesos volitivos que se presentan en el sentido interno. En cuanto tal, podríamos contemplar su aparición en el sentido interno y entonces conoceríamos, a la distancia, como meros espectadores, los efectos que surgen de la voluptuosidad; esto sería lo que Schopenhauer ha llamado el sujeto puro del conocimiento, de quien ya hemos hablado y que por el momento solo retomaremos lo más resaltante, a saber, el contacto que mantiene con las pasiones.

Para el sujeto puro del conocimiento, las fuerzas naturales o ideas se mantienen, en sentido estricto, a distancia del conocedor, quien apenas las contempla para intuir las y entonces tener ante su mirada la imagen más clara de la voluntad que refleja, como un espejo, su esencia conflictiva. De esta manera, el sujeto puro del conocimiento tiene la capacidad de plasmar en una obra lo que su condición subjetiva le permitió ver del mundo, a saber, la esencia íntima y violenta de la voluntad. Y aunque esto ya lo hemos mencionado en su apartado correspondiente, es necesario traerlo a cuenta para comprender la presencia de otro aspecto subjetivo que nos aparece tras el acontecimiento de la voluptuosidad. Dicho aspecto subjetivo es el correspondiente a la voluntad pura, intensa y violenta, al cual hemos llamado sujeto puro de la voluntad y del cual se siguen los actos crueles o criminales tanto como los artísticos se siguen del sujeto puro del conocimiento.

Así pues, lo que hasta el momento nos aparecía como un acontecimiento en el interior del individuo, donde la voluntad se inflamaba hasta llegar a las pasiones más violentas, haciendo del individuo un campo pasivo, ahora nos aparecerá como la manifestación externa más clara, evidente y también violenta en el actuar del sujeto puro de la voluntad, correlato necesario de la voluptuosidad, donde este sujeto se vuelve el agente que no solo afirma su voluntad existente, sino que la reafirma con la violencia que pretende corresponder a la que le aparece en su interior.

En este sentido, si la voluntad ha de aparecer de manera pura en el interior del individuo, esto solo será posible si a su vez se da un cambio en la *subjetividad*<sup>82</sup>, tal como vimos que acontece con el sujeto puro del conocimiento. Ahora bien, lo que aparece como contenido del sujeto puro del conocimiento son las ideas puras, que son las fuerzas naturales que contempla a la distancia. Para el sujeto puro de la voluntad aparecerán esas mismas fuerzas pero no a la distancia, sino que serán su contenido directo, teniendo un contacto real con ellas y abrazándolas para sí mismo. Así, lo que para el sujeto puro del conocimiento son las ideas como su contenido, ahora lo son las pasiones violentas para el sujeto puro de la voluntad.

Como puede comprenderse, el estado de voluptuosidad que hemos descrito será el correlato necesario de este nuevo aspecto de la subjetividad, el cual tendrá como objeto inmediato el acontecimiento excesivo e intenso de la voluntad, es decir, la inflamación violenta de las pasiones que arrastran al mayor sufrimiento a un individuo. En consecuencia,

---

<sup>82</sup> Entiéndase subjetividad como la estructura necesaria para la experiencia de la voluntad, es decir, la unidad que permite la experiencia del querer y del conocer, a diferencia de la individualidad, que corresponde a la conciencia de sí mismo que tiene cada individuo en cuanto tal. En este sentido, los cambios de la subjetividad que hemos de reconocer son cuatro, a saber, *sujeto cognoscente*, *sujeto volente*, *sujeto puro del conocimiento* y, de acuerdo con nuestra investigación, *sujeto puro de la voluntad*, los cuales tendrán implicaciones en la individualidad de cada cual, según le acontezcan.

este aspecto de la subjetividad, bajo el cual estamos pensando los excesos de la voluntad, lleva consigo mismo una disposición a la intensidad y violencia con la que le aparece su esencia misma, siendo, por lo tanto, el sujeto de la pura voluntad, es decir, de los excesos, de la voluptuosidad y, en conclusión, de la maldad antes explicada.

Esta noción le resultó clara a Schopenhauer cuando se detuvo a reflexionar acerca de la afirmación de la voluntad, donde pudo percatarse de que en algunos individuos existe un grado muy alto de voluntad tal que los lleva a afirmar su voluntad por encima de otros individuos. De acuerdo con sus observaciones, Schopenhauer nos dice que

si una persona, en cuanto tiene ocasión y no está retenida por ninguna fuerza externa, tiende siempre a cometer una injusticia, la llamamos malvada. [...] Esto significa que esta persona no solo afirma la voluntad de vivir tal y como se manifiesta en su cuerpo, sino que va tan lejos en esta afirmación que llega a negarla en otros individuos; esto se aprecia en que la persona en cuestión trata de emplear las fuerzas de las otras personas al servicio de su voluntad e intenta eliminar su existencia si se oponen a las aspiraciones de esa su voluntad. [...] En este tipo de personas la intensidad de la voluntad de vivir es excesiva y va más allá de la afirmación de su propia vida. [...] Esa gran intensidad de la voluntad es ya en sí y por sí una fuente de sufrimiento directo y continuo.<sup>83</sup>

Así pues, este nuevo aspecto de la subjetividad tiene como correlato necesario a la voluntad en su aparición más intensa, siendo el sufrimiento interno su acontecimiento más inmediato y sus expresiones externas su reflejo más fiel a la esencia del mundo. Por lo tanto debemos entender que la intensidad de los actos de un individuo se corresponde a la intensidad con la que sufre sus pasiones internas, pues en esos actos, el sujeto puro de la voluntad busca terminar con su propio sufrimiento, ya causando un sufrimiento similar al suyo o experimentando placeres sumamente intensos que rebasen, por un instante, la intensidad de sus pasiones. Entonces nos volvemos a encontrar con el estado de voluptuosidad, que no

---

<sup>83</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 415

puede separarse de su unidad subjetiva, pues estos dos siempre se acompañarán y ahí donde haya excesos habrá sujeto puro de la voluntad.

En este caso, los excesos pasionales que afectan al individuo lo terminan transformando en ese sujeto de pura voluntad, para quien el mundo se ha vuelto un objeto que sirve a la satisfacción de su interminable volición. Debido a ello, la complacencia que buscará el sujeto puro de la voluntad será equivalente a la intensidad con la cual sufre, llevándolo a excesos en la propia sensibilidad. Este estado queda perfectamente descrito en las siguientes palabras del Marqués de Sade, quien observa los placeres tan intensos que gozan los voluptuosos:

Esos tipos de placer no pueden ser deliciosos más que cuando se franquea todo para degustarlos; la prueba de ello es que solo empiezan a ser tales con la ruptura de algún freno; si se rompe uno más, la excitación será más violenta, y necesariamente de esta forma, de gradación en gradación, no se llegará realmente al verdadero fin de estos tipos de placeres más que llevando al extravío de los sentidos hasta los últimos límites de las facultades de nuestro ser, de tal modo que la irritación de nuestros nervios experimente un grado de violencia tan prodigioso que estén como trastornados, como crispados en toda su extensión. [...] En este caso, tu goce será de los más vivos y más completos que pueda conceder la naturaleza, y tu extravío será tal que tus facultades físicas apenas tendrán suficiente fuerza para soportar su exceso.<sup>84</sup>

De acuerdo con las observaciones hechas hasta el momento, cometeríamos un error si pensamos que el sujeto puro de la voluntad obtiene una satisfacción definitiva frente al sufrimiento de sus pasiones, pues antes pasa lo contrario, ya que en sus actos no se está buscando la satisfacción como finalidad de su querer sino solo como una acción de alivio a su padecimiento, siendo los placeres excesivos una parte más de la violencia con la que aparece la voluptuosidad. En este caso, para el sujeto puro de la voluntad no existe un estado de serenidad o tranquilidad de su volición, sino que se ha inflamado a tal grado su voluntad que ahora todo lo que pueda acontecerle

---

<sup>84</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 272-273

será en excesos de intensidad, experimentando incluso la satisfacción como esos terribles choques y agitaciones que lo llevan al extravío.

Para el sujeto puro de la voluntad no hay más mundo que aquel que puedan consumir sus pasiones, pues en este mundo buscará resarcir su terrible necesidad que tiende al infinito, causando sufrimiento a todo aquello que se le muestre frente a él. Tal como lo apunta Schopenhauer, el acontecimiento interno de las pasiones en el sujeto lo mantiene siempre bajo el influjo de un sufrimiento del cual no puede librarse y del cual actúa solo para aliviarse momentáneamente, haciendo de sus actos el reflejo de sus sufrimientos. Por lo tanto, el sujeto puro de la voluntad es la unidad subjetiva del sufrimiento, donde aparecen los excesos y las pasiones con toda su violencia y de quien se siguen los actos malvados y crueles, pues de acuerdo con Schopenhauer, diremos que

en aquella otra persona que es la manifestación de la voluntad llevada hasta la más extraordinaria maldad habrá de provocar necesariamente un tormento interior desmesurado, una inquietud eterna, un dolor incurable. Esta persona buscará por medios indirectos, el alivio del que no es capaz directamente, e intentará moderar el sufrimiento propio con la visión del sufrimiento ajeno, que reconoce como una manifestación de su propio poder. El sufrimiento ajeno se le convierte entonces en un fin en sí mismo, en un espectáculo en el que se goodea. Surge así el fenómeno de la crueldad propiamente dicha.<sup>85</sup>

Dicho en términos más claros, el sujeto puro de la voluntad expresa, a través de sus actos, el acontecimiento violento de la voluntad en su interior, de lo cual comprendemos que su actuar en el mundo se corresponde, en intensidad y violencia, al sufrimiento que le causan sus pasiones. De esta manera nos vamos acercando a los fenómenos criminales que inevitablemente acompañan a la voluptuosidad, siendo estos los actos más claros de la voluntad furiosa que rompe todo límite que le sea impuesto y de los cuales el sujeto puro de

---

<sup>85</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 416-417



la voluntad es el principal artífice. Pues como ya se mencionó, este sujeto no se encuentra a la distancia con las pasiones, sino que las toma para él, las sufre vivamente y las expresa en su actuar, llevando al punto máximo de experiencia el estado de voluptuosidad, pues se funde con las pasiones y se vuelve un solo incendio, una sola llamarada que consume todo a su paso; así, voluptuosidad y sujeto puro de la voluntad se vuelven uno solo, es decir, un querer intenso que tiende a expandirse al infinito, como antes se señaló, fundiéndose en un sufrimiento interminable del cual se sigue la maldad que impera en los actos criminales o crueles del mundo.

De tal manera es que los actos del sujeto puro de la voluntad van acompañados de excesos, pues él es en sí mismo un exceso de la voluntad, donde su estado interno le aparece como un sufrimiento interminable y cada vez más intenso. De suerte que esta inflamación volitiva rebasa los límites que su individualidad le ponía y entonces, al romper este límite, el sujeto puro de la voluntad lo hace estar fuera de sí mismo, concentrándose únicamente en servirle a la voluntad para reafirmarla en el mundo, pues ahora ese individuo, abandonado a los extravíos del sujeto puro de la voluntad, no es otra cosa más que mera voluntad actuando a través del hombre; en una palabra, reafirmación de la voluntad.

Las acciones que lleva a cabo el sujeto puro de la voluntad van acompañadas, necesariamente, de violencia e intensidad, puesto que son el fenómeno externo del acontecimiento pasional y voluptuoso del sentido interno, de manera que el sujeto puro de la voluntad hace suyas las pasiones y a su vez hace suyo también el mundo que ha de servir para apaciguar, por breves periodos, los arrebatos violentos de su voluntad. De acuerdo con el Divino Marqués, estos actos excesivos y violentos terminan, inevitablemente, en fenómenos criminales, pues según sus palabras,

cuanto más espantoso es algo, más le agrada [...], esto es lo que puede explicarnos por qué para ellas no hay ningún placer excitante si no está sazonado con un crimen: han separado de él todo lo que tiene de repugnante a los ojos del vulgo, y solo ven sus atractivos. [...] Entonces, no es posible hacerse una idea de los excesos a los que nos entregamos; no es posible imaginarse lo que hacemos cuando la naturaleza ya no tiene frenos.<sup>86</sup>

De esta manera, la vida que transcurre para el individuo será el pleno desarrollo y despliegue del sujeto puro de la voluntad, en quien los primeros aspectos de la subjetividad ya no le son suficientes para experimentar el mundo y entonces lo vemos superado por esta forma de subjetividad que encuentra a las pasiones en exceso como otro modo de reafirmar su voluntad de vivir. En este sentido, los actos que lleve a cabo el sujeto puro de la voluntad irán aumentando tanto en intensidad como en violencia, hasta llegar a los más detestables crímenes o actos de crueldad que puedan ser concebidos por la mente humana. Así, lo que en un primer momento se muestra como una subjetividad que conoce y que quiere, pronto experimentará un cambio radical en ciertos individuos que los llevará o al conocimiento o al querer puro, actuando a raíz de las impresiones que tengan en el sentido interno, fuertemente afectados por la aparición de la voluntad excesiva.

Y aunque es verdad que en algunos individuos existe una cierta disposición ya determinada por la misma voluntad hacia los excesos, no es sino hasta que se experimenta un gran dolor o un gran sufrimiento que se detona aquella subjetividad voluptuosa que habita, latente, en todos nosotros. De acuerdo con Schopenhauer, podremos decir que "...por eso somos al principio todos inocentes, lo que quiere decir simplemente que ni nosotros ni los demás conocemos el lado malo de nuestra propia naturaleza; este lado no se manifiesta sino por los motivos, y solo con el tiempo lo vamos conociendo. Al final nos acabamos

---

<sup>86</sup> Marqués de Sade, *op. cit.*, p. 74-75

conociendo, y nos vemos tan diferentes a como nos considerábamos a priori, que con frecuencia nos espantamos de nosotros mismos”.<sup>87</sup>

De lo anterior hemos de decir que es solo mediante nuestros actos como podemos conocer nuestra esencia, es decir, que la suma de nuestros actos nos muestra la verdadera forma de nuestro ser. De este modo, si las acciones del mundo exterior son como un espejo del acontecimiento interno, aquellas que sean más intensas serán las que mejor nos muestren esta esencia, pues no solo nos hablarán de una voluntad latente en el sentido interno sino que la reafirmarán con su intensidad y violencia con la que aparecen. En este sentido, los actos del sujeto puro de la voluntad ponen en escena a la voluntad actuando tal como ella es en sí misma, es decir, nos muestra a la voluntad de una manera clara y pura, donde no hay nada más que sufrimiento y excesos pasionales.

Así se nos revela ante nuestra mirada la diversidad de excesos a los que se entregan los individuos, en la cuales podemos reconocer una escala gradual que va aumentando en intensidad y violencia, pero que siempre están acompañados de voluptuosidad, es decir, que ya por ser un exceso llevan el sello de la maldad y la crueldad en su acción. Estos son los actos correspondientes al sujeto puro de la voluntad, pues en él ya no hay más que excesos y pasiones exaltadas que derivan, inevitablemente, en actos violentos o crímenes atroces. Las crudas observaciones del Marqués de Sade son muy claras con respecto a estos comportamientos, quien describe esta correspondencia entre la voluptuosidad y el crimen de la siguiente manera:

es verdad pues que en ciertas almas la voluptuosidad puede nacer en el seno del crimen. ¿qué digo? Es verdad que solo el crimen la despierta y decide, y que no hay una sola voluptuosidad en el mundo que no inflame o mejore... [...] de los antiguos delitos nacen nuevos deseos, y nuevos crímenes de estos deseos, todo esto no representaría nada, querida, si lo que se emplea para lograr los propósitos no fuera en sí muy culpable. Pero como la necesidad del mal es el primer móvil de nuestros caprichos, cuanto más criminal es lo que

---

<sup>87</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 342

nos conduce, más nos excitamos. Llegado a este punto, uno solo se queja de la mediocridad de los medios; cuanto más se extiende su atrocidad, más aguda se vuelve la voluptuosidad, y así uno se hunde en el lodazal sin el menor deseo de salir de él.<sup>88</sup>

Y aunque el fenómeno como tal ya lo podamos denominar crimen, el contenido esencial de esos fenómenos es la violencia con la que aparece la voluntad en el sentido interno, siendo el sujeto puro de la voluntad su agente, el voluptuoso, quien expresa en el mundo, con sus actos desmedidos, el sufrimiento de sus pasiones internas. Por ello es por lo que la acción del voluptuoso lleva necesariamente la del crimen, pues en esencia son la causa del sufrimiento, es decir, la voluptuosidad le causa sufrimiento al sujeto tanto como este se lo causa a su víctima, haciendo con esta dinámica de actos la más clara replica de la voluntad en el mundo.

Esto explica, además, el curioso fenómeno del sufrimiento como fin en sí mismo, pues para el sujeto puro de la voluntad no existe otra meta más que ser la voluntad misma en el mundo, es decir, mostrar en el exterior lo que en el interior lo ha llevado a su interminable sufrimiento. En este sentido encontramos a los voluptuosos como el grado más alto de objetivación de la voluntad, pues en ellos se ha llegado a tanto el impulso vital que no solo su aspecto es voluntad, sino su actuar y en general todo su existir son una reafirmación de la voluntad en el mundo, es decir, todo en ellos es voluntad. Por ello es por lo que el sufrimiento se vuelve un fin en sí mismo para estos individuos, pues ya no son más que voluntad violenta, ardiente e intensa, que nos terminan dando a conocer en sus actos porque ellos mismos son la voluntad actuando.

Para el sujeto puro de la voluntad, la afirmación de su vida ya no le basta sino que tiene que ir tan lejos como le sea posible para reafirmar su existencia excesiva en el mundo,

---

<sup>88</sup> Marqués de Sade, *Justine*, *op. cit.*, p. 230

mostrando con ello que el sufrimiento solo es un fenómeno derivado del acontecimiento violento con el que aparece la voluntad en el sentido interno. De acuerdo con Schopenhauer, junto al sufrimiento excesivo viene también “el conocimiento de la intensidad de su propia voluntad, de la violencia con que se agarra a la vida cuyo lado terrible contempla en el tormento de la persona a la que ha sometido; a esa vida está, sin embargo, tan adherido, que lo más terrible de sí mismo es para él un medio para afirmar mejor su propia voluntad”.<sup>89</sup>

El sujeto puro de la voluntad hace sufrir porque la voluntad, que es él mismo, hace sufrir, es decir, su presencia conlleva inevitablemente el exceso del sufrimiento tras la inflamación de las pasiones. Comprendemos entonces que los excesos a los que se entrega el individuo son equivalentes a las pasiones que se han inflamado, haciendo con sus actos la expresión más fiel del sufrimiento interno. Hemos de notar que, tras la aparición del sujeto puro de la voluntad, el individuo ya no puede detener el crecimiento incesante de sus deseos, pues con la ruptura de la individualidad, los límites volitivos han desaparecido y ahora estos deseos crecen, como lo hemos mencionado, hasta el infinito. En palabras de un propio voluptuoso, Sade nos muestra lo siguiente:

quizás es demasiado para ti, pero no es bastante para mí, ciertamente. Uno no se cansa nunca de esta manía, aunque solo sea una imperfecta imagen de lo que uno desearía realmente hacer. ¡Ah, querida muchacha! ¡No sabes hasta donde nos arrastra esta depravación, a que embriaguez nos lleva, la violenta conmoción que se experimenta en el fluido eléctrico de la irritación suscitada por el dolor en el objeto que sirve a nuestras pasiones, cómo nos cosquillean sus males! El deseo de aumentarlos...<sup>90</sup>

Lo que comienza a aparecer de manera más clara ante nuestra mirada es la inevitable presencia de esta subjetividad pura de la voluntad, que se encuentra latente en toda la

---

<sup>89</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 418

<sup>90</sup> Marqués de Sade, *op., cit.*, 169

humanidad y que en muchas ocasiones se le pasa por alto, suprimiendo sus actos y manteniéndola en lo más profundo y oscuro de la existencia humana. Sin embargo, nos resulta tan sorprendente cuando vemos los diversos actos atroces que se cometen, que pareciera que aquellos individuos que lo han hecho están revelando algo de la humanidad, pues, en esencia, están poniendo de manifiesto lo más profundo y oscuro de la naturaleza humana que es, a saber, el exceso de voluntad que hace sufrir a todos los individuos. Sus actos violentos, sus excesos, sus pasiones vivamente encendidas y en general todo lo que ellos son, nos dan una clara imagen de la fuerza viva de nuestra esencia, la furia de la voluntad de vivir, de la cual todos somos su afirmación en cierto grado.

Pero en el caso del sujeto puro de la voluntad, la identificación con su esencia es tal que no comprende ya la diferencia entre su individualidad y su esencia, sino que corrompido como se encuentra por los excesos volitivos, este sujeto se identifica como la voluntad misma en el mundo, siendo él en su totalidad pura voluntad. Debido a esto ocurre que

cualquier individuo, perdido en la inmensidad del mundo y empequeñecido hasta la nada, se considere, sin embargo, el centro del mundo, y crea que su existencia y bienestar son más importantes que todo lo demás, e incluso esté dispuesto, desde una perspectiva natural, a sacrificar todo lo que no es él, y a aniquilar el mundo solo para conservar un poco más su propio ser, esa gota en medio del mar.<sup>91</sup>

A pesar de todo ello, la actividad del sujeto puro de la voluntad nos muestra, indeseablemente, la dinámica con la cual actúa la misma esencia del mundo, puesto que es su reafirmación intensa. En sentido estricto, el sujeto puro de la voluntad es la voluntad en exceso, inflamada intensamente, concentrada en un individuo<sup>92</sup> que la deja actuar a través de

---

<sup>91</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 382

<sup>92</sup> Insistimos en la diferencia entre *individualidad* e *individuo*, pues aquí la subjetividad, como estructura de la pura voluntad, rompe con los límites de la individualidad, es decir, con la consciencia de sí mismo que tiene

él, por lo cual ya no estamos frente al carácter individual de tal o cual persona, sino frente a la terrible presencia de la voluntad misma actuando violentamente, tal como ella es en sí misma. Por ello puede hablarse de que el voluptuoso, este sujeto puro de la voluntad que comete crímenes atroces se encuentra ensimismado, pues se ha vuelto uno mismo con su voluntad y ahora se identifica con ella, le ha puesto a su servicio el cuerpo, que se toma como vehículo para reafirmar lo que, en esencia ya es, pura voluntad.

Consecuentemente hemos de notar la necesidad interminable que tiene el voluptuoso de ver sus efectos en el mundo, siendo todos sus actos meros fenómenos de la maldad, pues están repletos de violencia y tienen, como única finalidad, el poner al descubierto el sufrimiento esencial que le es inherente a la voluntad misma. Frente a aquel espectáculo de los sufrimientos del mundo, el voluptuoso

lanza gritos terribles durante el último instante de su embriaguez, vocifera espantosamente; todo sirve, todo coopera para duplicar su éxtasis, al que el libertino llega en medio de los episodios más grotescos de la lujuria y la depravación [...], para enardecer todos sus sentidos y para que la voluptuosidad pudiera, si está permitido expresarse así, penetrar más en él a través de cada uno de sus poros.<sup>93</sup>

Nos queda solo contemplar, de manera directa, cuáles son aquellas acciones tan espantosas en las que vemos actuar al sujeto puro de la voluntad. Y aunque ya se pueden ir descubriendo en nuestra mente, los fenómenos del mundo nos dan mucho más material para conocer estos efectos del que podríamos imaginar, pues en cada rincón del mundo esta presenta la voluptuosidad, y allí donde haya triunfo de la voluntad habrá desenfrenos, habrá excesos, habrá sujeto puro de la voluntad y, por lo tanto, habrá crueldad y actos criminales. A lo

---

cada cual. Por ello se dice que dicho estado de voluntad intensa y excesiva pone al individuo fuera de sí mismo, pues rompe con su individualidad, ya no es consciente de sí mismo.

<sup>93</sup> Marqués de Sade, *op. cit.*, p. 162-163

anterior le hemos dado el nombre de reafirmación de la voluntad, pues se nos ofrece ante nuestra mirada exterior lo que se sufre en el sentido interno, siendo solo el fenómeno lo que reafirma el acontecimiento violento de la voluntad.

Para explicar estos fenómenos, hemos de retomar la aguda explicación que ofrece Schopenhauer a propósito de la afirmación de la voluntad por encima de la presencia de otra persona, puesto que todo acto de crueldad no es otra cosa que la negación de la voluntad ajena para reafirmar la propia. Así pues, nuestro filósofo apunta que

la voluntad presenta esa autoafirmación del propio cuerpo en innumerables individuos que viven en sociedad, (y) hace que en un individuo se convierta fácilmente, de mera afirmación, en negación de la voluntad que se manifiesta en otro individuo. La voluntad del primero traspasa los límites de la afirmación de la voluntad del segundo, destruyendo o hiriendo el cuerpo ajeno. [...] Así pues, afirma su propia voluntad más allá de los límites de su propio cuerpo negando la voluntad que se manifiesta en un cuerpo ajeno.<sup>94</sup>

Evidentemente nos referimos a los actos más atroces que vemos a diario en el mundo, donde los hombres se arrebatan la vida entre ellos mismos, ya sea con el nombre del honor en una guerra causando un holocausto o con el asesinato a sangre fría en una calle desolada; se causan los mayores afectos para su sensibilidad con los excesos que se viven en las orgias sexuales o los desenfrenos pasionales de una violación; se hacen el mayor daño posible sin arrojar a la muerte a sus víctimas como en las torturas meditadas, para las cuales se han inventado los más ingeniosos aparatos que pueda idear el intelecto humano. En general, los actos llevados a cabo por el sujeto puro de la voluntad son todos aquellos donde cabe la desmesura y el exceso de sufrimiento, que surgen de la más intensa inflamación pasional que pueda sufrir el hombre voluptuoso.

---

<sup>94</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 384



Estas sensaciones tan intensas son las que buscará siempre el sujeto puro de la voluntad, pues reaniman su ímpetu de vivir y con ello la voluptuosidad cobra mayor fuerza en aquel individuo. En palabras del Marqués de Sade podríamos escuchar al voluptuoso decir:

¿No sentimos lo que te digo en todos los pretendido crímenes presididos por la voluptuosidad? ¿Por qué no nos arrepentimos nunca de un crimen de libertinaje? Porque el libertinaje pronto se convierte en una costumbre, lo mismo puede decirse de todos los extravíos; como la lubricidad, todos pueden transformarse fácilmente en hábito, y, como la lujuria, todos pueden provocar en el sistema nervioso una excitación que, muy semejante a esta pasión, puede llegar a ser tan deliciosa como ella y, por consiguiente, metamorfosearse en necesidad.<sup>95</sup>

Así es como llega a estos detestables actos criminales, pues en su búsqueda de saciar un instante el sufrimiento interno que padece, su exceso de voluntad lo lleva a reafirmar su violencia volitiva en otro individuo al cual, si no le arranca la vida, sí lo dejará marcado, corrompido y fuertemente afectado por la intensidad del sujeto puro de la voluntad, pues de acuerdo con Schopenhauer, “el malvado, debido a la vehemencia de su volición, padece un tormento interior constante y destructor, y tiene que calmar la terrible sed de la propia voluntad, una vez agotados todos los objetos de la volición, contemplando el sufrimiento ajeno”<sup>96</sup>, lo cual significa romper los límites tanto de su individualidad como los de la existencia del otro individuo.

En este punto hemos de considerar que el llamado sujeto puro de la voluntad se mostrará, por lo tanto, como el máximo grado de objetivación de la voluntad, pues en él ya no cabe la diferencia entre el individuo y su esencia, sino que se han vuelto uno mismo tras la ruptura de la individualidad, es decir, aquello que diferenciaba a la voluntad del individuo ya no existe en el sujeto puro de la voluntad. En otras palabras, esta subjetividad expresa, por

---

<sup>95</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 20

<sup>96</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 442

sí misma, la pureza de la voluntad en todos sus aspectos, sin diferenciarse de su fenómeno, pues en sentido estricto, él es todo pura voluntad intensa. Por eso decimos que este sujeto puro de la voluntad sería su objetivación más perfecta, mostrando incluso que sujeto y objeto son dos partes de una misma esencia, a saber, la voluntad que se objetiva para darse a conocer.

En cuanto objetivación más realizada, el sujeto puro de la voluntad rebasará los grados de humanidad tanto como estos rebasan los grados animales; esto significa que así como nosotros no podemos limitarnos a la existencia animal, el sujeto puro de la voluntad no puede limitarse a la existencia que corresponde al común de la humanidad, siendo que esta subjetividad se presenta como un exceso y, por lo tanto, está fuera de ella, es decir, rompe los límites individuales y corrompe a la humanidad. Esto nos permite comprender los crímenes como actos propiamente inhumanos, pues son acciones de una subjetividad que está fuera de la humanidad, que ha superado al ser humano y que ahora expresa su esencia con la violencia más extrema a la que se pueda llegar.

Para tener una perspectiva distinta, pero que apoya completamente lo antes mencionado, podemos observar los límites racionales que el hombre ha tratado de imponer para frenar los impulsos volitivos; nos referimos a la diversidad de leyes y normas que se proponen para la convivencia humana. Todo ese conjunto de preceptos y reglas, que pretenden limitar el comportamiento impulsivo, nos dan una cierta idea, aunque imperfecta, de humanidad que se apega a dichos estatutos. De acuerdo con ello, podríamos recordar brevemente la noción de justicia que propone Schopenhauer, quien nos dice que

el concepto de *justicia* no contiene otra cosa que la negación de la *injusticia*, y en él queda subsumida toda acción que no transgreda el límite anteriormente expuesto, es decir, que no niegue la voluntad ajena para afirmar con más fuerza la propia. Respecto de una determinación puramente *moral*, dicho límite divide todo el ámbito de las acciones posibles en acciones injustas y acciones justas.<sup>97</sup>

---

<sup>97</sup> *Op. cit.*, p. 389

Ante dichos supuestos y determinaciones humanas, el voluptuoso, arrastrado por sus arrebatos pasionales, transgrede dichos límites y corrompe todo deo de ley o precepto humano, pues como señala Sade,

de esta forma, aunque parecía que ellos hacían mucho mal según las leyes humanas, cuyo fin es conservar al hombre, no hacían ninguno según las leyes de la naturaleza, cuyo fin es destruir por lo menos tanto como crea. [...] de donde resulta que el individuo que tenga un carácter semejante al de estos pretendidos tiranos, o el que llegase a demostrar el suyo, no solamente evita grandes males, sino que incluso podría encontrar, en el cumplimiento de esos sistemas, la fuente de una voluptuosidad muy grande, a la que podría entregarse sin temor al estar totalmente seguro de ser de gran utilidad a la naturaleza, bien con sus crueldades, bien con sus desordenes.<sup>98</sup>

En este sentido, un crimen es el fenómeno donde se niega la humanidad de la víctima debido a la deshumanización del verdugo, es decir, puesto que el sujeto puro de la voluntad ha roto los límites de su individualidad y lo ha corrompido, no duda en afectar la presencia de los otros, al grado máximo de aniquilarlos, es decir, acabar con ellos. Así pues, la realización de un crimen es la afirmación de la pérdida de humanidad que se sufre por los excesos de voluntad, pues en todos ellos, el sujeto puro de la voluntad se encuentra fuera de los límites humanos.

¡Que terrible se revela el mundo cuando nos deja ver, de la manera más clara, su verdadera esencia! Lo que en el mundo natural se reconocía como lucha por la existencia aquí nos aparece, en su aspecto más cruel, como un ansia y un deseo interminable de aniquilación y sufrimiento, donde los hombres pierden su característica más bella y exaltan su aspecto más espantoso de la vida, pues al perder su humanidad, los criminales buscan que todo lo humano se pierda, haciendo de este acto su reafirmación volitiva.

---

<sup>98</sup> Marqués de Sade, *Juliette*, p. 226

Nos lamentaremos como Sade lo hace y les diremos a esos inhumanos: “¡Qué monstruo! [...] una bestia feroz hubiera sido menos cruel. ¡Oh, hombre, solo escuchas a tus pasiones! Los tigres en el fondo de los más inhóspitos desiertos sentirían horror ante tus fechorías”.<sup>99</sup> Y sin embargo, este mundo nuestro sigue siendo el campo de batalla donde vemos aparecer, por breves lapsos, a los reafirmadores de la voluntad, quienes anuncian con sus actos la terrible verdad de nuestra esencia más oscura e íntima. Y tras recorrer este mundo con una triste mirada de espanto, solo nos queda darle la justa razón a Schopenhauer diciendo que “cuanto más enérgica es la voluntad, más poderosa es la manifestación de su conflicto y tanto mayor el sufrimiento. Un mundo que fuera la manifestación de una voluntad de vivir incomparablemente más enérgica que la actual exhibiría unos sufrimientos mucho mayores; sería un infierno”.<sup>100</sup>

---

<sup>99</sup> Marqués de Sade, *Justine*, p. 69

<sup>100</sup> Schopenhauer, *op. cit.*, p. 449

## Conclusión

Después de toda la negra tinta derramada en estas páginas esperaríamos, como conclusión, unas palabras que nos iluminen en medio de toda la oscuridad descrita aquí, tal como los rayos del Sol alumbran los primeros caminos de la aurora para que se haga evidente el mundo oculto por la noche. Y aprovechamos para preguntar aquí, ¿Qué clase de *Iluminaciones* pudo haber tenido Rimbaud cuando pasó *Una temporada en el infierno*? ¿No es acaso el mismo Sol que nos ilumina aquel que mandó un carro a Medea tras el asesinato de sus hijos? La iluminación que se presenta en esta conclusión es, ante todo, el inicio de un camino que nos falta recorrer, conducidos por el vehículo solar que guía la maldad y el acto criminal.

Nos resulta interesante tomar estas figuras poéticas para redondear nuestra reflexión puesto que encontramos ahí la referencia mítica y simbólica de lo que hemos expuesto en nuestra investigación. Así vemos en Medea a una mujer que siempre estuvo sujeta a sus pasiones, obteniendo lo que quería pero deseando cada vez con mayor intensidad; la efervescencia de sus pasiones la llevan a sufrir un dolor interno tan intenso que no lo puede contener para ella misma, sobrepasando su propia individualidad; entonces comienza a idear la manera en la que puede causarle el mismo daño a quien la hizo sufrir, es decir, a quien desea; el crimen que comete contra sus hijos es la expresión más clara del malvado, pues no mata a Jasón, sino que pretende hacerlo sufrir con la misma intensidad con la que ella sufre, haciendo evidente que busca el dolor solo por el dolor mismo; y para terminar, el *Deus ex machina* que ilumina a Medea y la eleva por encima de las manos que la ponen en peligro, sublevando su pasión y expresando el triunfo de la violenta voluntad desde el crimen.

Esta interpretación ayuda a representar simbólicamente lo descrito acerca del sujeto puro de la voluntad, pues encontramos en Medea un conjunto de pasiones tan intensas que la sobrepasan,

rompiendo su individualidad y entregándose por completo a su sufrimiento, deseando que otro sufra lo mismo que ella sufre, por lo que apuntamos que Medea, en este caso, se vuelve nuestro símbolo del sujeto puro de la voluntad. La presencia del Sol como protector de Medea nos presenta el símbolo de la voluntad triunfando violentamente en el mundo, donde entendemos que el sujeto puro de la voluntad se vuelve la voluntad misma, pues se funde en uno solo con sus violentas pasiones tanto como Medea se funde con el Sol.

Nuestra referencia a los símbolos nos permite pensar, de acuerdo con Jung, que tanto Medea como el Sol son arquetipos que se encuentran en el inconsciente, tanto como hemos descrito que el sujeto puro de la voluntad es un aspecto más contenido en la propia subjetividad, que solo se hace evidente tras el fenómeno visible del crimen. La doctrina de los arquetipos nos ayuda a comprender con mayor facilidad la interpretación simbólica que aquí ofrecemos de la tragedia griega, pues explicamos a través de ella la efervescencia de las pasiones y la ruptura de la individualidad tal como Jung lo apunta en su análisis de *El Zaratustra de Nietzsche*, donde expresa que en aquella obra Nietzsche ya no era Nietzsche sino el arquetipo hablando a través de él.

De acuerdo con ello, el arquetipo toma tanta presencia en el individuo que le hace olvidar su propia individualidad, es decir, rompe con el individuo mismo para darle paso al comportamiento general del arquetipo, mostrando con sus actos lo universal y más cercano al inconsciente. En este sentido podríamos decir que Medea simboliza al arquetipo malvado, que para nosotros ha sido entendido como el sujeto puro de la voluntad, pues tras la inflamación intensa de sus pasiones, Medea rompe su individualidad y actúa como lo dicta el torrente violento de la voluntad. Esta voluntad violenta y triunfante se muestra simbólicamente con el carro de Helios que conduce a Medea a la sublimación, exaltando sus pasiones después del crimen como un acto completamente acorde al Sol, es decir, a la voluntad.

En otras palabras, y regresando completamente a nuestra investigación, hemos tomado al acto criminal como el fenómeno más claro de la reafirmación de la voluntad, con lo que tomamos la postura de que a través de ellos podemos observar la violenta fuerza de la esencia del mundo actuando a través de ciertos individuos. Es decir, estamos pensando el fenómeno criminal como un acto de afirmación evidente de la voluntad en el mundo, lo cual nos puede permitir un estudio más profundo, tanto de la esencia del mundo como de la naturaleza humana. No nos referimos aquí a un estudio del crimen en cuanto criminalística o criminología, sino más bien en cuanto a la perpetua maldad latente en el mundo que se concluye en el acto criminal, proponiendo esta investigación como una posible metafísica que explique aquellos fenómenos.

Por otro lado, nos acercamos a un problema que envuelve a los pensadores que han dedicado sus obras, o gran parte de ellas, a reflexionar en torno al mal, haciendo de sus explicaciones una suerte de fatalismo o, como concretamente se conoce en Schopenhauer, pesimismo. Y aunque nosotros no optamos por esta última postura, es inevitable llegar a ello después de lo considerado en nuestras páginas, sin embargo, nos inclinamos más a considerar la primera, aunque solo en cierta medida, puesto que creemos encontrar en su sistema filosófico, más que una filosofía de la fatalidad, una filosofía de lo malvado. Sabemos también que este planteamiento requiere mayor estudio, pero es el camino que deseamos seguir tras postular esta lectura de una *Posible metafísica de la maldad*, ya que es esta la filosofía que encontramos en el sistema schopenhaueriano y en el pensamiento sadeariano.

Claramente aquella postura, a saber, la de una filosofía de lo malvado, no se reduce solo a estos dos pensadores como tampoco se puede reducir a una reflexión final de conclusión, pues se requiere toda una investigación ante la cual creemos echar luces ante ese problema,

siendo más bien una apertura a este problema más que una palabra final. De lo que si estamos seguros es que en estos dos pensadores podemos encontrar, con mayor claridad, los argumentos expuestos frente al optimismo filosófico, pues Sade parece recibir el problema en su plena gestación, mientras que Schopenhauer ya pone de manera expresa la postura contraria, a la que siempre se le denomina como pesimismo.

Pero sin inclinarnos aun por ninguna de estas posturas, solo anunciamos que esta investigación concluye abriéndonos ese camino, para lo cual nuestros argumentos sirven de base para justificar, en su momento, un estudio que gire en torno a una filosofía de lo malvado, siendo esta *Metafísica de la maldad* una primera fase de aquel proyecto. Por lo que damos como concluida esta investigación después de haber presenciado los argumentos que exponen la maldad del mundo y las atrocidades del crimen, con lo cual ponemos un pie en el vehículo de Helios que nos conduce por otro camino que hemos de recorrer, pues esta metafísica de la maldad ha descrito con oscura tinta negra lo que el crimen escribe con rojo carmesí.



## Referencias

- Aramayo, Roberto R., *Schopenhauer: la lucidez del pesimismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2018
- Blake, William, *Antología bilingüe*, [trad. de Enrique Caracciolo Trejo], Madrid, Alianza Editorial, 2009
- \_\_\_\_\_, *El matrimonio del cielo y el infierno*, [trad. de Fernando Castanedo], Madrid, Catedra, 2018
- Blanchot, Maurice, *Lautréamont y Sade*, [trad. de Enrique Lombera Pallares], México D. F., Fondo de Cultura Económica, 2014
- Blavatsky, Helena P., *Isis sin velo Tomo I*, [trad. de Federico Climent Terrer], Ciudad de México, Colofón, 2016
- \_\_\_\_\_, *Isis sin velo Tomo II*, [trad. de Federico Climent Terrer], Ciudad de México, Colofón, 2007
- Conde de Lautréamont, *Cantos de Maldoror*, [trad. de Aldo Pellegrini], Puebla, Premia Editora, 1982
- Eurípides, *Tragedias I*, [trad. de Carlos García Gual], Madrid, Gredos, 2015
- Hume, David, *Diálogos sobre la religión natural*, [trad. de Carlos Mellizo], Buenos Aires, Aguilar, 1973
- \_\_\_\_\_, *Tratado de la naturaleza humana*, [trad. de Vicente Viqueira], Barcelona, Gredos, 2014
- Jean, Raymond, *Un retrato del Marqués de Sade: el placer de la desmesura*, [trad. de Alberto L. Bixio], Barcelona, Gedisa, 2000
- Juana Inés de la Cruz, Sor, *Obras completas*, México D. F., Porrúa, 1985
- Jung, C. G., *El hombre y sus símbolos*, [trad. de Luis Escolar], España, Paidós Ibérica, 1995

- \_\_\_\_\_, *El Zaratustra de Nietzsche vol. I*, [trad. de Antonio Fernández Díez], Madrid, Trotta, 2019
- \_\_\_\_\_, *La vida simbólica: escritos diversos*, [trad. de Jorge Navarro Pérez], Madrid, Trotta, 2009
- Kant, Immanuel, *Critica de la razón pura*, [trad. de Pedro Ribas], Barcelona, Gredos, 2014
- Klosowssky, Pierre, *Sade mi prójimo*, [trad. de Antonia Barreda], Madrid, Arena Libros, 2005
- Leopardi, Giacomo, *Cantos*, [trad. de Diego Navarro], Barcelona, RBA Editores, 1995
- \_\_\_\_\_, *Zibaldone. Naturaleza, Razón, Pasión, Placer*, [trad. de Elena Martínez], Madrid, Gadir, 2010
- \_\_\_\_\_, *Zibaldone. Filosofía práctica, Artes y Letras, Belleza y Amor*, [trad. de Elena Martínez], Madrid, Gadir, 2010
- Levi, Eliphaz, *Dogma y Ritual de la Alta Magia*, [trad. s/n], México, Berbera Editores, 2020,
- Lucrecio, *La naturaleza*, [trad. de Francisco Socas], Madrid, Gredos, 2016
- \_\_\_\_\_, *La naturaleza de las cosas*, [trad. de Miguel Castillo Bejarano], Madrid, Alianza Editorial, 2003
- Mainländer, Philipp, *Filosofía de la redención*, [trad. de Manuel Pérez Cornejo], Madrid, Xorki, 2019
- Mann, Thomas, *Schopenhauer, Nietzsche y Freud*, [trad. de Andrés Sánchez Pascual], Madrid, Alianza Editorial, 2019
- Marqués de Sade, *Escritos filosóficos y políticos*, [trad. de Alfredo Juan Álvarez], México D. F., Grijalbo, 1969
- \_\_\_\_\_, *Juliette o las prosperidades del vicio*, [trad. de Pilar Calvo], Barcelona, Tusquets Editores, 2009

- \_\_\_\_\_, *Justine o las desventuras de la virtud*, [trad. de María Antonieta Trueba], México, Juan Pablos Editor, 2015
- \_\_\_\_\_, *Los 120 días de Sodoma o la escuela del libertinaje*, [trad. de Rafael Soria], México, Juan Pablos Editor, 2013
- \_\_\_\_\_, *Filosofía en el tocador o los instructores inmorales*, en *Obras Electas*, [trad. de Beatriz Vitar], Madrid, EDIMAT, 2000
- Massillon, Guy de, *El goce y la crueldad*, Buenos Aires, Ediciones Selectas S. R. L., 1968
- Muñiz-Huberman, Angelina, *El atañor encendido. Antología de Cábalas, alquimia, gnosticismo*, [trad. Miriam Huberman Muñiz et. al.], Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2019
- Nietzsche, F, *Schopenhauer como educador*, [trad. de Jacobo Muñoz], Madrid, Biblioteca Nueva, 2000
- Ovidio, *Metamorfosis*, [trad. de Antonio Ruiz de Elvira], Madrid, Gredos, 2016
- Pelayo, González-Torre Ángel, *La sombra de la Ilustración: tres variaciones sobre Sade*, Universidad de Cantabria, 2006
- Rimbaud, Jean Nicolas Arthur, *Una temporada en el infierno; Iluminaciones*, [trad. de saison en enfer], Madrid, Alianza Editorial, 2001
- Safransky, Rudijer, *Schopenhauer y los años salvajes de la filosofía*, [trad. de José Planells Puchades], Madrid, Alianza Editorial, 1998
- Schopenhauer, Arthur, *El mundo como voluntad y representación Vol. I*, [trad. de Rafael-José Díaz Fernández y Ma. Montserrat Armas Concepción], Barcelona, Gredos, 2014
- \_\_\_\_\_, *Los dos problemas fundamentales de la ética*, [trad. de Pilar López de Santa María], Madrid, Siglo XXI, 2007
- \_\_\_\_\_, *Parerga y Paralipómena I*, [trad. de Pilar López de Santa María], Trotta, 2014

\_\_\_\_\_, *Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*, [trad. de Pilar López de Santa María], Madrid, Alianza Editorial, 2019

\_\_\_\_\_, *Sobre la voluntad en la naturaleza*, [trad. de Miguel de Unamuno], Madrid, Alianza Editorial, 2012

Sollers, Philippe, *Sade: Sade en el tiempo; Sade contra el Ser Supremo*, [trad. de Cristina Vizcaino Auger], Madrid, Paginas De Espuma, 2007

Spinoza, Baruch, *Ética demostrada según el orden geométrico*, [trad. de Oscar Cohan], Barcelona, Gredos, 2014

Veraza, Jorge Urtuzuártsegui, *El otro Sade: democracia directa y crítica integral de la modernidad*, México D. F., Ítaca, 2014